



**KATEL.
MORGAN**

La venganza de

*Candy
Townsend*



**La venganza de
Candy Townsend
Kate L. Morgan**

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Condado de Hertfordshire, Inglaterra, 1898

¡Era feliz! ¡Era su momento esperado! Y, sin embargo, sentía que algo fallaba.

Lady Candy Townsend, miró los diferentes regalos que llegaban al hogar de sus padres. Los traían desde todos los rincones del reino. Su padre, segundo hijo del barón de Thistle, no se había dedicado al sacerdocio como era propio en los hijos segundos, todo lo contrario, se había forjado una reputación como juez, y tenía muchísimos amigos y conocidos que lo respetaban.

Ella se había criado entre la elaboración de las leyes del parlamento, y juicios a delincuentes, pero había sido una niña feliz y se sentía amada por su madre y por su padre.

La muchacha de cabellos de fuego y ojos de color celeste como una tarde de verano, observó atenta su vestido de novia. Había sido confeccionado por la mejor modista de Londres; Madame Roswell. El corte, al más puro estilo victoriano, tenía un diseño muy voluminoso de gran falda y mangas abullonadas, escote con volantes y cola de tres metros. Estaba cosido en tafetán de seda de marfil del vestido de novia de su madre, encaje antiguo del velo de novia que había pertenecido a su abuela, y que había sido bordado con hilos de plata y más de cinco mil perlas. El resto de tejidos con los que había sido confeccionado provenían de artesanos tradicionales ingleses.

Candy miró su anillo de compromiso; una impresionante esmeralda rodeada de diamantes que se veía demasiado grande en una mano tan pequeña como la suya. Sentía nerviosismo, pero se tranquilizó porque era algo habitual en las novias. Su prometido era el tercer hijo del conde de Magpie, un hombre de florida verborrea y mirada vacua que apenas le prestaba atención. Ella se había quejado varias veces porque le extrañaba la actitud de su prometido, pero su madre, Olivia Townsend, le había dejado muy claro que un hombre del talante y linaje de su prometido, no perdía el tiempo escuchando la palabrería de una muchacha ignorante como ella.

Esa descripción de su madre no le había gustado nada, pero era una hija obediente. Por eso, no tuvo que esforzarse mucho en convencerla, y en asegurarle que después de la boda todo cambiaría para ella, pero Candy se hacía muchas preguntas. El noviazgo era el momento más dulce para una mujer, sin embargo, ella veía a su prometido en contadas ocasiones, y siempre acompañado.

Todavía no conocía lo que era un beso apasionado y caricias lujuriosas que había leído en novelas de romance, y ese desconocimiento la hacía sentir impaciente. Porque aunque lo ocultaba bajo una fría indiferencia, su cuerpo bullía de pasión. Ansiaba ser besada, acariciada, pero tendría que esperar a la noche de bodas para dar rienda suelta a todos esos sentimientos que burbujeaban en su interior. Su madre le decía que desear era pecado, pero ella no podía sentirse una pecadora.

Si Candy fuera una muchacha dócil, si fuera obediente, y nada impulsiva, ahora se encontraría viajando por el mundo y probándolo todo, pero era una hija aplicada, y esperaba el día de su boda como toda muchacha de su edad.

Era lo propio. Era lo justo, pues sus padres anhelaban ese día mucho más que ella pues estaban encantados con la boda de su única hija, porque ello les permitiría entrar en el estrecho y cerrado círculo de la alta nobleza. Candy sabía que jamás le faltaría de nada, que tendría todo aquello que deseara porque la fortuna del conde Magpie era de sobra conocida. Entonces, ¿por qué sentía en lo más profundo de su corazón que algo no encajaba? ¿Qué sentía que le faltaba? Se preguntó por enésima vez. Estaba asustada por lo que el destino le tuviese preparado. Ella sabía que no era muy

hermosa, sobre todo por su color de cabello tan escandaloso, pero tenía buen corazón e iba a ser la compañera adecuada pues había sido instruida desde la niñez para ser la esposa perfecta. Se consoló diciéndose que lo más destacable de su persona eran sus ojos de color celeste, porque estaban acompañados de largas pestañas bajo unas perfectas cejas cobrizas que los realzaban.

Sentía nerviosismo, y se tomó un tiempo para tranquilizarse porque debía llevar algunos regalos a la casa que sería su hogar después de la boda. Una bonita mansión a orillas del Támesis con un bonito jardín delantero. A pesar del nerviosismo, una sonrisa se dibujó en su rostro. Su madre había aceptado que pasara el fin de semana con sus queridas amigas, Aline y Melany, en la pequeña casita de Combe Down, donde podría despedirse de su soltería en una fiesta íntima donde solo estarían ellas tres. Incluso habían prescindido del servicio.

Candy se colocó la capa sobre los hombros, se puso los guantes, y se ajustó el sombrero. Pensaba entretenerse lo mínimo posible en su futuro hogar porque tenía poco tiempo para arreglar su valija con las prendas que necesitaría en su breve viaje. Sonriendo, salió del hogar de sus padres sin sospechar el cambio tan drástico que iba a sufrir su existencia. Todo iba a cambiar para ella en cuestión de minutos. La vida le tenía reservada una gran sorpresa que cambiaría su vida para siempre.

Cotswolds, tierras de Bath

Aline Rawson arreó las monturas mientras seguía conduciendo la calesa por el estrecho camino rural. Llegaba tarde y lo sabía. La sinuosas curvas hacía difícil que pudiera conducir de forma más rápida, pero ella, que solía ser prudente en demasía, se intranquilizaba por momentos, pero confiaba en sus sementales. Manejarlos era un auténtico placer, aunque sus amigas no pudiesen comprender por qué motivo les tenía tanto cariño.

Respirar el aire de la campiña inglesa le levantaba el ánimo mejor que cualquier conversación estimulante con un caballero de lengua dulce y manos atrevidas, pero le preocupaba la discusión que había mantenido esa tarde con sus padres, y de los interrogantes que había dejado sin resolver. Volvió a centrar su atención en el camino porque solo faltaban unas millas, y ya había pasado el pequeño pueblecito de Marshfield. Ella y sus dos amigas del alma iban a hospedarse en una casita de dos plantas en el bello pueblecito de Combe Down en pleno corazón de Cotswolds, muy cerca de Bath, una villa turística ubicada en el campo ondulado del suroeste inglés, conocida por sus termas naturales y la arquitectura georgiana.

El padre de Aline era el tercer hijo del barón de Lark, una familia con un título menor, pero con una herencia considerable. Y entonces se dedicó a pensar en las familias de sus dos amigas del alma.

El padre de su amiga Candy era el segundo hijo del barón de Thistle, pero no se había dedicado al sacerdocio sino que era juez. Y el padre de Melany era el barón de Turtledove, pero estaba en la más absoluta ruina. Las tres amigas vivían cerca de Londres, y, aunque estaban en edad casadera, solo Candy estaba prometida al segundo hijo del conde de Magpie, y la boda iba a celebrarse en breve. Ese era el motivo para que las tres amigas hubieran decidido hospedarse en Combe Down, la casita de Maggie Rawson, su única tía, que era una adorable ancianita que siempre la ayudaba a mantener encuentros fraternales alejadas de los padres de todas, pero sobre todo de su hermano el barón que ejercía un férreo control sobre su única hija. Para la tía Maggie, Aline era su sobrina favorita, y se lo demostraba cada vez que podía. La encantadora vivienda era muy antigua, y, aunque su tía nunca ponía pegas o trabas para que ella la disfrutara de vez en cuando, en esa escapada solo iban a ocupar la primera planta. Miró hacia la curva que se cerrada hacia la derecha, y, aunque lo intentó, no consiguió vislumbrar el bosque de castaños, ese lugar

conseguía conmoverla por su quietud y paz.

Aline creía que faltaban solo doce minutos para las seis, se cerró demasiado en una curva, y tuvo que sujetar mejor las bridas. La conducción tan temeraria que estaba ejercitando echaba por tierra años de buen juicio y sensatez. Menos mal que su padre no podía verla. Tomó una doble curva, y vislumbró el pueblo frente a ella. Las estrechas calles empinadas estaban desiertas a esa hora, pero Aline no se sorprendió. El mes de abril estaba siendo muy frío en comparación con otros, fue pensarlo, y percibió un escalofrío involuntario que la recorrió de pies a cabeza.

Ya vislumbraba la casa. Observó humear la alta chimenea, y llegó hasta su nariz el olor de la leña quemada.

Aparcó la calesa en el granero donde antaño se resguardaba a los animales, su tía Maggie lo había reformado recientemente. Nada más descender del vehículo, sus zapatos se hundieron en el barro pues había llovido el día anterior. Sus medias y zapatos eran demasiados finos, pero ella no había tenido tiempo de cambiarse, había salido directamente en dirección a Bath porque no quería llegar demasiado tarde, aun así el trayecto había durado demasiado.

Sacó la pequeña maleta, y dirigió sus pasos hacia la calidez de la casa. Se moría por una taza de té. Cuando llegó al interior, depositó la maleta en la entrada y dirigió sus pasos hacia el salón donde podía oír la voz de Melany. En el momento que abrió la puerta y fijó sus ojos en sus amigas, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Las dos mujeres que estaban esperándola desde hacía cuatro horas, se levantaron al unísono para dirigirse directamente hacia ella.

—¡Llegas tarde! —la firme voz de Melany le arrancó una sonrisa conciliadora.

—Lo sé, pero quería salir de inmediato.

Tanto Melany como Candy miraron al unísono el atuendo de Aline y levantaron los ojos al cielo.

—¡No te has cambiado el vestido de fiesta! —exclamó Melany con tono incrédulo, pero Aline no le permitió continuar.

—¿Crees que no lo sé? —trató de justificarse—. Si me hubiese cambiado de vestuario, mi madre habría impedido mi marcha —le contestó—. He tenido que correr mucho y ser sigilosa.

Melany resopló de forma poco femenina al escucharla. El control que ejercían los padres de Aline sobre ella le parecía inhumano.

—¿No le has dicho a tus padres que ibas a pasar el fin de semana en Combe Down? No puedo creerlo —la recriminó—. Pues deberías haberlo hecho.

Aline sonrió ante el tono áspero de su amiga. Nadie en el mundo manejaba el sarcasmo como ella, si bien al sentirse regañada, entrecerró los ojos suspicaz, y miró su semblante adusto. En ocasiones detestaba la forma franca que tenía de decir las cosas, pero calló en un intento de que el fin de semana fuese lo mejor posible, y, por ese motivo, clavó los ojos en la copa que sostenía Candy entre sus manos.

—Yo también quiero un poco de eso —dijo con una sonrisa en los labios.

Aline hizo un gesto con la cabeza hacia la copa que sostenía Candy.

—¿Champán? Te recuerdo que tú bebes únicamente té y limonada fría —le recordó.

Aline hizo un gesto exasperado con la cabeza, ella también bebía champán cuando asistía a los espectáculos en Covent Garden. Que sus amigas la considerasen tan anodina, la preocupaba.

—Pero ahora he decidido beber lo mismo que vosotras.

Aline tomó asiento en el único lugar vacío frente al enorme hogar encendido, cogió la copa llena con el dorado líquido que Candy le acercó amable.

—Hoy brindaremos por el dulce y maravilloso futuro que se abre ante ti, por el esposo que te hará la mujer más feliz del mundo, y porque veremos con nuestros propios ojos que la prosperidad

te inunda y llena tu vida por completo —le dijo Aline con una sonrisa genuina.

Melany hizo una mueca al escucharla.

—Es increíble, Aline, lo empalagosa que te pones en ocasiones —la carcajada de Candy al escucharla no se hizo esperar.

Melany fijó sus ojos en ella. Tenía en el rostro una mirada que no había visto nunca.

Candy levantó la copa con ojos chispeantes, y, sin previo aviso, les espetó a ambas.

—Por el bastardo de mi prometido. ¡Ojala le estalle el corazón dentro del pecho! —tanto Aline como Melany clavaron sendas miradas con asombrosa incredulidad en el rostro de ella. La miraron beberse de un trago la copa y volver a llenársela sin una duda—. ¿Qué...? ¿No os ha gustado mi brindis? —las dos seguían con las copas todavía llenas si bien la apuraron de un trago.

El silencio que reinó en la pequeña sala por unos breves instantes, fueron el prelude del caos que aconteció poco después. Candy comenzó a maldecir, a mascullar y blasfemar de tal forma, que habría conseguido sacarles los colores a unas verduleras en el mercado. Tanto Melany como Aline estaban asombradas. No conseguían entender su arranque inesperado, y la miraban indecisas ante la noticia sorprendente. Tanto Aline como Melany eran conscientes de que Candy era la más prudente y comedida de las tres.

Candy cesó en su retahíla de insultos hacia su prometido, e inspiró profundamente antes de volver a sentarse como si nada hubiera ocurrido. Como si por sus labios no hubiera salido semejante aluvión de insultos.

Melany, fue la primera en romper de nuevo el silencio

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó.

Aline estaba realmente preocupada.

—¿Es algo serio? —se interesó la otra en un tono suave.

Candy soltó una carcajada ausente de humor, y, de pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas que apenas pudo contener. Aline se levantó presurosa de su asiento y encauzó los pasos hacia ella. Cuando llegó a su lado, la abrazó fuerte. Ese detalle consiguió desbordar la presa que Candy intentaba contener a duras penas. No quería molestar a sus dos amigas del alma.

Melany seguía mirando en silencio a sus jóvenes amigas, y un suspiro amargo brotó de su garganta ante la infelicidad que empañaba ese momento. Eran amigas desde siempre, tanto Candy como ella habían nacido en Basingstoke, salvo Aline que era de Newbury, pero las tres habían asistido al mismo colegio de señoritas, y seguían estando tan unidas como cuando eran adolescentes llenas de inseguridades.

Ante el silencio que las sobrecogía, Melany soltó un suspiro largo porque la fiesta de amigas que habían planeado, iba a convertirse en un fiasco si Candy no dejaba de beber. Todo el trabajo que habían realizado para que sus respectivas familias les permitieran pasar un fin de semana en el campo, se había ido al traste. Ella era la que había llevado peor la noticia del compromiso de Candy porque estaban muy unidas, y sabía, que una vez casada, nada volvería a ser igual entre ellas.

Aline, era la más romántica de las tres amigas, y, en ocasiones, su forma positiva de ver el mundo lograba desquiciar a Melany que se consideraba la más ecuánime y práctica de todas. Candy era sin lugar a dudas la más brillante e ingeniosa. Tenía un espíritu aventurero que escondía a fuerza de voluntad. Era una buena hija, sumisa, obediente, y que en ese momento bebía como si el diablo la hubiera poseído. Apenas medía el metro sesenta, pero no conseguía pasar desapercibida con el color de pelo tan escandaloso que le había obsequiado la naturaleza: rojo sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Melany tras unos momentos de silencio.

Candy agitó la cabeza de forma brusca, como si un recuerdo la hubiera hostigado hasta producirle un daño físico.

—Me mintió —confesó con un hilo de voz a penas audible, pero calló un momento para tomar aire—. Siempre me decía que era la mujer de su vida —hipó varias veces antes de poder continuar—. ¡Y era una completa mentira! —exclamó dolida.

El silencio en la estancia resultó sobrecogedor. Ni Melany ni Aline se atrevían a decir nada. La revelación las había dejado en shock.

Candy continuó.

—Estaba en la cama, ¡la que iba a ser nuestro lecho de amor!, y con una mujer que no había visto nunca. —Aline ahogó un gemido. Melany suspiró llena de aprensión porque se temía lo que vendría a continuación—. ¡Nuestro lecho nupcial! ¡Los dos desnudos! ¡Los dos retozando en sudor lascivo!

Aline estaba tan llena de asombro que casi se olvidó de respirar.

—¿Qué hacías en Basildon Court? —le preguntó Melany.

Basildon Court iba a ser el hogar de los desposados. Candy sorbió por la nariz al mismo tiempo que se limpiaba los labios.

—Llevaba unos regalos de boda de mi tío —les explicó—. Mi prometido no me dijo que iba a estar en la casa que compartiríamos después de nuestro enlace nupcial.

—¡Pero es terrible! —exclamó Aline con el horror reflejado en el rostro.

Candy había comenzado a llorar.

—Cuando descubrí que mi prometido me era infiel, creí que moriría de la pena. Incluso me he cuestionado mi propia valía pues creo no he sido tan buena como debería de haber sido, que no le he dado lo suficiente, que me ha engañado porque necesita reemplazarme.

—Es un maldito bastardo —lo insultó Melany—. Descubrirlo de esa manera debe de haber sido un duro golpe que te dejará secuelas difíciles de reparar, y sin saber qué camino deberás tomar a continuación.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Aline.

Candy miró a sus amigas del alma con un brillo decidido en los ojos.

—¡Venganza!

Esa no era una opción, se dijo Aline.

—Tómate un tiempo para meditar, sobre todo para calmar tus emociones —le aconsejó Melany—, y cuando te veas preparada, enfrentarás la situación mucho mejor.

—Le voy a pagar con la misma moneda —afirmó Candy con un siseó.

Las dos amigas entendieron que eso equivalía a buscarse un amante.

Las tres eran hijas de buenas familias, habían sido bien educadas, y Melany dudaba mucho de que Candy cumpliera su amenaza, sobre todo porque era una muchacha decente y respetable.

—Tienes que suspender la boda —afirmó Melany tan práctica como siempre.

—¡No puede suspender la boda! —exclamó Aline—. ¡Se casa la próxima semana! —argumentó.

—Iba a casarme... iba a casarme con un cretino desgraciado, manipulador y falso —susurró Candy con ojos brillantes.

Candy se tapó el rostro con las manos, y comenzó a llorar de nuevo. Pensó en su precioso vestido de novia. En el banquete, en los invitados. ¡Todo era un desastre! ¡Quería morirse!

Pero tomó una decisión, la más importante de su vida.

—Ese canalla va a enfrentarse a la venganza de Candy Townsend.

CAPÍTULO 2

—No vas a pagarle con la misma moneda —le dijo Aline de pronto.

Melany desvió los ojos hacia Aline sin creerse el consejo que le estaba dando.

—¡Pero qué estás diciendo! Pagarle con la misma moneda es lo mínimo que se merece ese bastardo —afirmó la otra.

Aline miró a Melany con los ojos entrecerrados.

—Ella no tiene la culpa de que su prometido le haya sido infiel. Ha sido una decisión tomada libremente por su parte, y no debe rebajarse al mismo nivel de ese desgraciado —sentenció Aline sin un parpadeo.

—¡Le pienso hacer la vida imposible a ese cabrón malnacido! ¡Voy a matarlo! —exclamó Candy sin contener ya los insultos.

—Debemos calmarnos —agregó Aline con voz razonable.

Melany estalló en carcajadas que hicieron a Aline entrecerrar los ojos, pero sin quitar su atención en los sollozos de Candy. ¿De qué diantres se reía Melany? ¿Acaso ella era la única sensata de las tres?

—Yo secundo la idea de la venganza —afirmó Melany—. Pero no lo del asesinato, aunque lo merezca porque terminarías en la prisión cuando no en la horca.

Aline la censuró con los ojos, y Candy hipó varias veces antes de responder.

—Debería acostarme con todo hombre que encuentre en mi camino, y después confesarle a mi amado esposo mi venganza sobre él.

Aline no estaba de acuerdo con ese razonamiento. Candy volvió a apurar su copa de champán para volver a llenársela.

—Solo saldrías perjudicada tú —le recordó Aline que estaba muy preocupada por su amiga.

Melany se mantenía en un sospechoso silencio.

—Tendría que casarme, y que la lista de amantes fuera interminable, incluso tener un hijo que no fuera de él, ¿sois capaces de entenderme? —Candy volvió a vaciar la copa de champán de un trago.

Aline no sabía qué decir para consolarla.

—Es normal que estés dolida, incluso con deseos de desquitarte de un ser tan ruin, pero no lo harás, ¿y sabes por qué?, porque tú eres mejor persona. —Aline quería restar seriedad al asunto, pero no sabía cómo.

Melany bufó de incredulidad, y, tras un segundo muy significativo, clavó sus bonitos ojos en Aline sin creerse sus palabras que dejaban traslucir muchas cosas.

—Vamos a pensar en una buena explicación para suspender la boda. Si es lo que deseas, y Melany y yo estaremos a tu lado para que lo soportes todo mucho mejor.

—No voy a suspender la boda —afirmó Candy con voz entrecortada.

—¡No puedes casarte con ese desgraciado! —exclamó Melany sin dejar de mirarla—. Iremos a Bath y te buscaremos un buen candidato para convertirlo en tu amante y para que le pagues con la misma moneda.

Aline miró a Melany con ojos entrecerrados. La respuesta le sonó estúpida, pero era lógico viniendo de una cínica como ella.

—¡Estás loca sugiriendo algo así! —contestó al fin—. Candy, lo último que necesita, son ideas descabelladas.

—El escándalo será monumental —hipó Candy—. Seré el hazmerreir de todo el reino.

Calló un momento mientras el sonrojo tintaba sus mejillas.

—¿Os podéis creer que contaba cada penetración? —confesó turbada—. Y le golpeaba el... el... el culo... siento un asco profundo.

Candy volvió a estallar en sollozos, y Melany se levantó de su asiento para sujetarla por los hombros en un intento de consolarla. Si seguían por ese camino de confesiones, les esperaba una noche de llanto y lamentaciones.

—No pienses más en ese cretino —le dijo Aline.

—Sigo manteniendo lo de buscarle un buen amante en Bath —intervino Melany.

Candy se debatía entre seguir hipando o reír por la sugerencia absurda de Melany, aunque la había propuesto ella misma, pero lo había hecho porque estaba borracha, despechada. ¡Increíble! Se sentía en ese preciso momento a la altura del barro.

—¡Tengo orgullo! Aunque os parezca increíble —exclamó muy despechada—. He sido engañada, burlada, y no me conformo con quedarme de brazos cruzados.

Tenía en carne viva el desprecio de su prometido a sus sentimientos. A todas las ilusiones que había tejido en torno a ellos y su futuro. A los besos que no le había dado, a las caricias que le había negado. Ella era una muchacha decente, pero había ansiado un contacto íntimo con su prometido. Conocer qué se siente al ser besada, acariciada...

—Bueno, dinos entonces, ¿qué deseas hacer? —le preguntó Melany sin dejar de mirarla atentamente—. Podemos contratar a un mercenario para que le rompa la cabeza. Tu padre debe de conocer a unos cuantos.

—¡Jamás voy a decirles nada a mis padres! —exclamó llena de pánico.

—No puedes mantener esto oculto —le aconsejó Aline.

Candy dejó de sollozar al fin y volvió a tomar la copa de champán que estaba nuevamente llena, aunque no recordaba cuando la había llenado.

Aline trató de quitársela, pero ella no se lo permitió.

—Te has bebido tres copas seguidas, vas a terminar ebria —le dijo con voz suave.

Candy la miró con ojos que ardían de despecho. ¿Acaso no era obvio lo que ocurría y lo que trataba de hacer? ¡Quería terminar borracha! ¡Lo necesitaba! Porque de ese modo no se sentía tan vejada.

—El champán hace que no me sienta tan desgraciada —admitió en un susurro.

—¡El desgraciado es él! ¡Maldita sea! —Aseveró Melany con esa voz que hacía bajar los ojos al resto de los mortales.

Candy volvió sus ojos hacia ella con censura.

—Imagino que la culpa la tiene su nacimiento privilegiado, al fin y al cabo es hombre y rico —respondió refiriéndose al privilegio de nacer varón y noble.

Melany creyó que no había oído bien. ¿Lo justificaba?

—¡Por San Jorge! No puedes justificarlo —le increpó de forma dura, aunque moderó el tono un segundo después.

Candy cerró los ojos intentando contener las lágrimas. Amaba a sus dos amigas del alma, pero se sentía incomprendida por ellas.

—No sé lo que digo —confesó con voz entrecortada. Melany y Aline asintieron al unísono tras escuchar su declaración—. Pero me siento muy desgraciada, y pienso que tengo la culpa de todo, que no soy sexualmente atractiva, que soy un adefesio por culpa de mi cabello...

Melany cerró los ojos con cierto fastidio porque masticaba la misma impotencia que Candy. Los sentimientos que la abatían eran el lastre femenino por excelencia: ser mujer en un mundo gobernado por hombres.

—Está claro que no debe casarse —dijo de pronto Melany—. Hay que suspender la boda, y debemos elaborar una justificación creíble, y que no dañe tu reputación.

Las dos amigas miraron el rostro de Melany estupefactas. Un silencio pendió entre las tres como un péndulo afilado ante la sugerencia tan fríamente expuesta.

—¡No quiero suspender la boda! —reiteró Candy a la defensiva.

Tenía los ojos vidriosos y la voz pastosa, pero había dejado de llorar. Las dos amigas la miraron con un interrogante en sus ojos, sin saber muy bien el motivo de tan tajante negativa.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono—. ¡No debes casarte con ese mal nacido!

—Me quedaré solterona —ahora fue Aline la que no pudo aguantar un impropio.

¿Temía quedarse solterona? Se preguntó.

—¿Sabéis que seré la burla de todas? Porque de saberlo, no os reiríais con ese descoque.

—¿Y prefieres no suspender la boda por no quedarte soltera? —le preguntó Melany con voz crítica e intentado disimular el disgusto que sentía.

Le temblaba el labio superior tratando de contener la ira. Candy meditó en las palabras que quería decir aunque no acertaba, porque se le trababan en la lengua.

—Recordad lo que le sucedió a Peggy Malcom —les recordó con acritud—. Suspendió su boda, y semanas después ingresó en un convento.

Melany volvió a sentarse en la silla sin apartar los ojos de su amiga.

—Yo preferiría ser monja que perder mi dignidad —le dijo Melany con voz firme.

Candy volvió a beber de la copa que se había quedado vacía. ¿Quién demonios se bebía su champán? Porque estaba convencida que ella apenas lo había probado.

—Pero yo no quiero ser monja, porque, porque... —Candy buscaba la frase adecuada—, ¡no quiero ser la esposa de Dios! —afirmó de carrerilla—. Quiero casarme con alguien de carne y hueso —concluyó contra todo pronóstico.

Melany comenzó a taconear en el suelo de la estancia intentado no perder la compostura. Candy siempre había sido muy comedida en actos, pero cuando soltaba la lengua, no tenía medida, y esa noche era una de ellas.

—¡Ya no sabes lo que dices! —la exclamación de Aline sonó tan contenida que la ceja de Melany se arqueó con curiosidad—. Vamos a ayudarte en todo, y vas a suspender la boda.

—¡No voy a suspenderla! —la contradijo.

Candy hipó para tragarse las lágrimas que acudían a sus ojos de nuevo.

—¿Y qué otra alternativa te queda? Será difícil, pero lo superarás, ya lo verás.

—¡Juro que se lo haré pagar! —exclamó—. Ese cretino desgraciado mal nacido y bastardo, no sabe lo que se le viene encima con la venganza de Candy Townsend.

Parecía que la muchacha decía las cosas muy en serio. Cada palabra era una amenaza. Melany y Aline se miraron al unísono tratando de contener la preocupación que sentían.

—Siempre digo que la venganza es un plato que se sirve dulce —le dijo Melany con voz sapiente—, y frío.

—¿Por qué la animas? —le increpó Aline a Melany—. El champán se le ha subido a la cabeza. Candy volvió a estallar en sollozos al escucharlas.

Melany se pasó la mano por el pelo en un gesto impotente porque esa conversación no llevaba a ningún lugar salvo a la frustración. Cuando Candy sufrió una arcada, las dos corrieron hacia ella.

—Está ebria —comentó Melany.

—Es cierto, casi se ha bebido ella sola la botella de champán —respondió Aline, si bien se levantó rápida y se dirigió hacia otra estancia, volvió unos segundos después con una botellita de

láudano.

—¡Por Dios! —exclamó atónita—. Se ha bebido casi todo el contenido.

Melany extendió la mano para coger la botellita casi vacía que le enseñaba Aline.

—Esto explica sus palabras —comentó convencida—. Y ahora, ¿qué podemos hacer? —preguntó Melany que pensaba a toda velocidad.

Aline se acuclilló al lado de Candy al mismo tiempo que respondía.

—Creo que es importante mantenerla despierta.

Candy se irguió en el sillón para buscar la copa que le había quitado Aline de las manos.

—Pienso hacer caso. Iré hasta Bath y buscaré a un hombre muy atractivo, de piel oscura y ojos ardientes —soltó de pronto.

Las dos volvieron la cabeza hacia Candy al escuchar su diatriba.

—Incluso estaré dispuesta a pagarle con tal de que me ayude a alcanzar mi venganza y... —Candy calló un momento porque había perdido el hilo de la conversación que ella misma sostenía.

—¡Calla, Candy! —le dijo Melany.

—¡Siento ganas de vomitar! —exclamó Candy con un tono de asco que no pudo ocultar ni quiso—. Los veo juntos, él, encima de ella, clavándole las caderas en... en... ¡oh Dios!

Melany y Aline se miraron al unísono con un asentimiento de cabeza. El espectáculo debía haber sido insultante y vejatorio para ella hasta el extremo.

—Solté los regalos que traía en la manos —ninguna de las dos la interrumpió—, no me dijo que estaría en casa, y yo...y yo..., ¡maldito bastardo! ¡Desgraciado! —escupió ofendida.

Aline le hizo un gesto a Melany comprensivo.

—¡Todos los hombres son unos mal nacidos! —exclamó Candy que volvió a cargar contra ellos sin medir las palabras.

—Opinión que he mantenido siempre y en la que vosotras dos diferís contra todo pronóstico— contestó Melany con un cierto tono pedante.

Ella había sufrido un desengaño amoroso cuando tenía dieciséis años, y jamás lo había superado.

Aline le hizo un gesto significativo de comprensión.

—¡Tú...! —Candy alzó un dedo acusador en dirección a su amiga Melany—. Eres un cactus congelado... no me, no me extraña que no te quiera ningún hombre. Ni tu madre soporta tus pinchos helados —la exclamación ahogada de Aline hizo que Candy volviera sus ojos hacia ella con sumo interés.

Estaba tan fuera de sí que no controlaba las palabras que decía.

—No voy a tomar ese comentario en cuenta porque sé que no eres consciente de lo que dices —contestó Melany tranquilizadora.

Ni Candy ni Aline podían imaginar los años que le duró el desengaño amoroso. Aline se tomó la revancha que las palabras de Melany le ofrecieron.

—¿Pensáis que sois las únicas que cargan a la espalda una desgracia de amor? —les espetó Aline en voz alta—. ¿Habéis olvidado a John Ford?

Melany la miró con sorpresa por su comentario inesperado. John Ford había sido el pretendiente de Aline cuando tenía diecisiete años, había sido la muchacha más ilusionada de todo el reino, pero el desgraciado le había prometido amor eterno, y poco después se desposó con una rica viuda de Cornualles. La dejó plantada prácticamente en el altar.

—Es verdad, Aline —comenzó Melany sin apartar los ojos de ella que se veía turbada por el recuerdo—. Ahora las tres podemos presumir de desengaños amorosos.

Candy volvió sus ojos hacia las amigas.

—Vosotras... vosotras... —calló un momento para tomar aire, pero al hacerlo olvidó lo que iba a decir a continuación—. ¡Voy a vengarme de ese desgraciado! —exclamó Candy cerrando los ojos.

—¡Volvemos a lo mismo! —respondió Melany con un brillo candente en sus pupilas.

—Pienso acostarme con toda Inglaterra —siguió Candy.

Melany pensó que volvían otra vez a la misma cantinela.

—Vamos a caminar un poco, Candy —dijo Aline que estaba muy preocupada por ella, y por la cantidad de láudano que había tomado.

Candy entrecerró los ojos con un dolor en su profundidad.

—Os odio —Aline abrió la boca pero la volvió a cerrar, ése había sido un golpe bajo—. Igual conocíais cómo era mi prometido y os lo callasteis.

Melany giró el rostro.

—No pienso tomar ese comentario en serio —le dijo Aline a su vez—. Es sumamente injusto que nos acuses de algo así. Ninguna conocíamos su libertinaje.

—Es cierto —corroboró Melany.

Candy la miró con una disculpa en sus bonitos ojos. ¿Era el champán que la incitaba a comportarse así? ¿Era el despecho y el dolor que sentía! ¿Su prometido no la encontraba atractiva, deseable?

—Perdonadme, no quería decir eso —se disculpó sincera.

Aline trató de tranquilizarla de nuevo.

—No todos los hombres son unos licenciosos sin escrúpulos —le dijo con tono pragmático.

Candy volvió a explotar.

—¿Licenciosos? ¿Licenciosos? ¡Son unos cabrones!

—Algunos hombres son verdaderos caballeros —la contradujo Aline.

Candy estaba ebria y no prestaba atención a las palabras de su amiga.

—¿Por qué los consentimos? —volvió a insistir—. ¿Por qué callamos sus infidelidades?

Melany estalló al fin.

—¡Porque son unos completos desgraciados! —exclamó Melany firme—. Son dignos de nuestro desprecio, y mucha de la culpa la tienen nuestras madres que callan y soportan.

Aline volvió sus ojos con enfado hacia ella.

—No todos son así —volvió a disculparlos—. Mi padre no es así.

Candy volvió a llenarse la copa de champán, la botella estaba prácticamente vacía.

—Preciosa, no es bueno que bebas más —le aconsejó Aline.

Candy sorbió por la nariz en un gesto muy poco elegante e indigno de una dama.

—Nunca me llamó bonita ni... —dejó la frase inconclusa porque se le había olvidado las palabras.

—Te queremos, y nos preocupamos por ti.

Candy optó por guardar silencio unos segundos.

—Soy una mala persona, no merezco vuestro cariño.

Melany volvió al ataque.

—¡La culpa es esta situación es del crápula de tu prometido! —insistió.

Candy seguía llorando. Cada vez que recordaba la visión de su prometido con su amante, se le revolvía el estómago. Sentía arcadas además de una ira inmensa. Se recostó sobre el sillón sujetando la copa con ambas manos, como si tratara de darle calor.

—Creo que voy a desmayarme —dijo Candy de pronto, y, cuando hizo amago de levantarse, sus amigas se levantaron a la vez para impedirselo.

—¡Has tomado demasiado láudano! —le dijo Aline tratando de sentarla de nuevo.

El padre de Aline tenía un amigo de la infancia que era un prestigioso cirujano, y ella se moría porque le dijera qué podía hacer para ayudar a Candy, pero se encontraba muy lejos.

—De estar en su lugar, yo me habría tomado una botella más grande de Láudano —afirmó Melany.

Las palabras estaban impregnadas de burla, y Aline se las tomó muy mal.

—¿Habrías puesto tu vida en peligro por un desgraciado? —su pregunta era del todo justificadas—. Porque no serías la primera mujer que muere por culpa de ese veneno.

El láudano era la droga por excelencia de las mujeres casadas para soportar y sobrellevar las infidelidades de sus maridos.

—¿Por qué me duele tanto? —continuó Candy—. Es un dolor físico, siento que me ahogo, que no puedo moverme...

Cada vez estaba más cansada, y quería recostarse un poco.

Cuando Aline vio la forma en la que se deslizaba del sillón al suelo, supo que algo grave le ocurría.

—¡Oh Dios mío! —exclamó alarmada—. ¡Hay que llevarla a un hospital de inmediato! —ordenó de pronto Aline.

Melany se preocupó de veras, ¿llevarla a un hospital? ¿Por qué?

—¿Qué dices, Aline? —le preguntó Melany con lógica.

—Creí que si no la dejábamos dormir sería suficiente, pero algo le debe haber hecho reacción —alegó realmente preocupada.

—¿Qué le ha hecho reacción? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Melany con un hilo de voz que mostraba la preocupación que sentía.

Una cosa era conversar con una amiga ebria, y otra muy distinta observar que caía en la inconsciencia. Aline la observaba de pies a cabeza.

—¿Ves esa hinchazón en su mano? —le preguntó Aline.

Melany asintió.

—¡La cargaremos en el carruaje!

—¡Pero el hospital está en Bath! —exclamó Melany horrorizada.

—En el pueblo debe de haber un médico —le explicó Aline con un deje de vacilación en la voz—. Estamos en una zona de muchos viajeros, debe de haber un médico... ¡apúrate Melany!

Roy McGuy terminó de tomarse el último trago de ron. Desde su posición podía ver el amplio valle que se extendía ante sus ojos. Estaba apoyado en el marco de la ventana tan pensativo como siempre. ¿Cuántos años hacían ya desde que se marchó? Demasiados. Lo había dejado todo atrás, pero no se arrepentía. Habían sido años muy duros porque a pesar de su formación, nadie confió en él en un principio. Resignado, dejó la ciudad de Liverpool para instalarse en el pequeño pueblecito de Cotswolds. La región de Bath acogía a muchísimos turistas y veraneantes que decidían probar las maravillosas aguas del balneario. Él, pudo encontrar trabajo como médico porque los ancianos eran muchos, y los doctores jóvenes preferían terminar de formarse en ciudades importantes del reino como Londres, Birmingham o Mánchester. Pero Roy había encontrado su un hogar en Cotswolds, y vivía tranquilo.

Se arrepentía de muchas cosas, pero no de la más importante; comenzar de nuevo lejos de todo.

Pensó en su hermano pequeño, y soltó un suspiro cansado. En sus años de destierro, había trabajado muy duro, pero había logrado reunir una cantidad considerable de dinero para pagarle los estudios de abogado. Comenzaría el próximo año como estudiante en la mejor universidad de

Londres, y él se sentía muy satisfecho.

Lo último que esperaba en esa noche, fueron los golpes y gritos que pedían ayuda. Se giró, dejó el vaso sobre la mesa, y se dispuso a abrir la puerta de la casa donde tenía habilitado un pequeño consultorio.

Como todo transcurría con calma y serenidad en Cotswolds, esos golpes anunciaban un cambio de rutina, y Roy se preguntó si sería bueno o malo.

CAPÍTULO 3

Candy seguía en el interior del carruaje inconsciente. Melany daba pequeñas pasadas a los sementales de forma impaciente con la mano, a la vez que miraba a Aline que golpeaba la puerta de la vivienda sin obtener respuesta.

Volvió al carruaje.

—Iré hasta aquella casa de allí —le informó.

No podrían alcanzar la casa con el carruaje porque el camino era demasiado estrecho y estaba lleno de piedras.

—Esperadme aquí.

Melany hizo un asentimiento de cabeza.

Aline comenzó a correr, y, al llegar, golpeó la puerta de la vivienda con decisión. Pasaron unos momentos que a ella le parecieron eternos, pero Aline había logrado que se abriera, por ella asomó una anciana. La vio hablar con la mujer mayor. Momentos después regresó con ellas.

—La señora me ha indicado de forma amable dónde se encuentra la casa del doctor —le comentó con un alivio profundo.

—¿Está muy lejos de aquí? —quiso saber Melany.

Aline la miró con cierto cansancio, y le hizo un gesto negativo.

—Afortunadamente no —respondió.

—Deberíamos de llevarla a Bath —le dijo Melany al mismo tiempo que volvía la cabeza hacia atrás para cerciorarse de que Candy seguía en la misma posición.

—Bath está a demasiadas millas de distancia, con este camino podemos tardar tres horas en llegar —le explicó Aline.

Melany apretó los dientes porque tenía razón. La ciudad de Bath estaba demasiado lejos para una emergencia como la que tenían en ese momento.

—¿Dónde vive el doctor?

—Saliendo del pueblo. Debemos seguir el cauce de Bournemouth, y cuando lleguemos al cruce, debemos cruzar el puente y girar hacia la derecha. Es la última casa subiendo la cuesta.

—Vamos allá —tardaron nada en volver a poner en marcha el carruaje.

Pero tras unos minutos de conducción, seguían sin encontrar la casa. Habían dejado el cruce hacía más de veinte minutos, y ya no quedaba ninguna vivienda a la vista.

—Hemos debido de pasarla —dijo Melany, pero Aline negó con la cabeza.

—La señora me ha dicho que es la última y que es fácil de ver porque la fachada está pintada de azul —Melany alzó las cejas con extrañeza.

—¿Azul? ¿En Cotswolds? Eso debería de estar prohibido, aquí las casas deben ser todas rojas, como es típico en Cheltenham —se quejó.

Aline sonrió al escucharla. Sólo Melany podía decir algo tan banal en un momento tan delicado.

—¡Allí! ¡Allí está! —Gritó Aline con entusiasmo, volvió la cabeza para mirar a Candy con ojos llenos de alivio.

La calesa era pequeña, pero suficiente para transportarla.

—Pequeña, ya hemos llegado.

—¡Por Dios! —exclamó Melany—, esto está muy alejado de todo.

Los caballos resoplaron cuando la mujer atizó las bridas para subir la empinada cuesta. Las ruedas crujieron al frenar de forma brusca frente a la casa, un hombre alto salió por la puerta a la

misma vez que Aline se apeaba del carruaje de un salto. Estaba claro que el hombre estaba acostumbrado a las visitas inesperadas.

—Buenas noches, milord —saludó ella con fluidez—, necesitamos ayuda —el hombre la miró con educación.

Melany rodeaba el carruaje para abrir la puerta por donde tenían que sacar a Candy, y, cuando dirigió sus ojos hacia la persona que hablaba con Aline, se quedó de una pieza.

—Permítame —el doctor metió la cabeza por la puerta abierta del carruaje para tomarle el pulso a la muchacha que estaba inconsciente, e inmediatamente la cogió en brazos y la llevó hacia el interior de la casa.

Ambas lo siguieron en silencio, pero Melany le dirigió una mirada elocuente a Aline que ésta ignoró con descaro. El interior de la casa las dejó boquiabiertas. Habían entrado a otro mundo, y nada las había preparado para ver un interior tan exquisito y acogedor. Desde fuera, la casa parecía más pequeña. En el centro, un gran piano daba la bienvenida a los visitantes, pero dejaron el escrutinio de la casa, y siguieron al médico hacia la habitación por la que había entrado con Candy en los brazos. Le estaba examinando la mano hinchada con suma atención.

—Le ha mordido una serpiente —les dijo a ambas.

Aline parpadeó por la sorpresa. Melany entrecerró los ojos sin comprender. El doctor se apresuró a explicarles.

—¿Ven estos dos puntos bajo la hinchazón?

Aline parpadeó varias veces porque le parecía increíble que en la casa hubiera un reptil. ¿A qué clase de reptil se refería el doctor?

—Se ha tomado casi todo el contenido de un frasquito de láudano, además de varias copas de champán —le informó porque creyó que ese era el motivo.

El doctor alzó la cabeza para mirar a Aline mientras la oía explicarse.

Melany pensó que iba a desmayarse de la impresión, ahora se daba cuenta del acento del doctor que no lograba ocultar a pesar de la correcta pronunciación inglesa. Además, tenía un verde impresionante en los ojos.

—Necesito que vayan a la casa y busquen una serpiente —les dijo. Tanto Aline como Melany dieron un paso atrás negando—. Creo, casi con toda seguridad, que le ha mordido una serpiente de las que abundan por aquí —les explicó con infinita paciencia, como si le hablara a dos niñas pequeñas.

—¿Una serpiente? —pregunto Melany casi con desmayo.

El hombre la miró atento.

—Su mordedura no suele ser mortal, pero necesito cerciorarme antes de administrarle un contraveneno.

—¡Yo no voy a buscar ninguna serpiente!

La exclamación de Aline hizo que el médico entornara los ojos.

—¿No puede administrarle ya un contraveneno? —le preguntó Melany.

El doctor se quedó un momento pensativo cuando escuchó la pregunta.

—Estamos perdiendo un tiempo importante —les recordó, y, viendo la indecisión de ambas, las animó—. Chris las acompañará —Melany y Aline asintieron al unísono—. Yo me quedaré controlando a la paciente, pero en el momento que den con ella —Aline alzó una ceja con bastante duda—. Si no son capaces de memorizar el color, la longitud, y el grosor, me conformo con un dibujo, y tráiganlo rápido.

Melany pensó que el fin de semana se había estropeado por completo. Ahora tenían que buscar una serpiente en la casa donde tenían que pasar la noche. ¡Desalentador!

—Esperen un momento mientras voy a llamar a Chris para que las acompañe.

Las dos amigas miraron con estupefacción la marcha del doctor por la puerta.

—El doctor es muy atractivo —declaró Melany, y Aline la miró con enfado tras sus palabras.

A Candy le había mordido una serpiente, y Melany pensaba en el doctor.

—Me parece inaudito que pienses de forma tan frívola en una situación tan importante — Melany no se ofendió por la amonestación de Aline.

—Ya lo has oído, la mordedura, en el caso de que sea una mordedura, no es mortal.

—Pues yo no puedo pensar en otra cosa salvo en Candy y la desgracia que la ha acontecido — le dijo Aline con tono seco.

Melany asintió con la cabeza, pero sin sentirse avergonzada.

—¿De dónde crees que es? —Aline la miró con cierta confusión en sus ojos.

—¿Y qué importa eso?

—Podrían estar aquí de forma ilegal, y el guaperas puede estar ejerciendo la medicina sin licencia —Aline la miró con cierta acritud.

—¡Otra vez tus desconfianzas y...! —no pudo continuar porque el doctor había regresado, lo seguía un adolescente con ojos soñolientos.

—Disculpen mi tardanza, Chris estaba dormido —las dos miraron el rostro juvenil aun con signos evidentes de sueño—. Chris, estas señoritas necesitan encontrar una serpiente. Irás a su casa y le ayudarás a buscarlas —el muchacho asintió con una sonrisa.

Ninguna de las dos entendió una palabra del idioma en el que había hablado el médico. Él, al ver la cara de interrogación de ellas, les aclaró.

—Somos de Escocia, nos instalamos aquí en las Cotswolds hace algunos años —ahora ambas asintieron al unísono—. Están perdiendo un tiempo muy importante y valioso —las apremió de nuevo pero con mucha amabilidad.

Las dos se dirigieron hacia la puerta con paso rápido, el muchacho las seguía de cerca, pero con el rostro serio. El médico miró la partida de los tres con el ceño fruncido.

Tanto Melany como Aline entraron a la casa como si fuese la subida al patíbulo, renuentes, a la fuerza. El joven muchacho, una vez que abrieron la cerradura, las precedió, y ellas lo siguieron con sigilo. El chico las miró de forma solemne, y comenzó a buscar por las diferentes habitaciones.

—Cuando vea la serpiente, ¡me desmayaré! —exclamó Aline.

—Solo es una maldita serpiente —le respondió Melany—. Y ya ha soltado su veneno.

Aline masculló ofendida por el tono seco de Melany. Ella le tenía terror a las serpientes.

—Eres una cínica, ya lo sabes— le dijo Aline con un mohín.

Las dos seguían al muchacho llamado Chris, pero con cierta reticencia.

—Yo no pienso tocar nada que tenga la sangre fría —exclamó de nuevo Aline con voz contenida.

Melany se paró un momento para soltar una sonrisa.

—Míranos, estamos muertas de miedo, y con la única protección de un muchacho.

—Pues yo no pienso dormir en la casa ahora que sé que pueden entrar serpientes, y Dios sabe qué —reiteró Aline.

Las dos dieron un respingo cuando Chris les hizo un gesto de silencio con el dedo, lo vieron salir hacia la cocina y regresar con un cuchillo de cortar carne, el filo tenía un brillo peligroso. Avanzó sigiloso hacia el sillón donde había estado sentada Candy anteriormente. Las dos se pegaron a la pared dudando entre salir corriendo y lanzar chillidos histéricos, o quedarse y perder el conocimiento cuando viesan al reptil. Cuando observaron a Chris correr el sillón, fueron

conscientes de lo que había enroscado sin moverse, Aline contuvo la respiración, Melany se pegó aún más a la pared. Adolescente y serpiente se miraron sin quitarse ojo, esperando ver quién comenzaba el primer ataque, Aline reaccionó al fin, se acercó muy lentamente para observar mejor a la serpiente.

—¿Qué haces? —gritó Melany al ver que su amiga avanzaba.

—Tendremos que describírsela al doctor —Aline tomó aire—. Su color parece gris claro y tiene una banda vertebral ribeteada de negro, mira, hace forma de zigzag.

—No puedo creer que te estés acercando tanto —protestó la amiga.

—Solo trato de memorizar lo que veo —respondió aprensiva—. Los laterales tienen grandes manchas oscuras, y la cabeza es triangular y tiene el hocico ligeramente levantado. ¿Qué tamaño piensas que tendrá? —Aline se giró hacia Melany que había perdido el color del rostro.

—Me da exactamente igual el tamaño —la voz le había salido ronca.

Aline evaluó a la serpiente que seguía muy quieta sin quitarle ojo a Chris. De pronto, la serpiente levantó la cabeza y se preparó. Chris hizo un giro con el cuchillo, y, de un golpe rápido, le cortó la cabeza que fue a dar a los pies de Melany. El grito le salió involuntario. La serpiente estaba muerta a los pies de Chris que la examinaba sin mostrar una pizca de asco.

—Creo que me voy a desmayar —fue el áspero comentario de Melany.

—Yo todavía estoy buscándome la respiración —Aline había pegado su mano derecha a su corazón que latía desenfadado.

—Ya no es necesario tener miedo —les informó el muchacho sonriente.

Chris buscó un recipiente en los armarios de la cocina, cuando lo encontró, guardó la serpiente junto con la cabeza y les hizo un gesto para que regresaran a la casa de su hermano: el trayecto de regreso les pareció mucho más rápido que al principio.

Aline seguía observando el recipiente con cierta aprensión. Cuando enfilaron el camino de la casa de fachada azul, dejó escapar el aire que seguía retenido en sus pulmones. Chris fue el primero en entrar a la casa, ellas le siguieron una vez que Melany hubo estacionado la Calesa en un lateral del camino. Entraron directamente a la habitación donde estaba Candy acostada y dormida, en una especie de camilla alta. El doctor les ofreció una sonrisa cuando las vio, y Melany creyó que iba a desmayarse al verla.

¡Era guapísimo!

—He desinfectado la mordedura con antisépticos locales y le he aplicado frío sobre la zona para disminuir la difusión del veneno —las dos hicieron un gesto afirmativo cuando lo escucharon.

El fin de semana que iba a ser maravilloso, había resultado un desastre.

—Ahora es del todo necesario el absoluto reposo de la paciente pues el ejercicio muscular del miembro afectado aumenta el riesgo sanguíneo, y puede producir una rápida distribución del veneno por todo el organismo, algo que debemos evitar.

Las dos habían comprendido.

—No es necesario que se queden aquí esta noche, su amiga no corre peligro, y ustedes deben descansar.

Ninguna de las dos podría pegar ojo esa noche, pero no discutieron.

—Pero ninguna de las dos podremos dormir en la casa sabiendo que hay serpientes —dijo Aline.

El doctor alzó las cejas sorprendido.

—Podrían quedarse en el hotel del pueblo —les sugirió amablemente—. Está más cerca que Combe Down. Las acompañaría, pero no puedo dejar a la paciente sola.

Melany hizo un gesto afirmativo. Cualquier lugar le parecía mejor que la casa de la tía Maggie. El doctor las acompañó hasta la puerta y las despidió.

CAPÍTULO 4

Su mundo se había derrumbado. Si hubiera antepuesto sus necesidades a las de su prometido, ahora no tendría que enfrentarse a un destino aciago.

Candy abrió los ojos y se percató de que le escocía la garganta. Sentía picores por todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas. Alzó la mano en un intento de masajearse para mitigar la sensación molesta. Se lamió los labios resecos, inspiró varias veces, y se reincorporó de la cama en donde estaba acostada. Paseó la mirada por el oscuro mobiliario sin reconocerlo, hasta que sus ojos se toparon con el hombre sentado en un sillón. Tenía la cabeza ladeada, y la recostaba sobre una esquina del respaldo. Una de sus manos estaba apoyada en la sien, y la otra reposaba de forma descuidada en el brazo del sillón de color burdeos. Su camisa estaba parcialmente desabrochada y sucia, las mangas las tenía enrolladas hasta el codo, llevaba los faldones fuera del pantalón, y no llevaba zapatos.

Candy estuvo observándolo durante un buen rato.

Miró la cama donde estaba sentada, la fresca sábana estaba bastante arrugada pero olía a limpio, cuando sus ojos bajaron hasta su cadera, comprobó que estaba completamente desnuda, sus pechos apuntaban hacia el frente insolentes, y ella no comprendía qué demonios hacía en una cama extraña, en una casa extraña, y con un extraño dormido en un sillón. Dejó de mirar sus pechos que tapó con celeridad con la sábana, y centró su escrutinio en el hombre que se había removido en el sillón con cierta incomodidad. El pelo negro lo llevaba muy corto. Tenía la nariz recta y los labios finos. De nuevo se fijó en la camisa que tenía parcialmente abierta, y contempló la uve de piel que dejaba entrever con sus movimientos. Cuando apoyó la mano derecha para bajar los pies, sintió un pinchazo que le hizo soltar una exclamación dolorosa.

El hombre abrió los ojos al instante y se levantó rápido del sillón.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó. Candy se miró la mano hinchada y dolorida—. Le ha mordido una serpiente —le explicó él, y, si las palabras del hombre pretendían despertarla por completo, lo consiguieron.

Candy observó su mano como si la viese por primera vez. Después, clavó la mirada en la mano extendida en señal de saludo.

—Soy Roy McGuy, el médico del pueblo —Candy elevó sus ojos de la mano a los ojos del doctor con la sorpresa dibujada en el rostro.

—Y yo soy Candy Townsend. ¿Una serpiente? —preguntó completamente confundida.

—Sus amigas la encontraron bajo el sillón donde estaba sentada.

—No sentí cuando me mordió —le explicó todavía confusa.

El doctor le ofreció una sonrisa comprensiva.

—El láudano mezclado con el alcohol confunde bastante la mente, además de anular casi por completo las sensaciones del tacto, del oído y de la vista. Es normal que no sintiera nada en el momento de la mordedura —Candy enrojeció de una forma bastante significativa, y comenzó a recordar la conversación que había mantenido con sus amigas antes de caer desmayada. ¿Realmente había dicho todas esas barbaridades?

—Pero no estoy en el hospital —afirmó con duda.

Roy se sentó a los pies de la cama y le sujetó la muñeca para tomarle el pulso.

—¿Se siente desorientada? —Candy asintió con la cabeza, pero no supo deducir si era por la mordedura de la serpiente, o por la presencia del doctor que parecía más un guerrero que un hombre dedicado a la medicina—. ¿Nauseas? ¿Martilleo en la cabeza? —Candy parpadeó al

escuchar la insistente voz masculina—. ¿Picores?

Contestó afirmativamente a cada una de las preguntas.

—Son efectos secundarios que desaparecerán al cabo de unas horas.

—¿Mis amigas...? —no pudo continuar la pregunta, ignoraba qué había pasado desde la última copa de champán.

—Les recomendé que descansaran unas horas porque su presencia no era necesaria aquí.

—¿Y mi ropa? —Candy le hizo la pregunta sin mirarlo, por ese motivo, desvió los ojos hacia una esquina de la habitación, porque se sentía completamente avergonzada.

Era la primera vez que estaba completamente desnuda en la presencia de un hombre, y uno tan apuesto como el doctor.

—Lamento informarle que su vestido está completamente arruinado al igual que dos de mis camisas —ella tardó en comprender—. Traté de neutralizar el efecto del alcohol con el láudano, y me vomité varias veces encima.

Candy sabía que no tenía que sentir tanto azoro, pero no podía evitarlo. Era una doncella, y estaba desnuda delante de un extraño, aunque fuese médico.

—¿Mis amigas me trajeron aquí? —le preguntó.

—Una de ellas se asustó bastante —respondió Roy conciso.

—¿Es su casa? —él, asintió—. ¿Por qué estoy aquí?

—El único hospital cerca de este lugar se encuentra al lado del balneario, en Bath —le informó él.

Roy entrecerró sus ojos mientras la escudriñaba.

—¿Me presta algo de ropa?

—Solo tengo en la casa una enagua, pero es larga, y creo que le servirá.

—¿Una enagua?

—Pertenece a Susan, la mujer que hace la limpieza una vez a la semana —le explicó él—. Ignoro el motivo, pero se la dejó aquí un día.

Candy asintió con agradecimiento en sus ojos.

—¿Dice que es el médico del pueblo? —le preguntó—. ¿Un extranjero? Me resulta extraño —Roy abrió el enorme ropero y sacó la enagua, se la tendió con suavidad.

—Tuve que dejar Escocia e instalarme en Inglaterra. Soy el médico de rural de Cotswolds —Candy sentía la urgente necesidad de inquirir, pero iba a arder de vergüenza cuando la hiciera.

—¿Me desnudó usted? —sabía que no tenía que haber hecho la pregunta, pero le quemaba en la punta de la lengua.

Roy la miró con ojos curiosos, y con un brillo que ella no supo descifrar.

—¿Preferiría que la hubiese dejado bañada en vómito? —respondió con otra pregunta.

Candy miró la camisa de él que estaba inservible.

—Quiero darle las gracias —Roy se dio la vuelta para que ella se colocara la enagua. Candy pensó que olía a limpio, y deseo... parpadeó varias veces por su pensamiento.

—¿Podría asearme un poco? —preguntó con voz muy baja.

Roy se giró hacia ella, y le mostró una media sonrisa.

—Acompáñeme, la guiaré hasta el baño que ya está listo, mi hermano Chris lo preparó antes de marcharse.

Así lo hizo, con la sábana envuelta en su cuerpo, y la enagua sujeta con fuerza a su pecho.

Candy necesitaba quitarse la sensación pegajosa del cuerpo. Estaba sudada, maloliente, y en un estado lamentable, por eso, cuando minutos después dejó que el agua caliente cubriera su cuerpo, se sintió maravillosamente bien. Tras secarse con una gran toalla, se colocó la enagua sobre el

cuerpo desnudo, y, para desaliento de ella, el tejido era demasiado fino y sus pezones eran visibles tras la tela, además, los tres lazos que cerraban el escote, dejaban entrever demasiada piel, pero era lógico al ser una prenda interior.

El rubor la cubrió de pies a cabeza, pero se dijo de forma práctica, que el doctor ya la había visto completamente desnuda. Era una sensación muy incómoda, pero no podía hacer nada para variarla.

¿Por qué motivo sentía ese cosquilleo desconocido entre las piernas?

Salió descalza de la alcoba, y buscó entre las diferentes dependencias el lugar donde se encontraba el apuesto doctor. Roy volvía al interior de la casa tras darse un baño en el estanque ubicado en la parte posterior de la casa, llevaba puestos unos pantalones negros muy ajustados, y una camisa clara.

—He preparado un poco de té, ¿le apetece? —le preguntó.

Candy asintió con entusiasmo, deseaba borrar el sabor ácido del vómito de su garganta. Roy le sirvió una taza, además preparó unas tostadas en el fogón que untó con mantequilla templada.

—¡Delicioso! —exclamó ella con auténtico placer.

Roy no podía apartar la vista de la enagua demasiado escotada y que realzaba el busto de ella. Sus pechos eran tentadores, turgentes, como si no hubiesen conocido boca de hombre. Hizo una mueca por lo absurdo de sus pensamientos, y desvió sus ojos del lazo desabrochado que dejaba asomar el ombligo tentador.

—He enviado un mensaje a Bromsgrove, es el hotel de Cotswolds, donde sus amigas se hospedaron anoche —le dijo él.

Ella entendía perfectamente que sus amigas no quisieran quedarse en la casa de la tía por culpa de la serpiente. Candy hizo un gesto afirmativo, y le ofreció una sonrisa al mismo tiempo que le tendía la taza para que le pusiera más té. Roy la complació y tomó asiento frente a ella, pero en silencio.

Y en silencio pasaron las horas, pero Candy se dijo que algo raro ocurría pues ni Aline ni Melany habían acudido a las casa. Estaba comenzando a perder los nervios. ¿Qué podía ocurrir?

—Es extraño que mis amigas no hayan venido ya —dijo muy preocupada.

El doctor levantó la mirada del libro que leía.

—Seguirán dormidas —le dijo él—. Fue una noche muy dura para ellas.

Candy volvió los ojos hacia el doctor que la miraba de forma extraña. Ella creía que era por estar vestida únicamente con una enagua demasiado transparente. Menos mal que el vuelo de la falda tenía demasiada tela, y formaba muchos pliegues en torno a sus piernas, de lo contrario, se podría ver perfectamente el vello de su pubis.

—No debe preocuparse —le explicó él—. Habrá surgido algún inconveniente, pero no creo que tarden mucho más.

Candy alzo una ceja interrogante.

—Imagino que me estoy preocupando de forma innecesaria.

Pero Candy sabía que algo debía de haber ocurrido para la ausencia de ellas tan prolongada.

—Se asustaron mucho por la serpiente

—Pero deberían saber que estoy aquí sin ropa —le dijo con voz avergonzada—. Sin nada.

Candy aceptó el libro que el doctor le ofreció para que pasara el tiempo, al tomarlo, el tirante de la enagua se deslizó hacia su hombro mostrando parcialmente uno de sus senos turgentes.

Roy carraspeó algo molesto, pero ese detalle escapó a los ojos de ella. La muchacha era preciosa, deseable, y él no era de piedra.

—Si lo prefiere, puedo acompañarla hasta la casa que han alquilado, imagino que no estará

muy lejos —se ofreció.

Candy aceptó, pero inmediatamente reculó en su decisión. No podía pasearse por el pueblo en enagua y desnuda bajo la fina tela.

—Es una pena que no le sirva la ropa de mi armario o de Chris, pero mi hermano es tan delgado como el palo de una escoba —Candy lanzó un suspiro de impotencia.

Si el muchacho era excesivamente delgado como lo describía el médico, difícilmente podría ponerse algo de su ropa; con sus pechos reventaría cualquier tejido de camisa que se pusiera. Tras ese pensamiento, miró al doctor, y notó una cierta burla en sus ojos verdes, como si le hubiera leído el pensamiento. Sus mejillas se pusieron tan rojas como su cabello.

—Si me dice dónde está la casa, puedo ir yo mismo —le sugirió él.

Candy asintió al mismo tiempo que terminaba el último trago de té: era lo único que había hecho en todas esas horas: beber té, pero le resultaba delicioso, ¿por qué los alimentos sabían mejor cuando uno estaba fuera de casa?

—No es habitual ver un color tan explosivo en el cabello de una mujer en esta parte del reino —la frase de Roy le resultó inesperada.

—Es una broma cruel del destino —le respondió ella.

Roy alzó las cejas sin comprender. La muchacha tenía un extraño sentido del humor.

—Quiero decir, que ante el nombre que me pusieron mis padres, Candy, es justo que mi pelo haya salido como una burla ante sus pretensiones —Candy se dio cuenta de que él no la había entendido en absoluto—. Una pelirroja que tiene un nombre dulce. ¿No es contradictorio?

Roy la miró con interés.

—En Escocia tenemos muchas mujeres pelirrojas.

—¿Y se llaman Candy? —le preguntó ella.

Roy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pero es una realidad que cuando una mujer del norte es pelirroja implica muchos problemas aunque no tenga la sangre caliente del sur de Gran Bretaña —Candy entrecerró los ojos ante la aclaración que le estaba ofreciendo él—, pero si una mujer del sur con la sangre caliente, tiene además el pelo rojo, los problemas se multiplican —concluyó con voz ronca—, sobre todo llamándose Candy.

Y ella se lo tomó como un insulto. ¿Estaba insinuando que era una mujer complicada? ¡Si apenas la conocía!

—Y eso lo dice un hombre que entiende mucho de mujeres del sur de Gran Bretaña, ¿verdad? —Roy la miró durante un instante confundido, finalmente respondió.

—Mi madre también era pelirroja —le informó con voz pausada—, y era muy hermosa, aunque complicada, quizás por ese motivo la quise tanto.

La tensión se esfumó del cuerpo de Candy como por arte de magia. Si un hombre hablaba con ese tono tan tierno de su madre, tenía todo su respeto, además, hablaba de ella en pasado, y eso quería decir que ya había fallecido.

—Lo lamento —le dijo.

Roy aceptó la condolencia con educación, y decidió cambiar de tema.

—¿Por qué abusó del láudano? —la pregunta la había formulado como si ella estuviese sentada en su consulta privada.

Candy lo pensó un momento antes de responder.

—Estábamos de celebración —le aclaró.

Roy terminó por cruzar una pierna sobre la otra en actitud evaluadora.

—Soy un hombre inteligente —le dijo.

Candy tensó los hombros ante el comentario.

—¿Y eso quiere decir...? —dejó la pregunta en el aire.

Roy le ofreció una sonrisa tan sincera y atractiva que la dejó mareada.

—Una mujer de su carácter solo puede abandonarse así por un revés importante en su vida —la perspicacia del doctor la dejó apabullada.

¿La consideraba inteligente? ¡Si no la conocía! Pero le gustó saberlo. Después de la afrenta de su prometido, que un hombre la considerara inteligente, era cuanto menos alentador.

—No comprendo sus palabras —pero sí las entendía aunque no quería admitirlo.

—Siempre he creído que a los ingleses se les puede acusar de muchas cosas, pero nunca de cobardes, o de irse por las ramas —le dijo él.

Candy abrió la boca y la volvió a cerrar completamente sorprendida. El escocés no tenía pelos en la lengua.

—Imagino que no conoce suficientemente a los ingleses como para hacer una valoración de tal magnitud —Roy no dio muestras de sentirse molesto por la actitud beligerante de ella.

—Mi hermana Keira se casó con un inglés. Ambos murieron en un accidente de carruaje en París.

Candy se sintió terriblemente mal por su anterior comentario que podía parecer despectivo.

—¿Cuántos familiares ha perdido? —Candy hizo la pregunta con un tono tierno.

—Cuatro —respondió Roy sin pensar—. Mis dos padres, mi hermano mayor Duncan, y mi hermana Keira.

Candy no sabía qué responder.

—Su pérdida es terrible —le dijo de pronto—. Lo lamento mucho.

Roy pensó durante un instante lo duro que había sido para él y su hermano pequeño.

—La incertidumbre cuando uno se queda solo, es demasiado intensa, por ese motivo, no se lo deseo a nadie.

Candy meditó durante un momento largo en la enorme pérdida que había sufrido él, y el poco consuelo que podía recibir de una extraña como ella.

—Yo sin duda preferiría la incertidumbre a la certeza. Por favor, hábleme de su familia, me interesa mucho.

Roy la miró tras esas palabras. Él no quería hablar sobre su vida pasada. Sobre los motivos para abandonar Escocia. Había comenzado una nueva vida en Inglaterra, y no quería decirle a ella nada sobre su pasado.

—Iré a buscar a sus amigas —Candy no respondió—. Las traeré de vuelta.

Candy le sonrió en agradecimiento.

Roy McGuy lo ignoraba, pero tres hombres habían partido de Lochmaddy varias semanas atrás. Habían comenzado un largo viaje. Lo buscaban a él para llevarlo de vuelta.

CAPÍTULO 5

Roy había regresado. El semblante masculino estaba demasiado serio cuando descendió del carruaje ambulancia tirado por cuatro briosos caballos. Ella seguía parada en la puerta, y vestida solamente con la enagua, por ese motivo no lo había acompañado.

—No hay nadie en el hotel —le dijo un tanto preocupado.

Los ojos de Candy se abrieron con inusitada sorpresa.

—¡Eso es imposible! —exclamó con un tono de voz que expresaba inseguridad.

—He ido hasta la casa que me mencionó, pero parece cerrada, y la Calesa no está en el granero.

Candy había perdido el hilo de la conversación, le resultaba imposible que sus amigas se hubieran marchado sin verla, y sin llevarle algo de ropa.

Roy vio el juego de emociones que cruzaron el rostro suave.

—He intentado hablar con los vecinos, pero me han informado que la dueña de la casa estará durante unos días en la ciudad costera de Trowbridge.

Candy no podía reaccionar, seguía parada en la puerta descalza, con el abundante y alborotado pelo cobrizo campeando a sus anchas, libre de toda sujeción.

—¡No pueden dejarme aquí sola! —exclamó aturdida.

Roy se apoyó en el marco y cruzó los brazos sobre su torso duro.

—Debe de haber ocurrido algo realmente grave —le dijo.

Candy no podía analizar de momento esa posibilidad. Le preocupaba realmente no disponer de libras, de ropa, y estar abandonada en la casa de un médico demasiado atractivo.

—Necesito enviar un mensaje —le dijo de pronto.

Roy asintió, y Candy le dio la espalda para entrar en la casa, pero antes de hacerlo, por la cuesta venía un mensajero.

—¿La señorita Townsend? —preguntó el hombre.

Roy se posicionó de forma que su cuerpo tapara el de ella.

—Traigo un mensaje.

El doctor le tendió la mano para tomarlo, un segundo después se lo dio a ella que lo tomó y leyó en cuestión de segundos.

El mensajero ya se marchaba cuesta abajo sin volver la vista atrás.

Candy enmudeció y perdió el color del rostro. Roy la miraba atentamente, y entrecerró los párpados al contemplar su angustia.

—¿Sucede algo grave? —la profunda voz le hizo volver a la realidad de un golpe, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—El padre de mi amiga Aline ha sufrido un accidente. Se ha caído por las escaleras de su hogar —Candy tuvo que respirar profundamente antes de poder continuar—. Recibieron la noticia en la casa cuando preparaban algunos enseres para llevarse al hotel, no llegaron a registrarse —Candy calló un momento—. Aline tuvo un ataque de histeria y Melany decidió llevarla ella misma hasta Basingstoke en la calesa. Con la noticia se olvidaron de venir aquí y dejarme la llave de la casa, algo de ropa, y mis pertenencias personales.

Roy miraba con cautela el rostro desencajado de ella.

—Un revés desafortunado —le dijo en voz muy baja—, pero confío que no sea grave.

—El padre de Aline sigue inconsciente... ¡Dios mío!

—¿Cuándo vendrán a buscarla? —le preguntó Roy.

Candy alzó la cabeza aún con la incredulidad dibujada en el rostro.

—Melany vendrá mañana lunes, dice que hoy domingo es imposible pues su madre y ella están en el hospital con Aline.

—Yo puedo prestarle algo de dinero —Candy lo miró durante un instante con agradecimiento.

—¿Hay alguna modista en el pueblo? —preguntó.

Roy asintió con la cabeza, y ese gesto afirmativo le arranco un suspiro a su alma.

—Pero se encuentra en Bath, recuerde que hoy es domingo —Candy chasqueó la lengua con fastidio porque lo había olvidado por completo.

¿Qué podría hacer hasta entonces?

—Tendremos que esperar hasta mañana —le dijo él.

Candy pensaba a toda velocidad.

—Podría coger un carruaje de alquiler en la ciudad de Bath hasta Basingstoke —pero de repente, Candy suspiró—. ¡Maldita suerte!

—No se precipite —le dijo él.

Candy regresó abruptamente de sus pensamientos.

—Tendría que estar allí con mi amiga consolándola.

La angustia que sentía la descorazonaba.

—Yo podría llevarla ahora mismo, pero no puedo ausentarme del pueblo —se ofreció él de forma generosa—. Y su amiga piensa estar aquí mañana por la mañana.

—¡Mi vestido! —exclamó ella—. Puedo lavarlo y en unas horas estará completamente seco —Roy negó con la cabeza, y un tanto azorado.

—Ardió en la chimenea demasiado rápido, no imaginé que podría necesitarlo en circunstancias tan extrañas —se excusó.

Candy lo miró con cierta acritud. ¡Un vestido femenino no se lanzaba al fuego sin un motivo más importante que un vómito!

—¿Dónde está su hermano? —la pregunta salió por la boca de ella sin proponérselo.

—Se encuentra en Bath con unos amigos, no volverá hasta el martes.

Candy agradeció la explicación, pero de pronto fue consciente que estaba sola, casi desnuda, y con el hombre más atractivo y viril que había conocido en su vida. Sus pechos se despertaron ante el espasmo que sufrió su vientre ante la posibilidad de... negó sus propios pensamientos. Su amiga estaba pasando un trago muy duro por el accidente de su padre, y ella solo pensaba en tener un encuentro ilícito con un desconocido para vengarse de un bastardo. ¿Tanto la había marcado el engaño de su prometido?

—Voy a prepararle algo de comer —le dio Roy ajeno a los pensamientos que sentía ella.

¿El doctor no tenía servicio? Se preguntó. Candy seguía parada en la misma posición desde hacía un buen rato. Se sentía pecaminosa, libre, y esa sensación resultaba muy, pero que muy peligrosa. Desde Combe Down no podía hacer nada por Aline. Pensó que una situación así era difícil de superar. Miró la espalda del atractivo escocés, y entrecerró los ojos con calculada expresión. Estaba en un pueblo en mitad de una campiña inaccesible para nada, y el destino le había puesto un señuelo que no podía ignorar. Recordó perfectamente la promesa que había dicho la noche anterior: acostarse con el primero que se lo pidiese, ahora venía la parte más difícil, conseguir que *él* se lo pidiera.

Con ese hombre tan seductor y atractivo si podría ejecutar su venganza contra su prometido, y que se merecía no uno sino mil engaños. Candy siguió pensando, ¿cómo se seducía a un hombre? Tenía solo una tarde con su noche para lograrlo, y, de pronto, todos sus instintos femeninos se aliaron con su deseo de venganza para centrarla en el único objetivo visible: el médico escocés.

Se lamió el labio inferior con impaciencia, y con cierto remordimiento, porque iba a aprovechar la desgracia de su amiga en su propio beneficio, pero Dios era el que le había mandado la serpiente para que le mordiera. Tenía todos los signos divinos que necesitaba para saber que al fin tenía la venganza al alcance de la mano, ¡pero tenía que lograr que ese hombre la deseara!

Era lo más difícil, pero no imposible.

—Le ayudaré —le ofreció de pronto con una gran sonrisa en los labios.

Roy la miró de una forma que le hizo temblar las rodillas.

Candy, sentada en el taburete de la cocina, miraba la agilidad que mostraba Roy cocinando. Estaba preparando unos sándwiches, y una ensalada bastante complicada. Estaba claro que era un hombre acostumbrado a valerse por sí mismo.

Ella seguía haciendo cábalas sobre la forma de abordarlo, incitarlo a responderle, pero el médico estaba demasiado ocupado prestando toda su atención a la tarea que estaba realizando. Candy comenzó a evaluarlo como si estuviese tasando un semental en la feria de ganado en Real Food. El pantalón negro le sentaba bastante bien, y se ajustaba como un guante a los músculos de sus piernas, aunque se fijó que no tenía mucho culo. Observó la forma en la que se le tensaron los músculos de los brazos cuando cortó con un cuchillo el queso. Comenzó a remover la ensalada que se veía apetitosa. Candy seguía con el vaso de cerveza en los labios sin beber, nunca había probado la cerveza, pero le servía de excusa para tramar, urdir, y sin que su mente llegara a ninguna conclusión. Pensó en su larguísimo noviazgo con su novio, rectificó, ex novio, ex no amante, ex bastardo integral. Ahora cada vez que leyese la palabra ex, iba a tener una connotación especial para ella, pero Candy había decidido seguir adelante con la boda, engañar al estirado hijo del conde, y pagarle con la misma moneda.

Y, sin ser consciente, sus labios se abrieron en una sonrisa de la que no se percató.

—Cuéntemelo —le dijo él.

Candy clavó la vista en Roy que la miraba con curiosidad, y con un brillo extraño en sus pupilas negras que realzaban el verde de su iris.

—¿Qué le cuenta? —se había perdido por completo.

—Está sonriendo en silencio, y me gustaría saber el motivo —le dijo sin dejar de remover la ensalada a la que le había añadido unas setas que había limpiado con un paño húmedo.

Candy sopesó contárselo, pero algo la detuvo. Si le decía que estaba pensando en su ex prometido, sus posibilidades para tratar de seducirlo podrían verse mermadas, y por ese motivo masculló por lo bajo ante la revelación que tuvo. Debía dar los pasos con cuidado, porque si Roy llegaba a sospechar que estaba pensando seriamente en seducirlo, la iba a poner de patitas en la calle, y entonces no tendría ninguna posibilidad de vengarse del hombre que tanto la había herido.

—¿Está casado o comprometido? —le preguntó como si no tuviera interés en su respuesta.

Si Roy se sorprendió de la pregunta personal que le había formulado, no se dio por aludido.

—No —le dijo a continuación.

Candy esperaba alguna explicación más, pero se quedó con las ganas.

—¿No? —ahora la miró con mucha atención, y demasiada cautela, pensó ella.

Candy creyó que su parte intrínseca masculina se había puesto alerta ante el acecho de una cazadora en ciernes. Debía de haberse mostrado más prudente, pero ¿cómo se seducía a un hombre que no tuviera sus instintos manipulados por una mujer?

—Solo intentaba mantener una conversación ligera —le dijo a modo de excusa.

Roy entrecerró los ojos de forma premeditada.

—Hablar del tiempo que hace en Bath, de la ensalada que estoy preparando, es tratar de mantener una conversación ligera —Roy hizo una breve pausa—, preguntarme por una esposa o

una prometida solo puede indicarme que existe un cierto interés emocional o sexual en la persona que la ejecuta, es decir: usted.

Candy se quedó desarmada de inmediato, y decidió atacar con uñas y dientes; ella intentaba ser sutil, y él desbarataba su intención.

—Decir algo así es desconocer el pensamiento femenino —le respondió un poco molesta.

Y pensó a toda velocidad cómo podía enmendar su error.

—Perdón, ¿puede repetirlo? —Roy se sentía perdido con las palabras de ella, porque los labios decían una cosa y el cuerpo vestido únicamente con una enagua, otra muy distinta.

—La curiosidad innata en las mujeres nos impulsa a preguntar siempre lo más inapropiado —se excusó ella—. Sin importar que sea personal o no, y sentía curiosidad —Candy tomó aire antes de continuar—, en cuanto a lo de cierto interés emocional o sexual que puedo sentir por haber realizado una pregunta, tómese la de la forma que prefiera, pero puedo afirmar que es presumir demasiado por su parte, y como me ha molestado su conclusión, yo le expondré la mía: suele utilizar el ego como espejo para afeitarse ¿no es cierto?

Roy dejó lo que estaba haciendo, y comenzó a caminar hacia ella muy lentamente, tanto, que Candy no pudo retroceder pues estaba sentada en el taburete. Dejó la copa sin tocar sobre la mesa.

—No se comporta como una dama, porque no habla como un dama, ni mira como una dama

—Soy una dama —respondió ella.

—Lleva una hora sentada ahí tramando cómo llevarme al lecho. Cómo puede convencerme, y cuál es el camino más corto —le dijo. Candy abrió la boca sorprendida—. Lamentándolo mucho por usted, ha puesto su mira en el hombre menos indicado para ello pues soy un caballero que no seduce a pacientes ni a jovencitas.

Candy no se encontraba la lengua para responderle, debía de habérsela tragado en el mismo momento que él había descubierto su maquinación. Él la escudriñaba a conciencia. Los enormes ojos azules resplandecían en una cara de ángel, y su cabello de fuego caía sobre un rostro que tenía una extraña característica de belleza salvaje, y que era capaz de dejar al hombre más mundano sin palabras. Sus bien formados senos se dejaban notar bajo la fina tela de la enagua, e incluso podía vislumbrar el triángulo cobrizo entre sus piernas.

—No me imagino de dónde ha podido sacar semejante idea —le espetó tan avergonzada que apenas se le entendía la voz.

¡Casi no podía respirar de la vergüenza!

—¿Siente frío? —Candy no entendió la pregunta, a pesar de ello, negó repetidamente con la cabeza—. Pues sus tentadores pezones me están amenazando desde que bajé del carruaje ambulancia esta mañana. —Candy, de forma instintiva, se tapó los pechos con las palmas de las manos sin creerse la afirmación de él—. Como médico le informo que ese inconveniente solo puede deberse a dos circunstancias: falta de calor o exceso de libido.

Candy optó por el silencio total. Estaba tan mortificada que era incapaz de articular una frase coherente para desmentir la retahíla que le había soltado sobre sus artimañas. Era una dama, una buena hija, era decente, pero estaba despechada. Estaba tan centrada en la venganza, que había olvidado incluso su timidez por estar casi desnuda frente a un hombre imponente.

Finalmente ganó la honradez.

—Debo ofrecerle una disculpa —comenzó—. Me encuentro en una situación difícil, estoy algo desorientada, y creo que le he podido darle una impresión equivocada.

Roy impidió que una sonrisa aflorara a sus delgados labios porque no quería estropear el momento de sinceridad de ella. La muchacha no tenía ni idea de lo seductora y atrayente que se veía vestida únicamente con una enagua demasiado fina porque se le transparentaba todo, pero él

era médico, un caballero, y en modo alguno pensaba beneficiarse de esa circunstancia.

—Admito que puede sentirse confusa por las actuales circunstancias, es una jovencita muy valiente —la aduló.

Candy lo observó con curiosidad porque el hombre destilaba magnetismo por cada poro del cuerpo, y no se aprovechaba de ella.

—Gracias —le respondió.

Roy le ofreció el brazo de forma galante para acompañarla a la zona donde iban a almorzar.

—Damisela... —la sonrisa del hombre se le clavaba en el alma como dardos afilados.

Candy pensó que se podría sentir como una verdadera dama con las atenciones que le dispensaba Roy, si no estuviera vestida solo con una enagua, y con sus pezones amenazándole. Cada vez que recordaba la frase en cuestión, sentía que ardía por dentro, aunque era lo suficientemente honrada para reconocer que le había molestado más de lo que quería admitir, y tratando de que sus pensamientos no la delataran, desvió sus ojos de la figura corpulenta para clavarla en el paisaje que se extendía ante ella.

—¡Este lugar es precioso! —exclamó admirada.

La espectacular belleza del Bournemouth quitaba el aliento.

—Con razón se ha quedado en este lugar —Roy le ofreció una sonrisa agradecida por su comentario.

—Herede esta casa de mis padres —Candy volvió su vista hacia los platos.

—Parece todo riquísimo —apuntó con mirada hambrienta.

Roy la animó a probarlo.

—¿Qué es esto? —preguntó con curiosidad.

Candy miraba los trozos de vegetales que no conocía.

—Son setas —respondió él. Ella alzó la vista interrogante—. Suelo comprárselas a un montañero que viene de tanto en tanto por el pueblo. Algunas son realmente deliciosas.

—¿Está seguro de que no son venenosas? —le preguntó con alarma.

Roy le hizo un gesto negativo con la cabeza sin perder al humor de sus ojos verdes.

—Siempre las tomo, y nunca me ha pasado nada —respondió con tono neutro.

Candy hizo un alzamiento de hombros y comenzó a servirle ensalada en primer lugar, puesto que él había preparado el almuerzo, justo era que ella le correspondiese.

—Cheltenham —comenzó Roy—, es la región europea de mayor diversidad de setas y trufas. ¿Lo sabía? Tiene unas tres mil especies, en particular en las laderas de Bromsgrove. —Candy lo miró con atención sorpresiva.

Un escocés conocía más de su reino que ella misma.

—No lo sabía... ¿Bromsgrove? —preguntó curiosa.

—¿No le gustan las setas? —preguntó Roy y riendo la broma de ella.

—A mí no me agradan especialmente su textura si no están cocinadas— confesó Candy en voz baja—, pero le agradezco el detalle que ha tenido de ofrecérmelas. —Roy no insistió, se repartió en su plato una generosa ración al mismo tiempo que llenaba su copa de vino porque ella la había rechazado.

Candy no estaba acostumbrada a beber, y la cerveza no le había gustado especialmente.

Pero de nuevo el silencio se instaló entre los dos. Candy no había conocido a un hombre con menos disposición a mantener una conversación que el propio doctor.

—¿Lleva muchos años aquí? —le preguntó en un tono jovial.

—Puede tutearme —le dijo Roy con voz pausada.

Candy sonrió de forma sincera.

—Ídem— le respondió. —Será un placer hablarte en confianza.

Tras unos momentos de quietud, Roy le contestó.

—Llevo aquí en Bath diez años. —Candy pegó su espalda al respaldo de la silla.

—¿Tanto tiempo? —preguntó incrédula.

Ella y sus amigas habían visitado Combe Down en varias ocasiones y nunca habían coincidido con él.

—A mí me parece muy poco— le respondió Roy.

—Chris debía de ser un bebé.

Roy nuevamente volvió a asentir mientras se llevaba a la boca un buen trozo de seta. Candy lo vio masticar con delicadeza el alimento, y abrió la boca por instinto como si la estuviese masticando ella misma.

—¿De verdad no desea probar? —insistió él, Candy volvió a negar aunque menos segura.

—¿Nació en Newbury? —le preguntó él. Candy deseaba aplaudir porque al fin le hacía una pregunta personal, bueno, si entendía por personal el lugar de residencia.

—No, en Basingstoke, y vivo allí desde siempre —respondió con ojos brillantes.

Roy la iba a interrumpir pero ella cogió carrerilla.

—Soy una buena hija, obediente, aunque con opinión propia, y amo a mi familia y amigas — nuevamente Roy iba a abrir la boca para decir algo, pero ella no se lo permitió—. Soy hija única, pero eso no representa un trauma en mi vida porque nunca he extrañado no tener hermanos, aunque en ocasiones sí me hubiese gustado tener un apoyo que...

—Toma aire por favor —le aconsejó él.

Pero Candy no hizo caso de la sugerencia y continuó con su diatriba.

—¿Cuántos años tienes? —Roy no iba a responder la pregunta, pero lo pensó mejor.

—Bastantes más que tú —le dijo de pronto

Candy entrecerró los ojos de forma suspicaz. El tono de él había sonado algo seco. Pero la ausencia de calidez en la respuesta masculina no le restó determinación.

—Yo tengo.... —él, no la dejó terminar.

—No más de veinte —contestó por ella.

Candy se quedó un momento en silencio.

—No sé si tomármelo como un halago o como un insulto —le respondió al fin.

Roy le sonrió de una forma que le provocó un vuelco en el estómago.

—Entonces no pienso decirte con qué intención te lo he dicho —pero Candy no se dio por vencida.

Era tenaz como una mula.

—¿Y cuántos son bastantes más que yo? —insistió de nuevo.

Roy volvió a llenarse la boca de salsa, y cuando hubo masticado lentamente para paladear más los sabores le respondió.

—Puesto que no vas a parar hasta que te lo diga... tengo treinta. Candy ahogó un suspiro de placer porque tenía la edad idónea, la postura idónea, el magnetismo...

—Se te va a estropear el sándwich, y apenas has probado la ensalada. Me voy a ofender — Candy comenzó a devorar su plato con una energía inusitada.

De verdad que encontraba la comida riquísima, y tras unos momentos en silencio que compartieron, lo miró de nuevo.

—Te estás poniendo blanco —le comentó ella de pasada.

Roy asintió con la cabeza, mientras rebuscaba con el tenedor los diferentes trozos de setas que aún quedaban en el plato.

—He debido comer alguna seta venenosa.

Candy soltó el tenedor de golpe, y lo miró con un cierto miedo real.

—Me estás asustando —le dijo mortalmente pálida.

Roy inspiró varias veces para detener los escalofríos que lo sacudían.

—Si esta seta es la que me imagino, tengo un grave problema —a Candy se le abrieron los ojos por el terror que sintió.

Él, seguía separando algunos trozos de setas sin perder la concentración.

—¿No miras las setas antes de cocinarlas? —le preguntó realmente asustada.

—Algunas son fáciles de confundir —Roy calló de pronto ante el espasmo que sintió en el estómago.

—Eres médico, tómate algo —le dijo ella de pronto.

Roy sonrió antes de sufrir una nueva sacudida.

—Se me están paralizando las manos— los ojos de Candy se clavaron en las manos masculinas—. Tienes que llevarme a Bath de inmediato, o tendrás un fiambre encima de la mesa. —Candy lo miró como si le hubiera salido un cuerno en la frente.

—Estoy en enagua, sin zapatos, y no sé conducir un carruaje ambulancia. Los caballos no parecen mansos.

—Candy... —le dijo él, ella alzó la barbilla con rostro mortalmente preocupado—. El carruaje es muy fácil de manejar, no tendrás problemas.

—Nunca he conducido un carruaje tan grande —le informó.

Roy trató de no desanimarla.

—Es fiable, verás cómo lo manejas de maravilla, ahora por favor, coge los restos de setas que hay en la cocina, guárdalos en un paño que encontrarás al lado del fuego, y ayúdame a meterme en el carruaje.

Las alarmas saltaban dentro de la cabeza de Candy.

—¡Tienes que conducir tú! —le dijo completamente asustada. Él negó con la cabeza varias veces ante de sufrir otro espasmo—. ¡Lo estrellaré en la primera curva!

—Pequeña, los caballos se ocuparán de todo, recuerda mantener las bridas con firmeza.

—¿Estás bromeando? —le preguntó escandalizada.

—Voy a quedarme paralizado de un momento a otro, si no actuamos rápido, tendrás que llevarme al cementerio —Candy ahogó un jadeo.

—¡Pero estoy desnuda...!

—Llevas una enagua —Candy se miró durante un minuto tan largo, que Roy gimió dolorido por un nuevo calambre en el estómago—. Candy... ¡rápido!

CAPÍTULO 6

Royal United Hospital , Bath

Bernie seguía mirando un libro de anatomía sin mucho entusiasmo. Esa noche en particular el hospital estaba excesivamente tranquilo. La sala de urgencias, normalmente atestada de gente anciana, estaba prácticamente vacía, salvo por un borracho que estaba durmiendo en la sala a falta de una cama, y por una señora con dolor de brazo debido a una caída en los baños. La paciente se había empeñado en esperar a su doctor, y no permitía que la viese otro médico del hospital, por eso esperaba paciente.

—Prefiero las guardias cuando hay más de un ahogado, como la antesala del infierno —Bernie miró a su colega Dev tras ese comentario.

—Creía que estarías aprovechando la tranquilidad para estudiar para el examen —Bernie negó con la cabeza al escuchar el comentario de su colega.

—He pensado pasarme a cirugía, es la especialidad que más me gusta. El poder que otorga sobre el cuerpo humano es increíble —le dijo Bernie.

Dev hizo una mueca de horror.

—Pues creo que Herodes se ha reencarnado en mí porque odio a todos esos monstruitos berreantes y mocudos de la sala de maternidad. —Bernie miró a Dev con acritud, le molestaba que hablara de forma tan ligera sobre los pequeñines que luchaban por sobrevivir—. Aún no me has dicho qué tal te fue con Martha —le preguntó Dev.

Bernie le hizo un gesto con la mano bastante efusivo, Dev aprovechó para sentarse en la silla libre y subió los pies sobre la mesilla, afortunadamente, la sala habilitada para los descansos de los doctores estaba bastante resguardada de miradas curiosas.

—Se acabó Dev, me ha dejado plantado por un labriego ¿puedes creerlo? ¡Un labriego! —Dev lo miró perplejo.

—Tendrá más chispa que tú —le dijo con burla.

Bernie no festejó la broma socarrona.

—Si pretendías hacerte el gracioso... —dejó el resto de la frase en el aire.

Dev no le contestó. Cogió uno de los tomos para hojearlo.

—¿Me acompañas? —le preguntó, pero su compañero negó con su rapada cabeza.

Bernie le lanzó a su colega y amigo una última mirada antes de cruzar la sala para salir por la zona de urgencias, desde allí se llegaba a maternidad mucho antes, y justo cuando llegaba al portal, un carruaje ambulancia casi lo embiste y lo empotra en el muro. Cuando pudo de nuevo enfocar la vista, vio a una muchacha que no debía tener más de veinte años. Iba vestida solo con una enagua e iba descalza, Bernie se preguntó cómo demonios había conducido el carruaje ambulancia de esa guisa. Se separó justo cuando ella comenzó a caminar hacia él, cuando su cuerpo quedó delante de ella, Bernie comprobó azorado que no llevaba nada bajo la fina enagua, la silueta femenina se transparentaba por completo. Debía de haberse quedado embobado porque ella le estaba preguntando algo y no podía responderle.

—¡Un médico por favor!... ¡Necesitamos un médico!

Exclamó ella. Bernie había recuperado el oído pero no la respiración, porque la muchacha parecía una diosa seductora. ¡Dios qué pelo! Se dijo embobado.

—Yo soy médico —le dijo al fin.

Candy cogió al doctor por el brazo y lo llevó medio a rastras hacia la puerta del acompañante,

la abrió, y cuando Bernie vio al hombre recostado y paralizado, tomó el mando de inmediato.

Gracias a Dios, no la habían dejado esperando en la sala de urgencias. Tras el grito del doctor de urgencias, había acudido a la puerta otro médico y dos ayudantes, pasaron al paciente a una camilla y la instaron a que los siguiera. Candy estaba tan asustada que no se replanteó quedarse quieta, siguió a los médicos por los largos y amplios pasillos. El médico que había dado la alarma, volvió la cabeza y le indicó:

—Espere en esa sala, volveré en seguida con usted.

Candy no tenía fuerzas para discutir. Conducir el carruaje ambulancia por el estrecho camino había mermado toda su energía. Ella había visto cómo los barrancos la llamaban a su encuentro en cada giro de curva que daba, en cada agitación de las bridas. Nunca en su vida había llevado un carruaje con tanta temeridad, pero ver la rigidez de Roy le había causado más miedo que el peligroso camino de montaña. Había sido mucho más fácil de conducir de lo que le había esperado en un principio. Estaba temblando, aún sentía escalofríos por la expectativa de no llegar a tiempo. Movi6 la cabeza pensativa, ¡menudo fin de semana en el campo! A ella le había mordido una serpiente, a Aline se le accidentaba el padre, y el hombre al que pretendía seducir estaba envenenado y medio muerto. Tantos signos debían indicar algo pero ¿qué!?

El tiempo no corría con la suficiente rapidez, y ella seguía en estado de choque emocional. Se miró la mano ante el hormigueo que sentía, y no supo si era debido al susto o a la mordedura. Se volvió a pasar las manos por el vuelo de su enagua que tenía un rasg6n a la altura del muslo. Se le había enganchado al subir al pescante. Estaba cansada, sudada. Tenía unas ganas enormes de tomar un baño, de lavarse el cabello y beberse una botella de coñac entera hasta caer inconsciente, pero no podía hacer nada de eso porque estaba en un hospital, sin una libra, sin ropa, con un hombre medio moribundo... apoyó la mitad del cuerpo en la mesa alta con un cansancio extremo, y un dolor sordo en la mano que no remitía.

Bernie no hizo ruido cuando entró, al verla recostada en la mesa, creyó que estaba dormida. La enagua se le había subido lo suficiente para dejar al descubierto sus perfectas y redondeadas nalgas ausentes de ropa interior, y cientos de preguntas pulularon por la mente de él, ¿qué hacía vestida únicamente con una enagua? ¿Por qué el hombre que había traído sufría un envenenamiento? ¿Serían un matrimonio con una disputa familiar de por medio? Bernie lo dudaba porque ella parecía demasiado joven y tremendamente seductora, se había fijado en su alborotado pelo rojo, rojo auténtico, y él sentía una cierta debilidad por las pelirrojas peligrosas como ella.

—Su esposo está fuera de peligro —le informó.

Candy saltó con un respingo al oír la voz. Se giró y quedó plantada frente al médico.

—No es mi marido —le aclaró—, es el médico del pueblo de Combe Down. —Bernie alzó las cejas con sorpresa al escuchar la explicación de ella—. Estábamos cenando cuando se indispuso, había preparado setas, y posiblemente alguna debía de ser venenosa —Bernie aceptó la explicación porque sonaba lógica y coherente.

La miró de arriba abajo sin pudor.

—Tiene sangre en el pie —le dijo él.

Candy bajó los ojos y comprobó, efectivamente, que le sangraba profusamente el tal6n derecho. Ignoraba en qué momento se había herido.

—He debido cortarme con las piedras del camino cuando prácticamente lo arrastré hasta el carruaje para... —Bernie no la dejó continuar.

—Siéntese en aquella camilla. Se lo curaré —Candy no discutió, se limitó a obedecer de forma dócil.

La estrecha camilla era demasiado alta, y el médico de guardia demasiado atento, pero ella

necesitaba amabilidad más que nunca. Cuando Candy se sentó, le quedaron las piernas colgando. Bernie regresó a ella unos segundos después portando una bandeja de curas y una palangana de hierro, Candy estaba medio atontada, no podía quitarse de la cabeza el mal trago que había pasado en ese camino de montaña diabólico. Bernie la observó de forma subrepticia haciéndose miles de preguntas. Acercó el taburete para sentarse frente a ella. Cuando cogió el pie femenino para lavárselo a conciencia, no se percató de que la posición iba a resultar bastante incómoda porque la tela de la enagua tenía un desgarró grande que mostraba el pubis de ella, que era claramente visible a sus ojos. Tendría que mantener la mirada baja todo el tiempo, y no se creía capaz de conseguirlo. Se sentía poderosamente atraído por la muchacha, lo desconcertaba, le parecía sumamente intrigante.

La tentación vestida con enagua.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —le preguntó tras un momento de silencio.

Candy observó la forma cuidadosa en la que le lavaba el pie antes de desinfectarlo.

—Me ha mordido una serpiente —le dijo de forma llana.

Bernie subió los ojos con sorpresa y se arrepintió de inmediato. El paseo por los muslos femeninos, y el triángulo cobrizo entre sus piernas, le estaba poniendo excesivamente nervioso. Se le había secado la garganta y sentía cierta incomodidad entre sus pantalones, incomodidad que quedaba oculta por su bata, a Dios gracias. Candy optó por contarle todo, y cuando hubo terminado, Bernie la miró con cierta sorpresa.

—Menudo fin de semana —le dijo silbando.

Candy asintió solemne.

—Estoy sin ropa, sin libras, y con el doctor que me atendía con un pie en el otro barrio —le explicó atropelladamente.

Bernie la tranquilizó.

—El señor McGuy está fuera de peligro. Ha sido una gran ventaja que trajera el resto de las setas —Candy sonrió.

—A mí no se me habría ocurrido, pero antes de quedar completamente paralizado, Roy me dio las instrucciones tanto para el resto de las setas como para conducir ese monstruo de carruaje.

—Los carruajes ambulancias deben de ser grandes para poder transportar al mismo tiempo una camilla.

Bernie estaba cosiéndole el corte que se había hecho en el pie.

—Aquí tenemos un lugar para asearnos, y le puedo buscar algo de ropa. Creo que una dama se dejó una muda de ropa cuando se marchó.

Candy lo miró como si fuese Moisés después de separar las aguas del Mar Rojo.

—Estoy deseando darme un baño, pero una jofaina con agua estará bien —le confesó.

Bernie le sonrió con gentileza, y con un brillo extraño que no supo interpretar ella.

—Voy a cubrirle el pie para que no moje el vendaje —Candy asintió con inesperada energía y sumamente complacida—. Después podrá echarse aquí un rato sin que la molesten, ¿hay alguien a quien podamos avisar de su situación con un telegrama? —Candy negó con la cabeza.

Toda su familia y amigos estaban a varios cientos de millas de distancia.

—Prefiero no preocupar a mis padres. Mañana vienen al pueblo dos amigas que me traen lo necesario. —Bernie la miraba con una sorpresa difícil de ocultar en sus ojos castaños—. De verdad, no se preocupe, podré solucionarlo todo. —Bernie entrecerró los ojos.

—Es natural que me preocupe —Candy alzó las cejas en un arco perfecto, y lo miró confundida—. Soy un caballero —le sonrió.

Candy soltó un suspiro largo.

¡Había sido un momento horrible! No tenía ropa, libras, ni sus pertenencias que estaban en la casa cerrada con llave, y la tía de Aline tomando el sol en Trowbridge, pero ese hombre le sonreía de forma agradable, y quitó un poco la angustia que sentía.

—El doctor McGuy, ¿tiene familia? —pregunto, y Candy le respondió bajito.

—Un hermano adolescente que se encuentra aquí en Bath con un amigo, pero ignoro dónde —la alarma detonó dentro de ella tras la pregunta del médico—. ¿Por qué lo pregunta?

—El señor McGuy va a necesitar cuidados durante unos días —le respondió el médico.

Esas palabras la habían dejado más paralizada que las setas que había ingerido Roy.

—¿No puede quedarse en el hospital? —le preguntó alarmada.

Bernie negó con la cabeza.

—Me temo que no, los cuidados son a nivel familiar, pero no se preocupe ahora por ese asunto.

La acompañaré para que se asee, y le buscaré algo de ropa.

La mente de Candy pensaba a toda velocidad.

—¿Me prestaría algo de dinero? —le preguntó con un hilo de voz.

Bernie le sonrió de una forma tan especial que escapó al entendimiento de ella debido a la preocupación que sentía.

—Mucho mejor. Pienso ocuparme de usted por completo.

Candy abrió los ojos atónita ante la afirmación de él, ¿qué había querido decir con esas palabras? ¿Ocuparse de todo?... un escalofrío la recorrió de pies a cabeza ante la mirada enigmática que observó en él.

CAPÍTULO 7

—Ha tenido mucha suerte.

Bernie dejó de anotar en la hoja de pacientes, y alzó la vista para fijarla en Dev que miraba al hombre acostado en la camilla con cierta curiosidad.

—La oronja verde es demasiado peligrosa —respondió Bernie.

Dev asintió con la cabeza.

—Menos mal que la muchacha tuvo el acierto de traerse los restos de setas —Bernie fijó la vista en el paciente que estaba dormido en la camilla de la habitación doscientos doce.

—¿Dónde está ella? —le preguntó Dev demasiado interesado.

Bernie dudó en decírselo.

—Descansando —respondió al fin.

Todavía recordaba Bernie los escalofríos que había sentido cuando tuvo que acercarle la ropa que le había prometido. Finalmente solo había conseguido otra enagua, pero mucho más sensual y atrevida que la que llevaba. Cuando Candy se la puso, el alma le cayó a los pies porque se le ajustaba demasiado al busto. La enagua de encaje le quedaba tan estrecha a la muchacha que los lazos amenazaban con reventar de golpe. Quedaban tan tensos y abiertos, que nada de su cuerpo escapaba a los ojos indiscretos.

Bernie jamás iba a olvidar la visión de esos pechos gloriosos que la enagua no ocultaba. Llevaba toda la noche imaginándola sin nada, tenía la libido tan subida que le costaba respirar.

—Es preciosa ¿verdad? —Bernie oyó a duras penas el comentario de Dev, y se dijo en silencio que preciosa se quedaba muy corto ante la belleza de la muchacha. Le había robado el aliento y el sentido común. Era la mujer más seductora que había conocido en su vida.

—¿Dónde la escondes? —Bernie no se tomó la pregunta de su colega como una broma.

—Dev, la señorita ha pasado por una experiencia agotadora, lo último que necesita es que la molestemos.

Dev se tomó muy mal las palabras de Bernie.

—Solo estaba interesado por su bienestar... —Bernie lo cortó con aspereza.

—Hemos tenido una noche bastante inusual, tómate un respiro que yo me mantendré atento al paciente.

Dev hizo un encogimiento de hombros y se dio la vuelta para marcharse silbando una melodía. Bernie rodeo la cama del paciente y tomó la muñeca para tomarle el pulso. Roy abrió los ojos, giró la cabeza que ya no tenía la rigidez de hacía unas horas, y miró de forma directa y sin ambages al doctor que controlaba su pulso.

—Donde está la mujer —preguntó con voz enronquecida.

Le habían practicado un lavado de estómago.

Bernie alzó las cejas en un perfecto arco y con un interrogante.

—Le debe la vida —le dijo con tono neutro.

—Está sola y desorientada. Le ha mordido una serpiente —siguió explicándole Roy.

Bernie comprendía perfectamente la preocupación del paciente sobre la mujer, pero al ver la mirada de advertencia en los ojos del hombre, tensó los hombros con precaución.

—La muchacha se encuentra dormida en la sala habilitada para los descansos del personal de noche —le informó.

Roy asintió al fin con un relajamiento de sus músculos faciales. Estaba realmente preocupado por ella, una mujer prácticamente desnuda era un festín para los numerosos crápulas que existían

en el mundo, y por eso había decidido protegerla. En un principio se había sentido halagado por el interés que había despertado en la seductora muchacha, pero había descartado de inmediato cualquier posibilidad por su extrema juventud, y no estaba dispuesto a que cualquier pollo de corral se aprovechara de las circunstancias.

Él, pensaba protegerla de todas las formas posibles.

—Es mi protegida —confesó al percatarse del brillo en los ojos del médico residente.

Roy creyó que con esa llana afirmación cualquier duda quedaba solventada. No le había gustado nada la conversación que había escuchado entre los dos médicos, y necesitaba establecer un cerco de protección sobre ella. Si le hacían algo, tendrían que vérselas con él.

—Su protegida se encuentra agotada y herida en el pie. Le he tenido que dar tres puntos de sutura en el talón derecho, se hirió al conducir descalza. —Roy no dijo nada, sentía la lengua muy pesada y la garganta escocida—. Le hemos realizado un lavado gástrico y aplicado el tratamiento adecuado. Ya sabe cuál ¿verdad? —Roy volvió a asentir—. Ha tenido mucha suerte. La oronja es la seta más venenosa que existe, pero no se preocupe, mañana se encontrará mucho mejor.

Roy cerró los ojos pero intranquilo, él conocía perfectamente las setas que había comprado, y supo que alguien estaba detrás de su envenenamiento. Recordó con perfecta claridad a los hombres que habían alquilado una vivienda cercana a la de las mujeres, y todo le resultaba demasiado extraño, pero cuando merodeó por los alrededores, todo ruido cesó de inmediato. Y nada escapaba a su escrutinio. Sucedió algo muy raro, y tenía que ponerse en contacto con Gabriel, su amigo de Scotland Yard para darle aviso.

Bernie se había quedado serio, plantado a los pies de la cama donde dormía el paciente, sabía que la muchacha no tenía nada que ver con él, por eso le había sorprendido la explicación del escocés. Se dio la vuelta algo incómodo por sus pensamientos, si no fuese porque ella le había explicado que no tenía nada que ver con él, podría haberse creído la afirmación del paciente pero, ¿qué motivos podía abanderar para decir que era su protegida? ¿Qué circunstancias se habrían dado para que ella mintiese en caso de ser cierto? Bernie siguió sumido en sus pensamientos a la vez que continuaba con la rutina de guardia, con una sensación molesta en la cabeza y una incomodidad entre su entrepierna.

Candy abrió los ojos, y lo primero que vio fue la luz de un farol de gas. Los cerró de inmediato.

—Lo lamento si la he despertado —la voz masculina había sonado conciliadora.

Candy volvió la cabeza de la cama en la que dormía sin saber dónde estaba y por qué.

—¿Eres la nueva enfermera? —preguntó la voz.

Candy se reincorporó y se quedó sentada sobre el pequeño jergón con las piernas colgando. Los ojos del desconocido se fijaron de inmediato en su escote y, acto seguido, se le abrió la boca.

—No —respondió adormilada.

—¿No es la nueva enfermera? —volvió a preguntarle el hombre.

—Soy una paciente —respondió tras una pausa.

La persona que había entrado por la puerta entrecerró los ojos con suspicacia.

—La zona de los pacientes comienzan en la planta superior —le dijo con tono autoritario.

A Candy le costaba entender el tono imperioso del sujeto.

—Solo estaba descansando —trató de justificarse, pero algo confusa.

—Esta zona está prohibida para el personal no médico ni autorizado.

Candy hinchó el pecho para tomar aire, y ocurrió lo inevitable. Dos lazos se aflojaron de más. Maldijo una y otra vez porque no podía ser más desgraciada. De un salto, bajó de la alta camilla y buscó las prendas de Roy en la silla, el doctor tan amable se las había facilitado, pero habían

desaparecido.

El hombre maduro seguía mirándola con descaro.

—¿Nunca ha visto a una mujer en enaguas? —le preguntó con voz ácida.

Lo último que necesitaba era más burlas. El sujeto seguía mirándola completamente estupefacto.

—A más de una, pero no en esta zona —Candy suspiró largamente.

¿Por qué bendita razón tenía los pechos tan grandes?

—He sufrido un accidente, me ha mordido una serpiente, me he herido en el talón, y he traído al médico de un pueblo envenenado por setas...

El desconocido resopló incrédulo por la explicación femenina.

—Me gustaría saber el motivo por el que la tiene aquí escondida, y no en la zona destinada a pacientes de sutura —le dijo. Candy sabía que la cosa empeoraba—. Dígame el nombre del doctor que la ha atendido.

El buen samaritano podría tener problemas si ella revelaba algo más. Así que decidió callar. Estaba plantada de pie delante de un hombre que debía rondar los cincuenta y pocos años. Con el rostro más severo del mundo, y con los ojos más fríos que una corriente del ártico. El hombre tenía una visión perfecta de su silueta.

Mostrar pudor a esas alturas le pareció cómico.

—Deje de mirarme así, me incomoda.

—Mi nombre es Peter Elliott —le dijo él con la mano extendida.

—Candy Townsend —informó sin dejar de mirarlo.

Estaba claro que por la edad el hombre debía de ser el jefe del hospital.

—Un caramelo vestido con una enagua.

Candy no se molestó por la broma. Llevar solamente una enagua en las actuales circunstancias le parecía abochornante, y que todos pudieran ver su silueta, todavía más.

—Mi nombre suele causar ese efecto en los hombres —le informó.

El hombre soltó una carcajada, y Candy se molestó de verás, ¿por qué todos se asombraban cuando decía su nombre? ¿Era la única Candy en Inglaterra?

—¿No puedo llamarme Candy? —le espetó sería.

El hombre que parecía el jefe del hospital recompuso su rostro de inmediato.

—Sus padres deben de tener un sentido del humor excelente —le dijo con tono neutro para no molestarla más de lo que la veía.

Candy sabía que lo decía por el rojo de su pelo: pelo de furcia, sentimientos de furcia, y vestido como una furcia. Si seguía por ese camino, comenzaría a sentirse como tal.

—¿Dónde se encuentra el doctor...? —la animó él.

Pero ella no pudo responderle porque ignoraba cómo se llamaba el doctor que la había atendido en urgencias.

—No tengo ni idea —le dijo al fin.

—¿La atendió el médico de guardia o una enfermera? —volvió a insistir.

Candy hizo un alzamiento de hombros, y se percató, tras el escrutinio del médico maduro, que no había visto una sola enfermera en urgencias, y eso era muy raro. ¿Esa noche no trabajaba ninguna? Recordó el momento que llegó con el carruaje ambulancia, a la llamada del médico samaritano, habían acudido tres hombres, y supuso que dos de ellos debían de ser enfermeros o auxiliares.

—Esta noche es el turno de Bernie y de Dev —le dijo el señor maduro que no dejaba de mirarla.

Candy seguía con la confusión en su rostro.

—Espere aquí, iré a ver dónde se encuentran esos dos mochuelos.

Candy le mostró una sonrisa y volvió a sentarse de nuevo en la estrecha camilla. Cuando el doctor abandonó la habitación, se recostó y se tapó con la fina sábana hasta la cintura, cerró los ojos y siguió esperando.

CAPÍTULO 8

Una mano rozó levemente su mejilla en una suave caricia que logró despertarla. Unos labios finos, tentadores, se acercaron a su oído para susurrarle unas palabras que le hicieron sonreír aún sin lograr despertarla. Candy dijo algo ininteligible y volvió la cabeza hacia el otro lado involuntariamente. Los labios insistían prometedores.

—Es hora de irnos, pequeña —Candy abrió los ojos a penas una rendija hasta que vio inclinarse sobre ella, el musculoso torso de Roy, y los abrió de golpe.

—¿Qué haces levantado? —ella se reincorporó de la camilla y dejó los pies colgando.

Comprobó que a los labios masculinos asomaba una media sonrisa de burla hasta que se percató de la enagua pecaminosa que llevaba ella puesta.

—¿De quién es? —le preguntó con ojos calculadores.

Candy no supo a qué se refería, hasta que él le mostró uno de los lazos tensados que dejaban ver el nacimiento de sus cremosos pechos.

—De una paciente que se la dejó olvidada —le informó con el rostro azorado—. La que me prestaste tú está rota y sucia.

Roy sabía que ese tipo de enagua no pertenecía a ninguna dama pudorosa, todo lo contrario, era la típica prenda que llevaría una mujer de vida alegre.

Roy comprendió que no le quedaba más remedio que tolerar que ella llevara la enagua escandalosa. Cuando Roy la asió de la mano para ayudarla a bajar de la camilla, Candy exclamó.

—¡No puedes marcharte todavía! —Roy la ayudó a bajar de la alta cama—. ¡Estás convaleciente!

—Una amiga mía nos está esperando —le dijo él. Candy abrió los ojos desmesuradamente sin comprender el motivo—. He podido enviar un mensaje a una amiga que parte esta madrugada hacia París, y puesto que no puede acercarse hasta el hospital, he de llevarte hasta ella. —Candy seguía sin comprender—. Es modista, y va a prestarte algo de ropa —el suspiro femenino de alivio casi lo desarma.

—¡Pero estás enfermo! —volvió a exclamar—, necesitas recuperarte.

—¿Te parezco que necesito recuperarme?

Candy lo escudriñó a conciencia, y tuvo que admitir que se veía bastante repuesto del todo. Él se había vuelto a colocar la ropa que llevaba antes del ingreso. Los pantalones negros ajustados, y la camisa suelta, aunque estaba arrugada no olía mal. Nunca había olido mal, y ¿por qué de repente le parecía eso tan importante? Roy la arrastraba por los pasillos largos tenuemente iluminados por faroles de gas del edificio que estaba prácticamente vacío. Candy se preguntó por qué motivo no veía las salas y los pasillos saturados de pacientes, pero ignoraba que Roy la llevaba por la parte privada e inaccesible al público.

—Te conduces bastante bien por este lugar —le dijo de pronto.

Roy le mostró una sonrisa encantadora.

—He trabajado en este hospital hace varios años —respondió.

Candy pensó que así quedaba explicada su tranquilidad al andar por zonas prohibidas.

—Tenemos que ir a la parte trasera —le dijo ella.

Roy negó con la cabeza una sola vez.

—El carruaje ambulancia estará en la zona reservada a los carruajes de los médicos —le informó.

Candy se preguntó por qué motivo había llegado a esa conclusión, pero Roy le dio la respuesta

con la siguiente pregunta.

—¿La estacionaste tú? —ella negó varias veces con la cabeza, porque se había olvidado completamente del carruaje y de los caballos—. Imagino que lo han llevado a la zona de residentes, para que no moleste en la entrada de urgencias.

Salieron por una puerta lateral que conducía a un extenso prado, y lo vieron justo enfrente de ellos, el enorme carruaje ambulancia. Roy la ayudó a introducirse en el interior oscuro, aunque ella habría preferido en el pescante con él. Cuando se hubo colocado en el asiento. Antes de subir al pescante, se volvió a ella y le guiñó un ojo.

—No te he dado las gracias por salvarme la vida —le dijo con ojos que ardían.

Candy sonrió.

—Ídem, tú también me la salvaste a mí.

Roy le apretó la mano de forma sorpresiva. Cerró la puerta, subió al pescante, azuzó las bridas, y el carruaje comenzó a rodar de forma suave. Cruzaron la calzada que los llevaba hacia la gran avenida. El alba comenzaba a asomar por el horizonte. Estaban cruzando la zona de la catedral por el oeste, las estrechas calles le hacían temer porque el carruaje era muy grande, pero Roy había demostrado que era un conductor excelente.

Lo estacionó a escasos pasos de una tienda que estaba cerrada.

—Espérame aquí, no tardo nada —Candy le hizo un gesto afirmativo con la cabeza convencida de que Roy no la iba a hacer esperar demasiado.

Él, se inclinó sobre ella, y le rozó apenas los labios con los suyos, Candy sabía que ese beso significaba algo muy importante ¡se lo iba a llevar al huerto! Roy se perdió por la entrada del edificio que había sido abierto como por arte de magia. Mientras esperaba, Candy se masajeó los pies porque los tenía helados, le fue imposible saber cuánto tiempo llevaba Roy fuera. Inclinó la cabeza, pero unos pasos le hicieron levantarla de golpe. Cuando vio quién se dirigía hacia ella, maldijo con violencia. ¡Imposible! ¡Increíble! Un agente de policía le estaba dando una indicación con la cabeza. Candy masculló ostensiblemente ante su mala suerte.

Asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Ha robado este carruaje ambulancia? —le preguntó el guardia.

¿Cómo podía preguntarle eso? Estaba claro que ella no era una ladrona.

—Disculpe señor agente, estoy esperando a un amigo que ya no debe de tardar —Candy se percató de que uno de los agentes examinaba el carruaje con atención.

—Salga del carruaje e identifíquese —le pidió el agente.

A Candy se le calló el alma a los pies, ¿cómo iba a salir e identificarse si iba vestida sólo con una enagua? Se preguntó de forma anárquica.

—No puedo salir del carruaje —respondió con voz nerviosa.

El agente dio un paso hacia adelante.

—Salga del carruaje— le aconsejó.

¡No podía ser cierto! ¡Algo así no le podía ocurrir a ella! Estaba teniendo una pesadilla horrible, y, ¿donde diantres estaba Roy? Se preguntó.

—Estoy descalza —ella abrió la puerta del carruaje e hizo un movimiento para enseñarle el pie.

Candy se preguntó si podía salir algo peor. ¿Acaso tenía pinta de delincuente peligroso vestida solo con una enagua y sin zapatos?

—Salga del carruaje.

Candy deseó que todo fuese una pesadilla, accionó la manivela de la puerta y se deslizó hacia fuera, pero no pudo evitar un gesto de dolor cuando apoyó en el suelo el talón herido.

—Apóyese en el vehículo. —El agente la miró un solo instante antes de separarle asomar la cabeza hacia el interior del carruaje por su hubiera alguien más dentro.

Candy no podía creérselo, ¿pensaría el agente que el carruaje podría llevar a algún enfermo?

—Es un delito pasearse por la calle desnuda —le advirtió el agente con ojos entrecerrados.

Ella chasqueó la lengua incrédula.

—No estaba paseando —lo rectificó—, estaba dentro de un carruaje y estoy medio desnuda porque me ha mordido una serpiente, y me he cortado en el talón aunque no sé cuándo. —El agente la miró con suma suspicacia—. Ahora mismo veníamos el doctor y yo del hospital.

El agente parecía que no la creía del todo, miró a su compañero que seguía inspeccionando el carruaje.

Éste le hizo una negación con la cabeza.

—Dígame su edad y si alguien puede identificarla —le pidió.

Candy pensó que ésta sí que era buena ¿acaso no había oído nada de lo que le había explicado anteriormente?

—Mi nombre es Candy Townsend. He venido de visita a Combe Down con dos amigas... —calló un momento para tomar aire—. Mi padre es el barón de Thistle, y vivo al norte de Londres.

—Han ocurrido varios delitos en este vecindario —le explicó el agente.

Pero eso, ¿qué tenía que ver con ella? Pensó Candy.

—Le aseguro agente, que no tengo nada que ver.

—Tengo que detenerla.

¡Estaba gafada! Indudablemente no podía irle peor que en ese momento.

—No soy una delincuente —volvió a insistirle.

—Puede estar ejerciendo la prostitución —le señaló el agente muy serio—. Y eso es un delito público.

CAPÍTULO 9

Se le debía de haber paralizado el cerebro, porque no podía pensar con claridad.

¡Ni loca pensaba ir a comisaría! Imaginó una celda pequeña infestada de ratas, y el asco la estremeció, ¿cómo iba a matar los bichos si no tenía zapatos? ¿Con el dedo gordo del pie? Candy había cruzado la barrera de la lógica porque su mente era un caos completo.

—No pienso moverme de aquí hasta que venga el doctor Roy McGuy —le dijo al agente con voz como el hielo.

El agente la miró con cierta sorpresa un segundo antes de endurecer la mirada.

—No es una sugerencia, señorita —le dijo—. Está usted detenida por desorden público.

Candy lamentó amargamente las veces que había alabado la labor policial porque en ese momento deseó que el suelo se abriera y se tragara al agente uniformado...

—¡No hago nada incorrecto salvo esperar!

Le espetó amargamente, y sin importarle el tono subido de la voz. Candy cruzó los brazos a su pecho.

—¿Qué sucede, Gabriel? —el otro agente le preguntó al compañero al escuchar la discusión que mantenía con la sospechosa.

—Una mujer de vida alegre que está ofreciendo sus servicios casi desnuda en la vía pública. Ha robado un carruaje ambulancia, y además se niega a que la detenga —respondió el supuesto Gabriel.

Candy mascullo ostensiblemente llena de vergüenza. Ella no era una mujer de vida alegre, no estaba ofreciendo sus servicios, y no estaba desnuda sino vestida con una enagua, poco recatada, cierto, pero no iba desnuda.

—No soy una prostituta.

El agente miró al compañero con una media sonrisa.

—¿Puedes creerte que ha tratado de convencerme de que su padre es barón? Está claro como el agua que, con esa pinta, debe de ser una mujer de vida alegre.

—¡No soy una prostituta! —negó con vehemencia—, ni estaba ejerciendo como tal. Espero al doctor McGuy que tarda más de lo necesario.

Candy miró a los dos agentes ya sin miedo y con profunda altanería. De pronto se dio cuenta que uno de ellos era muy joven y atractivo. Se había sentido tan nerviosa en un principio, que no pudo percatarse de esa circunstancia, pero ahora importaba poco.

—¡Pienso denunciarles pos abusos! —les amenazó.

Candy creyó que la situación no podía empeorar más de lo que estaba.

El agente de más edad miró a su compañero con una cierta vacilación en los ojos.

—Señorita, por su bien, a menos que mantenga la boca callada, será detenida, y la llevaremos a comisaría.

Candy p sonrió llena de irracionalidad.

—¿Van a atarme una cuerda al cuello y pretender que les siga como un perrito? Porque yo no pienso conducir este carruaje ambulancia descalza —con una mano abarcó la totalidad del carruaje ambulancia sin pestañear—, y no pienso abandonar el vehículo.

—¿Sucede algo malo, Gabriel?

¡Al fin Roy! Candy desvió los ojos del agente hacia el médico que había salido al fin de la vivienda. Llevaba un paquete grande en las manos, y Candy lo miró como si acabara de convertir el agua en vino.

—¡McGuy, qué sorpresa! —exclamó Gabriel—. ¿Conoces a esta muchacha? —le preguntó precavido.

Roy le ofreció una sonrisa que podía deshelar un hielo glaciario, ¿conocía al agente más joven? Se preguntó ella. Candy miraba uno a otro sin creerse su buena suerte. ¿Se atrevería a respirar por fin? Temía que si soltaba el aliento, otra nueva desgracia le acontecería.

—¡Por supuesto que sí! —respondió con prontitud.

El otro agente se mantenía en un sorpresivo silencio.

—Nos pareció que ofrecía sus servicios —le explicó Gabriel.

Candy abrió la boca llena de ira, le había explicado con todo lujo de detalles por qué motivo iba vestida con una enagua, descalza, y el motivo para estar sola.

—La he dejado un momento en el carruaje mientras saludaba a tu madre.

Si diesen un premio al desconcierto, Candy se alzaría con la copa con toda seguridad. Si eran amigos, el agente debía conocer el carruaje ambulancia porque llevaba escrito en un lateral el nombre del pueblo.

—Hemos recibido el aviso de uno de los vecinos, y como no conocía el carruaje que se había estacionado en esta zona, creyó conveniente avisarnos —Roy soltó una risa que secundó el otro agente.

—¿No has reconocido mi carruaje? —le preguntó el médico al agente más joven.

—Está demasiado oscuro.

El doctor escocés observó los ojos brillantes del agente. Estaba claro que había reconocido el vehículo, y que se había divertido con la muchacha. En su defensa podía admitir que con ese cabello escandaloso, y vestida con una enagua atrevida, parecía lo que no era.

—Llevamos un día Gabriel, que ya te contaré —el aludido hizo una inclinación con la cabeza, y por primera vez, paseó los ojos por la figura de Candy con total atención.

Subió sus penetrantes ojos desde las pantorrillas firmes hasta sus pechos turgentes, pechos que sobresalían de la tela.

—Dice que visitaba Combe Down cuando le mordió una serpiente.

Candy se molestó. Hablaba de ella como si no estuviera presente. Roy comenzó una detallada explicación desde el mismo momento que la habían traído sus amigas a su consulta. Gabriel escuchaba con suma atención sin perderse un detalle del rubor que comenzó a cubrirla por completo.

—Disculpe la desconfianza que he mostrado al principio —se sinceró el agente—, pero es mi deber asegurarme de que todo funciona correctamente —se disculpó él.

Candy asintió pero siguió en silencio. El mal rato que había pasado no se le iba a olvidar en mucho tiempo.

—¿Cómo ves a mi madre? —le preguntó Gabriel al médico.

Roy le guiñó un ojo y le ofreció una sonrisa.

—El viaje a París va a sentarle fenomenal, créeme —el agente más joven soltó un suspiro de alivio.

—Han robado tres veces en la tienda en lo que llevamos de mes, y dos en la joyería —le reveló, y Candy pudo entender la suspicacia que había mostrado el agente con respecto a ella, ¿la madre del agente era la amiga de Roy?

—Tenemos que dejarte Gabriel, ha sido una noche muy larga —le dijo Roy.

El agente asintió con la cabeza a modo de saludo.

—Sube un día a Combe Down, y nos tomamos un té, así te cuento todas las novedades y las recomendaciones que le he dado a Lucy.

Gabriel de nuevo asintió sin apartar los ojos de Candy. Ella fue consciente del interés que había despertado en el agente de la ley, y supo instintivamente, que si Gabriel subía hasta el pueblecito de Combe Down, sería con una doble intención pero, ¿desde cuándo se mostraba tan suspicaz? ¿Tan desconfiada? Desde que sentía los profundos ojos masculinos clavados en su cuerpo.

—Lo haré, ahora tened cuidado —le aconsejó.

Gabriel le abrió la puerta solícito y le mostró una sonrisa que se obligó a no devolvérsela, ella no podía perdonarle el susto que le había dado cuando casi la detuvo.

Mientras estaba sentada, Candy se percató que Roy mantenía una conversación en voz baja con el agente más joven. Parecía que compartían una confidencia. Aguzó el oído pero fue incapaz de comprender una palabra. Esperó que terminara la conversación para preguntarle. Unos momentos después, ambos hombres se despidieron, y Candy aprovechó para bajarse del interior del vehículo.

—Prefiero ir montada contigo en el pescante —le dijo seria.

Roy hizo un encogimiento de hombros. Candy subió ágil, y se sentó en la parte derecha. El doctor azuzó las monturas, y los caballos se pusieron en marcha. El silencio entre ambos fue bastante significativo, hasta que no dejaron Bournemouth, Candy se había negado a mirarlo.

—¿Sigues enfadada conmigo? —le preguntó suave.

Candy pensó en no responderle, pero le pudo la sinceridad.

—Todo lo que me ha pasado ha sido por tu culpa —le espetó con voz seca.

Roy arqueó una ceja con sorpresa al escucharla.

—La serpiente no te la envíe yo.

Candy apretó los labios con cierto enfado, porque no podía olvidar el susto que se había llevado con las setas, y la conducción temeraria que se había visto obligada a efectuar porque la vida de él corría verdadero peligro.

—He pasado las horas más horribles de mi vida, y solo vestida con una enagua atrevida —Roy apartó un momento los ojos de la sinuosa carretera de montaña para depositarla, con una avidez que no había mostrado hasta ahora en la silueta femenina.

—Desde que te vi con ella, me muero de deseos por arrancártela —le soltó de golpe.

Candy soltó un jadeo consternado porque no se esperaba esas palabras. Y cuando asimiló la información, se puso tan colorada como su cabello.

—¡Por lo visto no has sido el único! —Se quejó de forma contundente.

Ella recordaba perfectamente al doctor del hospital, al agente de la ley...

Roy sujetó la mano de ella y le besó los nudillos de forma tierna.

—Estás tremendamente seductora con ese tejido que cubre apenas tu cuerpo tentador. Delinea la curva de tus pechos, la dureza de tus pezones.

Candy no esperaba que le hablara tan claro ni de forma tan sexual. Era una muchacha enfadada con su prometido que la había engañado, pero no estaba acostumbrada a que le hablaran así.

—Me siento sofocada —admitió cohibida.

Roy reprimió un suspiro de lascivia.

—El tejido se adapta perfectamente a tu cuerpo y delinea tus piernas de forma deliciosa, ahí mi vista se detiene eternamente esperando el milagro: que un soplo de aire mueva el tejido, que me permita vislumbrar si lo que oculta es tan tentador y subyugante como parece. —Candy pegó la espalda al respaldo nerviosa por las palabras de Roy, y lo que le transmitían.

—¿Y tuviste la osadía de acusarme de... de...? —no podía terminar la pregunta.

Estaba a punto de arder por el sofoco.

—¿De mencionarte que tus pezones me estaban amenazando? Pues sí —le respondió llanamente—. Ignoro el motivo que te ha impulsado a elegirme para tener una aventura, pero estoy dispuesto.

Candy se mordió el labio de forma pensativa.

—Tenía... tengo un motivo —dijo intranquila.

Había estado segura de querer vengarse de su prometido, pero después de todo lo que había pasado en esa noche larguísima, ya no estaba tan segura.

—¿Has cambiado de idea? —la pregunta de Roy la pilló con la guardia baja.

Candy llevaba horas pensando cómo seducirlo para tener un encuentro íntimo con él, y tal parecía que él estaba pensando lo mismo que ella.

—No me gustaría que te hayas decidido porque sigues teniendo el cerebro intoxicado por las setas —le soltó—, porque mi orgullo no podría soportarlo.

—¿Qué te ha sucedido para que se te sientas tan desgraciada?

Candy respiró de forma profunda, y comenzó a relatarle lo sucedido con su prometido, pero fue más lejos. Le narró sus inseguridades como mujer, su miedo a ser imperfecta, y el daño emocional que sufría por todo lo que le había pasado.

Roy frenó a los caballos, y detuvo el carruaje ambulancia en un lado del camino. Se giró hacia ella, y de un impulso la atrajo hacia él. La miró con lentitud, delineando con el brillo de sus ojos cada porción de piel de su rostro. Pasó la mano por debajo de la axila para atraerla aún más hacia su cuerpo duro, y, sin previo aviso, buscó con su boca los labios femeninos. Candy no sabía lo que iba a encontrarse tras el beso inesperado, pero se dejó arrastrar por su ímpetu. Roy le introdujo la lengua para tener un mejor acceso a su interior cálido. La movió por el interior de las mejillas suaves, de los dientes blancos, y acarició el cielo de la boca con éxtasis. En una caricia sublime que le produjo unas cosquillas deliciosas. Ella dejó de pensar porque la lengua masculina seguía un movimiento rotatorio intrigante, seductor. Roy deslizó la fuerte mano por el escote de ella, y deshizo, con eterna lentitud, el primer lazo que cerraba el escote de la enagua. Luego otro y otro hasta que ella sintió la brisa fría recorrerle el escote hasta el ombligo, pero no pudo objetar nada porque tenía la cabeza llena de las sensaciones que le transmitían los besos de él. Cuando la mano áspera cogió su seno y lo masajeó, dejó escapar un gemido de placer. Con dedos diestros pellizcó el pezón que se endureció bajo su caricia. Roy, cuando hubo obtenido lo que deseaba, siguió el recorrido de la piel de ella hasta el vientre terso donde detuvo su avance para acariciar la suave prominencia. Y recorrió la hendidura del ombligo hasta alcanzar el valle escondido entre sus piernas.

Candy las separó como por arte de magia, esperando una liberación de la tensión que se había acumulado en su vientre durante las últimas veinticuatro horas. Roy deslizó su índice de forma suave, delicada, hasta que encontró el botón de su clítoris, lo masajeó con experta sabiduría haciendo un círculo hacia la derecha para retornar hacia la izquierda sin previo aviso. Candy relajó los hombros y abrió más las piernas para que él tuviese un mejor acceso a ella, y él no la defraudó. Cuando Roy sintió los primeros espasmos que le indicaban que ella estaba a punto de llegar al orgasmo, deslizó aún más lentamente su dedo hasta encontrar la entrada de su vagina, y lo introdujo con sumo cuidado siguiendo un ritmo lento y conciso. Candy se arqueó sin abandonar el ataque al que tenía sometido la boca de ella, seguía los mismos movimientos con su lengua y con su dedo en el interior satinado. El pulgar masculino buscaba el botón duro que había acariciado antes con el índice, al encontrarlo le dio la atención que requería. Mientras con el índice la penetraba, con el pulgar seguía un movimiento de fricción que la hizo gritar cuando el clímax la sacudió por entero en suaves oleadas que la dejaron sin respiración. Roy se bebió el grito

femenino con un beso profundo, posesivo.

La respiración de Candy era jadeante. Sentía los miembros laxos y débiles, y él seguía besándola tras el maravilloso orgasmo que le había provocado con la mano.

Candy abrió los ojos al fin.

—No sabía, no creía... ha sido extraordinario —confesó sincera.

—La enagua me lo ha puesto muy fácil —admitió él.

Roy la soltó y ella se reincorporó de la postura forzada que mantenía. Él volvió a atizar las bridas para seguir el camino.

—Es el principio Candy, lo prometo.

CAPÍTULO 10

Cuando estacionaron el carruaje ambulancia en los establos, Roy le sonrió atrevido.

Candy se sintió arder, pero respondió en total complicidad. Entraron juntos, él llevando en las manos el paquete que le había dado la madre de Gabriel. Nada más cruzar el umbral, Candy soltó un grito de sorpresa, le acababan de tapar la boca con una mano, mientras la sujetaban de forma fuerte y brusca por detrás. Cuando vio las espadas apuntar a la sien de Roy, sufrió un espasmo de miedo. Él la miró un solo instante, y le hizo una advertencia para que no hiciera una tontería como montar una escena histérica. Lo que contenía el paquete quedó esparcido en la entrada de la casa, a ellos los llevaban hacia el salón donde se encontraban varios hombres que a Candy le parecieron sumamente peligrosos. Estaba claro que no eran ingleses sino escoceses, y muy del norte por la forma en la que vestían.

—¿Pensabas que no te encontraríamos, Roy?

Candy no sabía qué pensar al respecto.

—Puse la mayor distancia que pude para que no pudierais hacerlo.

—¡Pues eres un estúpido! —Roy se tragó el insulto sin ofrecer una respuesta—. Aunque tienes buen gusto para las mujeres.

—Si le hacéis daño... —Roy dejó la advertencia sin terminar.

—Serás el segundo en comprobarlo, tienes mi palabra.

Roy no respondió y se mantuvo en silencio. Candy miró con verdadero interés y con falta de prudencia al que parecía el jefe del grupo, que se había levantado de la silla donde parecía que había estado esperando la llegada de Roy.

Se paró a un escaso paso de ella y recorrió con ojos de águila la figura femenina vestida solamente con la enagua atrevida.

—¿Quién eres? —le preguntó con dureza.

Candy tensó la espalda sin darse cuenta.

—A la vista está —le respondió—. Una mujer. —Roy percibió sarcasmo en su voz cuando respondió.

—Más bien diría una furcia vestida de forma provocativa. Y por cierto que resulta bien extraño —ahora se mantuvo en un silencio prolongado. Candy nunca en su vida había pasado tanto tiempo vestida con un tejido tan fino que apenas la protegía de miradas lascivas—. Que eres una mujer ha quedado claro, pero mi pregunta ha sido otra.

Cuando la mano del sujeto se paseó por su escote, Candy sintió un escalofrío de aprensión recorrerle la piel. Estaba indefensa, y, a juzgar por el número de bárbaros, Roy no podría con todos.

—Ella no tiene nada que ver, Charles —las palabras de Roy le hicieron apartar la vista de ella.

—No te atrevas a darme órdenes —le dijo con voz grave—. Eres un cobarde.

Candy miraba a uno y a otro sin decir nada, pero el nudo de su estómago ante la sospecha se iba enroscando cada vez más. Parecían una banda de bandidos, de los que ella sabía que abundaban en el norte de Escocia, pero jamás podía haber sospechado que Roy fuera uno de ellos.

—Ha llegado el momento de que regreses —le dijo el jefe.

Roy se mantuvo en silencio, sin ofrecerle la respuesta que esperaba.

—Prometí no hacerlo —le recordó.

—Si es por la mujer, nos desharemos de ella —le confió.

Candy miraba con ojos aterrada a Roy.

—Mi decisión no tiene nada que ver con ella —respondió conciso y firme—. Juré que me marcharía, y lo hice.

Los ojos del jefe volvieron otra vez a ella, y le mostró una sonrisa nada apreciativa.

Cuando Charles le sujetó el cabello con fuerza y le tiró la cabeza hacia atrás, Roy se abalanzó hacia adelante para tratar de ayudarla. Candy estaba paralizada de miedo. Cuando sintió que la mano ascendía por su cuello para apretarlo, trató inútilmente de soltarse del brazo que la sujetaba por la cintura y los hombros, pero era lo mismo que tratar de mover una pared.

—Ella no es nadie —susurró Roy.

Charles no lo creía.

—Está claro por tu defensa, que la furcia debe de importarte mucho.

—Si le haces daño, juro que te mataré —le advirtió.

La mano del bárbaro dejó de apretar su cuello, y Candy clavó los ojos en la cara del individuo. Roy había conseguido sin un solo movimiento detener al jefe de la banda. Miró directamente a los ojos de él y le parecieron fríos, pero con un brillo de inteligencia que producía miedo. Tenía una cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda, y que le confería una apariencia siniestra. Llevaba el pelo demasiado largo. Tenía toda la apariencia de un bárbaro que había tenido hombres a su mando. Sabía lo que quería, pero gracias a Dios no era a ella. Las preguntas se agolpaban en la mente de Candy, ¿era Roy uno de sus hombres? ¿Qué hacía un bárbaro del norte en un pueblecito perdido de Bath? Y las preguntas venían para martirizarla. ¿Qué buscaban de él? De pronto, lo que habían compartido unos momentos antes, le pareció fuera de lugar en ese momento. Ella no podía entretenerse con un escocés del norte que había huido, ¿pero de quién o de qué?

—No es lo que te imaginas —le dijo él.

Y las palabras de Roy la devolvieron a la realidad, ¿a quién iban dirigidas? ¿A ella o al jefe de los bárbaros? Los dos volvieron la cabeza al mismo tiempo.

—Vendrás con nosotros, y ella se quedará aquí.

Roy asintió sabiendo lo que venía a continuación. Candy sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó inconsciente hacia delante, pero los brazos fuertes de él la sujetaron e impidieron que cayera al suelo con un golpe sordo.

Le dolía la cabeza y sintió un regusto amargo en la garganta. Trató de abrir los ojos pero no pudo aunque percibió que estaba acostada sobre algo blando y cálido.

—Bebe un poco —la voz de Roy le hizo abrir los ojos de inmediato, y con una pregunta muda en ellos.

—¡No! —trató de negar manoteando la mano que sostenía un vaso de agua—. ¡Me duele!

Candy se llevó la mano a la parte de la cabeza que había sido golpeada, y se tocó el prominente chichón que tenía unas proporciones alarmantes. Miró a Roy con una acusación en los labios que no llegó a pronunciar. Bajó los pies de la cama obviando el mareo e intentado recuperar el equilibrio.

—Charles necesita aprender modales al tratar con una dama —le confesó—. Y he conseguido que regresen a la posada donde están hospedados.

Candy movió el hombro para que deshiciera el contacto que mantenía, y él entendió perfectamente la actitud.

—¿No me vas a permitir ni una explicación? —le preguntó con inusitada sorpresa.

Candy negó con la cabeza pero le respondió.

—Aquí tenemos demasiados hechos para necesitar explicaciones, ¿no te parece? —le dijo con voz helada. Roy alzó una ceja en un arco perfectamente con un interrogante—. Venís a nuestro

reino y os traéis vuestra barbarismo, ¡no me interesa conocer nada más!

Roy parpadeó varias veces tratando de asimilar la acusación femenina.

—Sé que el susto ha sido muy grande, pero te prometo que nunca he pretendido hacerte daño —le dijo al mismo tiempo que acariciaba la mejilla de ella—. Ni ellos tampoco.

Candy volvió a manotear la mano.

—¡Me marchó! —anunció decidida. Roy lanzó un suspiro grande y decisivo—. Si es necesario, tocaré una a una todas las casas del pueblo hasta encontrar una mano amiga que me ayude a salir de aquí —siguió ella.

—No puedes irte —le dijo él. Candy entrecerró los ojos con una duda—. No voy a permitirlo porque hay algo inconcluso entre nosotros, y no soy hombre de darle la espalda a una promesa.

Ella apretó los labios en una línea fina.

—¿Pretendes hacerme el amor? —Roy asintió—. Pero yo he cambiado de opinión, y pienso pedir ayuda —Roy le sonrió con candidez por lo ingenua que se mostraba.

—No se marcharán hasta que me vaya con ellos —le explicó. Candy movió la cabeza hacia un lado y hacia otro como buscando un lugar por donde los observaban—. Hace años hui de un lugar del que no pensaba regresar.

—¿Quién eres? —la pregunta le quemaba en la boca y por eso se la soltó, pero Roy se mantuvo en un silencio que le pareció a ella de lo más sospechoso—. ¿Eres médico de verdad? —Roy asintió con la cabeza—. ¿Eres del norte? ¿Cómo puedes ser médico? ¿Los has traicionado? ¿Por eso te buscan?

Roy entrecerró los ojos ante el aluvión de preguntas, indudablemente Candy estaba demasiado impresionada.

—No deberías suponer —le dijo, pero en la voz no había ni una mota de queja o enojo.

Candy saltó de la cama llena de furia. ¿Estaba retenida contra su voluntad? ¿Cómo se atrevía a decirle que no debía suponer?

—¿Cuánto se supone que te marcharás? —le preguntó.

Roy había entrelazado las manos, y la siguió hasta el salón con pasos enérgicos. Candy se percató de que todo estaba ordenado, limpio, y se preguntó cuánto tiempo habría estado inconsciente. Se giró hacia él con una pregunta muda.

—Poco más de dos horas.

Abrió la boca estupefacta, ¿leía el pensamiento o qué?

—Casi me matan —le espetó con cierto rencor.

—El golpe no fue excesivamente fuerte —le aclaró él, y Candy chasqueó la lengua al escucharlo—. Te golpearon con el puño de una espada.

—Eso lo debe decidir mi cabeza —murmuró todavía sin poder creerse el descalabro de fin de semana.

Roy le mostró una sonrisa que la desarmaba, pero que ella se empeñaba en no permitir que la perturbara hasta el punto de la estupidez.

—Veo que sigues manteniendo tu humor, y eso es una buena señal.

Candy se volvió rápida y lo taladró con la mirada. Roy aprovechó el movimiento para sujetarla de la mano y atraerla hacia sí. Buscó con la boca la de ella, pero Candy giró la cabeza en el último segundo, y Roy se encontró rozando la mejilla y no los labios.

—Antes de saber quién eras, tenías una posibilidad, ahora, es demasiado tarde doctor McGuy. —Roy la miró en silencio durante un momento antes de asentir con la cabeza.

—Soy Roy McGuy, laird de Lochmaddy —le dijo con voz pausada.

—¿Laird? —le preguntó sin saber muy bien lo que significaba ese nombre.

—Deberías darte un baño —le aconsejó.

Y con la mano le indicó que lo acompañara hasta el baño, Candy lo hizo sin una queja.

CAPÍTULO 11

El agua caliente sobre su cuerpo le había sentado muy bien, y había barrido el cansancio aunque no la preocupación. Se sentía enfadada, y el malestar que sentía sobre sí misma no se había apagado ni un ápice. Por eso, cuando abrió la puerta del baño y vio extendido sobre la cama el hermoso vestido, junto a una ropa interior de fino encaje, arrugó la nariz ante la visión de las prendas. Miró la enagua que ahora yacía en el suelo arrugada, y se dijo que todo había sido un completo desastre. Se secó el cuerpo de forma concienzuda intentando disipar el mal humor y despejar el dolor que le martilleaba el cerebro. Agarró el bello vestido y se cubrió el cuerpo desnudo. La fresca y sedosa camisola se amoldó a su cuerpo como si fuese una segunda piel. Los finos volantes daban la impresión de que no resistirían el pesado tejido del corpiño. Candy se miró en el espejo para desenredar el pelo mojado, y cuando se vio, abrió la boca por la sorpresa. El pronunciado escote arrojaba de forma perfecta sus senos mostrándolos incitadores, tentadores, ella jamás hubiera elegido una prenda así de escotada. Las flores rosas y blancas descansaban sobre un fondo azul cielo, parecían vivas con el movimiento. Cuando se puso las finas bragas, se ruborizó porque él sabría perfectamente lo que ella llevaba debajo. Vio los escarpines al lado de la puerta, y Candy, practica como siempre, dejó de darle vueltas al tema pues con ello solo conseguía marearse todavía más. Peinó su larga melena rebelde sin tener con qué sujetarla, y su mano se detuvo a medio camino cuando escuchó la música del piano. Ella no era una entendida en música, pero el sonido le hizo entrecerrar los ojos con placer inusitado. Un hombre que era capaz de tocar así un instrumento, debía de tener una parte sensible oculta, y Candy volvió a fruncir la boca sopesando, valorando la situación. Tenía que admitir que lo que más le molestaba era el hecho de que al elegirlo a él para tener su primera aventura sexual, se había equivocado de lleno. Meditó un momento completamente confusa, ¿y, si era hombre del norte que había huido, qué? ¿Podría ser que Roy tuviese un motivo válido para escapar hacia Inglaterra? ¿Debería darle una oportunidad para explicarse? Se llamó estúpida así como diez veces, lo que verdaderamente ocurría, era que su cuerpo se había revelado por completo ante las maravillosas sensaciones que había experimentado unas horas antes, gracia a él.

Lanzó un suspiro largo.

Hizo un alzamiento de hombros, se calzó los zapatos de tela bordada que le quedaban como un guante, y salió con paso ligero hacia el salón. Candy se detuvo justo en la entrada, y apoyó el hombro en el marco de la pared. Roy se había cambiado también de ropa, ahora vestía unos pantalones negros ajustados y una camisa que llevaba suelta sobre el esculpido cuerpo. Las mangas de la camisa las tenía enrolladas sobre sus antebrazos, y de esa forma pudo apreciar los músculos de los que se tensaban cuando tocaba las teclas del piano. No pudo contenerse, y el estómago le dio un vuelco al darse cuenta de que seguía deseándolo, pero con mucha más intensidad.

¿Cómo había logrado él metérsele en la sangre?

El calor fue subiendo por su escote hasta alcanzar las tersas mejillas. Si él no fuese tan atractivo, si no estuviese encerrada en una casa con su magnetismo, podría tener alguna posibilidad de salir inmune, pero lo dudaba, estaba tan humillada emocionalmente por la actitud de su prometido, que su cuerpo traidor seguía teniendo una sed que no controlaba, y su mente se había aliado con el enemigo de su corazón para desear algo que no estaba a su alcance: un bárbaro del norte huido.

Roy seguía acariciando las teclas ajeno a la mirada especulativa de ella, y a su debacle

emocional por su anatomía. Tocar el piano le producía una cierta quietud ante las horas que le esperaban junto a la presencia de la hechicera tentadora con cabellera de fuego. Sabía que había perdido la batalla en el mismo momento que le hizo el amor con sus manos, con sus pensamientos. Se había rendido a lo inevitable, y, una vez decidido, el destino acababa de levantar un muro de desconfianza entre los dos, aunque era mejor así, él no podía implicarse emocionalmente con una mujer por muy seductora e incitante que fuera, ni aunque tuviera los ojos más verdes que hubiera visto en su vida. Pero adoraba su pelo escandaloso y rebelde. Roy suspiró de nuevo, y trató de arrancársela del pensamiento pero sin lograrlo, y lo peor de todo era que conocía cómo eran sus pechos. Había mordido y probado su néctar divino, su tacto sedoso... el endurecimiento de los pezones femeninos cuando el deseo la azotaba. Roy agitó la cabeza para tratar de borrar de su mente la figura desnuda en sus brazos. El tormentoso castigo del triángulo entre sus piernas coronado por un vello rojizo que le aceleraba el corazón. Sin percatarse, golpeó las teclas más fuerte en un acceso de furia, y dejó descansar las manos de forma impotente sobre ellas. Pensar en Candy le había provocado una erección dolorosa, se sentía un muchacho incapaz de contener el deseo ante de la visión de una mujer como ella.

—El piano no tiene la culpa —dijo la voz de ella.

Roy volvió la cabeza a su presencia, pero no se levantó como requerían las normas de protocolo cuando una dama entra en una habitación. Necesitaba un poco de tiempo para normalizar su pulso, y reducir el bulto de sus pantalones a un tamaño adecuado a la vista de una dama inocente.

¡Inocente con ese pelo y ese cuerpo!

—Yo no sé tocar el piano —le dijo ella.

Candy hizo algo totalmente inesperado, se sentó en la butaca junto a él. Cuando Roy olió el perfume de su piel, y vio el movimiento de sus senos al sentarse, sufrió otro espasmo en la entrepierna.

¡Esa mujer iba a terminar con él!

—¿Qué tocabas? —le preguntó.

Y Roy se preguntó a su vez dónde se había dejado la voz porque estaba mudo ante la belleza espectacular de ella.

—Lo desconozco, suelo tocarla de oído —le informó sin dejar de mirarla. Candy le sonrió y a él le temblaron las rodillas.

—Quería disculparme contigo —le dijo ella.

Roy volvió la cabeza de sus manos para mirarla. Si ella seguía acercando su cuerpo tentador al suyo, iba a sufrir un pequeño accidente, pues terminaría acostada de espaldas sobre el piano, y él saboreándola entera.

—Acepto las disculpas —respondió.

Candy se preguntó por qué las palabras de él habían sonado tan secas. ¿O lo había imaginado?

—Siento haber pensado mal de ti —le dijo ella—, pero confío en no equivocarme, aunque espero una explicación.

—Estabas en tu derecho de presuponer —le dijo serio—. Porque yo me he explicado muy poco —confesó—. Es la costumbre.

Candy lo martirizó todavía más. Puso su mano suave en su antebrazo para llamar su atención sobre ella, como si no supiera que todos sus sentidos estaban fijos de forma permanente en su cuerpo. En sus movimientos seductores.

—Estoy preocupada por ti —le confesó.

Roy lanzó un suspiro porque el bulto entre sus pantalones no volvía a su tamaño natural, y ella

podría darse cuenta, con solo bajar la vista sobre sus muslos se daría perfecta cuenta del poder sensual que tenía sobre él.

—¿Por qué has cambiado de idea? —le preguntó en un intento de normalizar su pulso—. Lo de querer que me explique.

Candy meditó antes de responder.

—Eres el médico del pueblo, la gente confía en ti —calló un momento antes de continuar—, yo lo hice, y siempre has tratado de ayudarme —concluyó.

Roy entrecerró sus ojos azules, y detuvo sus pupilas en los labios de ella.

—Sentada aquí corres un gran peligro —le advirtió.

Candy no llegó a comprender las palabras de él, y parpadeó varias veces para alejar la confusión de su rostro.

—¿Te están apuntando con un arma? —preguntó ella al mismo tiempo que giraba su cabeza de izquierda a derecha.

Si sentada junto a él corría un gran peligro, era porque lo estaban apuntando desde algún lugar no muy lejano.

—Hay un arma apuntada sí, pero no es la que imaginas.

Candy casi se cae de espaldas porque entendió algo completamente diferente.

—¿Por qué no cerramos las ventanas? —le preguntó de forma ingenua.

La luz entraba a raudales por las diferentes estancias llenando de calidez el hermoso salón.

—Deberías mostrar un poco más de precaución —continuó ella intentado ver a través de las cortinas cualquier movimiento exterior.

Roy sonrió ante su candidez. A pesar de los años seguía siendo una muchacha inocente, y él estaba trastornado por ella. Rectificó, trastornado no, completamente loco.

—Ellos, no me harán daño —le confesó. Candy se pegó aún más hacia él porque estaba asustada por sus palabras—. Y desteto los espacios cerrados.

—Podemos avisar a Gabriel —sugirió ella con un hilo de voz—. Ese amigo tuyo, nos ayudará.

—Sería estúpido salir a buscarlo.

Candy asintió como si comprendiera, aunque nada más lejos de la verdad.

—Estás preocupado ¿verdad? —Roy la miró sin responderle.

—Llevo varios años huyendo de mi pasado, y me ha encontrado en el lugar menos indicado —le confesó de pronto.

—¿Vendrán a buscarte? —volvió a preguntarle.

Roy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pero no tienes de que preocuparte, pues no les interesa cabrearme —le dijo con voz grave.

Candy se sentía incapaz de descifrar el enigma de las palabras de él, pero se mantuvo en silencio.

—Baila conmigo pequeña, hagamos que este momento sea lo menos tedioso posible. Me muero por rodearte con mis brazos.

—No tenemos música —le dijo lógica.

Roy se había levantado. Se volvió hacia ella y le abrió los brazos con una sonrisa incitadora.

—Entre mis brazos no te hará falta la música.

Candy no pudo resistir la invitación, y camino directamente hacia donde estaba él. Permitted que la abrazara para conducirla en los pasos de baile. Roy le pasó una mano por la cintura para sujetarla, y subió la otra hacia su terso cuello. Un segundo después la atrajo hacia su pecho con suavidad. Ella se dejó guiar por sus pasos, le resultaron muy fáciles de seguir. Candy dejó descansar su cabeza en su torso y cerró los ojos para abandonarse. Roy era consciente de que

había cometido un error. Lo sabía. Tenerla en sus brazos era una tentación que no podía dejar escapar. Se relajaba apoyada en su cuerpo sin temerle a pesar de las dudas que albergaba sobre él. Nunca había conocido una mujer tan seductora e inocente. Estaba subyugado, embelesado.

¡Podría matar por ella!

Candy sintió la mano firme en su cintura. La tocaba de forma exquisita, tentadora. Percibió que subía por su espalda y delineaba cada vértebra, cada terminación nerviosa en un movimiento que la relajaba y distendía sus músculos. La mano en su cuello se movía de forma impenitente por la base de su nuca, enredaba los dedos en su pelo a la vez que lo acariciaba como midiendo la textura y el grosor.

Él, acercó el rostro hacia ella y se apoderó de sus labios. Al principio se limitó a mover sus boca sobre los dulces y carnosos labios, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió paso entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, la joven se estremeció, y, sin saber cómo, le agarró de la camisa y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo.

La besó con un ansia desmedida buscando y encontrando. La respuesta de ella era la esperada que pegó su cuerpo al de él, e inclinó hacia atrás la cabeza para permitirle que el beso fuese más íntimo, más profundo. Roy la instó con la lengua a entreabrir los labios, y deslizó esa parte de él dentro de ella, entonces el calor se transformó en fuego líquido.

Sin previo aviso, Roy detuvo el beso y la miró deleitándose en la forma de su cara. En la profundidad de sus ojos que lo miraban completamente arrobados. Deslizó la mirada por el puente de la nariz hasta llegar a los gruesos labios femeninos que se habían entreabierto de forma impaciente para reclamarle un nuevo beso.

—¡Voy a hacerte el amor!

Él, no le dio opción a que se negara.

Metió la palma de la mano entre el tejido y la piel de ella hasta llegar al tierno pezón, lo pellizcó suave hasta endurecerlo. Bajó la cabeza y lo atrapó entre sus dientes. Lo lamió como si intentara sacarle el hueso a una cereza. El gemido de ella le resultó tremendamente incitante. Candy fue incapaz de negar o pensar en nada salvo las deliciosas sensaciones que le transmitía la boca masculina sobre su seno. Se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, y fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él. Ya no era suave sino posesivo. Había liberado su brazo y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino mientras su lengua lamía y succionaba su tierno pezón en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando entre sus piernas.

Sin saber qué debía hacer, se quedó floja entre sus brazos porque estaba a punto de sufrir un orgasmo. Era la primera vez que alguien le besaba así el pecho, y en ese momento todas las barreras de años que ella había construido se vinieron abajo. En ese instante se dio cuenta que deseaba a ese hombre, y que lo demás no importaba. Su padre, su madre, su familia. Estaba a punto de permitirle que le hiciera el amor sin promesas. Sin palabras de amor...

Roy atrapó entre su boca el labio superior de ella y lo engulló como un hambriento, Candy la abrió más para facilitarle el acceso. Sintió la lengua caliente pasearse por su interior a voluntad, buscando entre sus dientes como si buscara un tesoro. Acarició el cielo de su boca, bajo su paladar. Ningún lugar quedó sin atención a su exploración provocadora.

—Dime que pare, Candy —ella no lo escuchaba, seguía perdida en las sensaciones que le despertaba—. Dentro de un segundo ya no habrá vuelta atrás —le advirtió.

La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre el piano, de alimentarse de

la sutil fragancia de su juvenil cuerpo y de la voluntad de estarse allí quieto y dejar que fuese ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía hacer. Casi quería dejar que la voluntad de ella dominara a la suya, y sería la primera vez que le haría el amor a una mujer sin llevar la iniciativa.

Roy jamás se había sentido así.

Ella sabía que tenía que pararlo, pero era incapaz de controlar el maremoto que habían sufrido sus emociones. Se debatía entre el sí y el no en una tormenta de voluntad descomunal, y mientras, su cuerpo, decidió en lugar de ella.

—Sigue besándome, Roy, y no vuelvas a preguntarme.

CAPÍTULO 12

Unos ruidos y gritos les hicieron volverse de golpe hacia la puerta del salón, Charles arrastraba del brazo a una mujer furibunda que lo insultaba con una impaciencia notoria. Candy se dio cuenta de que se trataba de Melany.

—¡Bastardo! ¡Bárbaro! ¡Suéltame!

Charles la perforó con la profundidad de su mirada.

—Calla esa lengua o juro que te la cortaré —Melany miró al hombre de la cicatriz en la mejilla, y que la miraba con una violencia en sus ojos claros que no la acobardaron lo más mínimo, tampoco el acento que no lograba disimular.

—¡Melany! —exclamó Candy.

La mencionada volvió los ojos de su captor hacia el centro del salón donde estaba Candy con la boca abierta.

—¡Pequeña! ¿Cómo estás? —Melany hizo amago de soltarse del brazo férreo que la sujetaba, pero sin conseguirlo.

Le hizo un ademán altanero con el codo que el gigante obvió a propósito mientras la arrastraba al interior de la sala con fuerza.

—Este bárbaro se ha empeñado en sujetarme —dijo con todo el sarcasmo del que fue capaz.

Candy había perdido el color del rostro al ver que Melany no mostraba ni un ápice de miedo ante la mirada fiera del jefe de los bárbaros.

—Pienso hacerle tragar su propia lengua.

De un empujón, Charles la tiró hacia el centro, y miró de forma penetrante y peligrosa a Roy.

—Otro jueguito más y te cortaré el cuello —la amenazó.

Roy ayudó a Melany a reincorporarse puesto que había caído de rodillas al suelo. Se volvió con la mirada pétrea.

—El cuello te lo voy a rajar yo si vuelves a ponerme una mano encima, bestia —lo insultó.

Charles caminó directamente hacia ella, y, cogiéndola del pelo, le echó la cabeza hacia atrás con brusquedad, bajó su boca hasta el oído femenino para susurrarle lleno de cólera.

—¡Arpía, pienso ponerte encima mucho más que la mano!

La amenaza consiguió callarla de momento, pero Melany se sentía completamente soliviantada para no replicarle, aunque él ya se daba la vuelta y salía por la puerta completamente furioso.

—¿Que has hecho? —le preguntó Candy.

Melany volvió sus ojos hacia Candy sin creerse la pregunta estúpida.

—Me han quitado el carruaje ¿puedes creerlo? Dos curvas más abajo me han asaltado y robado el carruaje con todo lo que traía: mis pertenencias, tu ropa, tus libras —de pronto Melany calló al ser consciente de la intimidación con la que Roy sujetaba a Candy, y del vestido hermoso que tenía puesto—. ¡Vaya! Disculpa si he creído que necesitabas ayuda... —le recriminó con voz de hielo.

Candy abrió la boca, y la volvió a cerrar completamente dolida por el comentario innecesario.

—¿Y vienes a dármele ahora? —le preguntó atónita—. Me he pasado dos días, dos —recalcó furiosa—, en enagua. Completamente semidesnuda —Melany alzó una ceja como si no se decidiera a creerla del todo. Candy estaba hermosa, irreconocible—. No vuelvas a recriminarme porque no te lo perdonaré.

—¿Quiénes son? —preguntó Melany.

—Bárbaros del norte —respondió decidida.

Ahora fue Roy quien alzó una ceja al escucharla. ¿Bárbaros del norte? ¿Cómo había llegado a

esa conclusión?

—Y tú te muestras osada con el feje de ellos que puede ordenar que te seccionen la garganta sin remordimiento.

Tras escucharla, la mente de Melany comenzó a pensar a toda velocidad, pero antes de abrir la boca, Candy la cortó.

—Sí, todo lo que estás pensando es cierto. —Melany parpadeó sorprendida—. He sufrido un día realmente horrible —Candy calló para tomar aire—. Roy se indispuso con unas setas, y tuve que llevarlo de urgencias hasta el hospital de Bath, casi desnuda, descalza. Me detuvo un agente de Scotland Yard... ¿piensas que lo he tenido fácil? —terminó ofuscada.

Melany apretó los labios con dureza al escuchar la retahíla de recriminaciones.

—Ni Aline ni yo teníamos forma de saber que no podrías acceder a la casa. Salimos tan de repente que apenas tuve tiempo de pensar —le respondió.

Candy soltó el aire de golpe, en sus quejas se había olvidado de su amiga del alma.

—¿Cómo está Aline? —le preguntó ansiosa.

Melany se miró la uña del dedo meñique algo nerviosa.

—Sedada y custodiada —le dijo.

Candy abrió los ojos con verdadero espanto.

—Ha sido la única forma que han tenido esos brutos de conseguir que les diese el carruaje con todo lo que traía —Candy se tapó la boca para contener un gemido.

Roy las miraba sin perderse detalle del intercambio de palabras.

—¿Dónde está? —preguntó el médico.

Melany bajó los ojos al suelo avergonzada.

—Fue imposible convencerla para que se quedara en Basingstoke tras el accidente. Cuando vimos que el giro postal seguía en la oficina de correos de Bath sin recoger, supimos que algo grave ocurría, y me resultó imposible convencerla para que no viniese conmigo.

Roy volvió a preguntar.

—¿Dónde está?

—Dormida en el interior del carruaje y custodiada por esos bárbaros del norte —Roy se mesó el pelo con nerviosismo.

Las cosas se complicaban por momentos.

—¡Tenemos que ir a por ella! —exclamó Candy—. No podemos dejarla en el carruaje.

Roy negó con la cabeza, pero Candy insistió.

—Se va a llevar un susto de muerte cuando se despierte y vea a esa manada de bárbaros vigilándola —alegó convencida de que no podían quedarse quietos.

Melany asintió con la cabeza, pero se mantuvo en un sospechoso silencio mirando a Roy.

—Vas a necesitar un buen abogado —le dijo de pronto—. Porque el padre de Candy es juez y logrará que toda la justicia de Inglaterra te persiga.

Roy la miró de forma sorpresiva porque sus palabras lo habían dejado atónito. ¿Toda la justicia de Inglaterra? Él, había huido de la de Escocia.

—Te ahorcarán —terminó triunfante.

Candy empequeñeció los ojos tras las palabras de Melany.

—¡No digas más! —trató de detenerla.

Melany volvió sus ojos hacia ella. ¡Lo defendía?

—Si te ha puesto un solo dedo encima, se lo contaré a tu padre, y te aseguro que lo desterrarán de Inglaterra —Roy terminó por sonreír ante la amenaza tan directa.

Ciertamente había estado a punto de ponerle encima algo más que un dedo.

—Su amiga no ha sufrido el menor daño bajo mi cuidado —le aclaró.

Candy giró la cabeza hacia Roy esa. Aún le estremecía las sensaciones que le había despertado con las manos en el interior del carruaje ambulancia cuando subían de la ciudad de Bath hacia el pueblo de Combe Down.

—Te agradezco la ayuda Melany, pero ahora tenemos que pensar en Aline pues hay que traerla a la casa.

Candy clavó los ojos en Roy para preguntarle decidida.

—Somos libre de irnos, ¿verdad? —Roy asintió.

—Libres como palomas.

Candy asimiló las palabras. Ella no quería marcharse todavía porque ello implicaría alejarse de él.

—¡Estoy famélica! Llevo dos días sin comer apenas nada —exclamó de pronto.

Los dos volvieron la cabeza hacia Melany sorprendidos por la exclamación.

—¿Cómo puedes pensar en la comida? —le recriminó Candy—. Es más, ¿cómo puedes mostrarte tan serena? —Melany alzó una ceja con ironía.

—Si nos quisieran muertas, ya lo estaríamos —Candy se llevó la mano a la garganta al escucharla.

—¡Melany! —exclamó horrorizada.

Melany se molestó por la actitud de su amiga.

—Al contrario que tú, yo sé defenderme, y estos bárbaros no me provocan miedo sino sarpullido. —Candy se quedó muda—. Ya sabes lo que opino de los bárbaros del norte.

—Son escoceses —la rectificó la amiga.

Melany alzó los hombros en un gesto de indiferencia.

—¡Roy, tenemos que hacer algo por Aline! —Él, negó con la cabeza repetidas veces.

—Nadie le hará daño —les dijo en voz baja.

Candy no podía creerlo, ¿por qué estaba tan malditamente confiado? ¿Qué demonios ocultaba tras esa pasibilidad?

—No comprendo nada. Tenemos la obligación de hacer algo por mi amiga y no dejarla dormida en el carruaje.

Melany se volvió hacia el médico esperando su respuesta.

—Hay cosas que no puedes comprender, y que yo no puedo explicarte, al menos, no todavía —le dijo Roy con tono suave para no molestarla.

Pero esas palabras hicieron que Candy tensara los hombros y entrecerrara los ojos.

—Yo no pienso quedarme con los brazos cruzados —se volvió hacia Melany.

—¡Dame tu daga! —Ordenó más que pidió.

Melany, a regañadientes, se levantó la falda y sacó la pequeña daga que tenía sujeta con la liga. Roy creía que nada podría sorprenderlo, pero qué equivocado estaba.

Candy se dio perfecta cuenta del rostro sorprendido de él.

—¿Cómo crees que ha sobrevivido hasta ahora? —le respondió con ojos serios. —Melany es una sorpresa con piernas —concluyó.

Candy le tendió el arma a Roy.

—Lleva cuidado, es muy valiosa —le indicó.

—Ahora vamos a por nuestra amiga.

Roy negó otra vez. Melany miraba a uno y a otro sucesivamente preguntándose el motivo.

—Vosotras quedaros aquí —las dos lo miraron con inusitada sorpresa tras sus palabras—, yo iré por ella y la traeré.

Ambas asintieron al unísono. Roy se dirigió con paso raudo hacia la salida, y Candy se quedó haciendo guardia en la entrada de la casa.

CAPÍTULO 13

Melany asió del brazo a Candy y la condujo medio arrastras hasta la cocina. Necesitaba hablar con ella sin que el médico se percatase.

—¡Son forajidos! —soltó de pronto.

Candy negó con la cabeza la exclamación de ella porque era imposible. Roy no podía ser un forajido.

—Estoy convencida que ha ido en busca de ellos.

Candy sintió un estremecimiento en los huesos ante la sospecha que acababa de sembrar Melany en su buen juicio.

—Roy no es un forajido.

Melany endureció sus ojos, y la miró de arriba abajo sin creerse lo boba que resultaba en ocasiones.

—Es un bárbaro del norte, ¿verdad? —preguntó con voz tan baja que Candy apenas comprendía la sucesión de palabras—, y sus amigos también, y nosotras unas cándidas doncellas a las que violarán y matarán de un momento a otro.

Candy se negaba a creer las palabras de Melany. Ella confiaba en Roy.

—¿Por qué motivo piensas que se ha escondido en este lugar tan apartado?

Candy seguía con el rostro demudado por la duda porque Roy no le había dicho de qué había huido en Escocia.

—Y entonces ¿por qué los aldeanos confían en él? —le preguntó molesta—. Es el médico del pueblo.

Melany bufó con incredulidad al escucharla. En ocasiones Candy la exasperaba.

—Admito que puede ser médico —le dijo—, pero es indudable que huye de algo, y el que huye es un forajido.

Candy alzó los ojos al cielo.

—¿Huir no convierte a nadie en forajido?

—Que me aspen si te entiendo —le reprochó la amiga.

—Le pediré explicaciones, y estoy segura de que me las dará.

—Va a mentirte —respondió la otra.

Melany le mostró el amago de una sonrisa que no llegó a florecer del todo.

—Confío en él.

—¡Estás loca!

Candy inspiró profundamente.

—¡No me ha dado motivos para creer lo contrario! —exclamó decidida.

—¿Acaso la llegada de esos bárbaros no es una amenaza?

La burla de Candy le escoció a Melany que arqueó una ceja ante la pulla.

Candy optó por cerrar los labios al escuchar que Roy regresaba a la casa.

—No encuentro el carruaje.

Melany miró con sorpresa a Candy.

—¿Cómo que no está el carruaje? —preguntó con voz aguda.

La pregunta la había formulado Melany sobresaltada. Candy admiró su aplomo ante las circunstancias. Contempló con extrañeza la mirada fría que le dedicó su amiga. La forma de fruncir levemente el ceño y cerrar los puños en su espalda. Solo una persona que la conociera bien, sabría el enorme esfuerzo que realizaba para que nadie notara la tensión que trataba de

contener.

—He caminado hasta las dos siguientes curvas, pero no hay rastro de ningún carruaje.

—¿Qué le han hecho tus amigos bárbaros a mi amiga? —le preguntó Melany soliviantada.

—Voy a enviarle un mensaje a Gabriel.

Melany alzó las cejas haciendo conjeturas a diestro y siniestro, ¿quién era Gabriel? Se preguntó.

—Podéis esperar aquí.

—Tengo hambre — protestó Melany.

—Mientras esperáis, podéis preparar algo para comer.

Roy sonrió, y Candy se volvió hacia Melany para indicarle que la siguiera a la cocina. Pero Melany tenía sus propias ideas. Justo cuando Roy se dio la vuelta para salir de nuevo hacia la calle, algo se estrelló en su cabeza. Melany había cogido de una mesita un jarrón de porcelana y lo había estampado en la cabeza de Roy, afortunadamente para él, estaba vacío.

—¿Lo has matado? —le preguntó Candy alarmada.

Melany se inclinó sobre el cuerpo caído en el suelo para tomarle el pulso con el dedo índice.

—Aún respira.

—¡Estás loca! ¿Por qué lo has hecho? —le preguntó.

Candy le mostró a Melany una sonrisa amarga.

—Todo esto me huele muy mal, y no podía dejar que se marchara así sin más —respondió.

Candy seguía mirando el cuerpo tirado en el suelo.

—Ayúdame a llevarlo al dormitorio —le pidió a Melany—, luego buscaré algo para curarle el golpe.

Entre ambas medio arrastraron a Roy hacia el dormitorio principal, pero con un enorme esfuerzo porque era un hombre alto, y su delgadez engañaba. Les había costado horrores cargar con él, pero habían logrado depositarlo en la cama. Melany buscaba por todos sitios una cuerda para amarrarlo, pero Candy se lo impidió.

Melany no le quitaba ojo al rostro masculino inconsciente.

—Es censurable lo que has hecho —le recriminó—. Sobre todo porque me salvó la vida.

Candy, le quitó los zapatos, y ambas salieron de la habitación con la frente perlada en sudor debido al esfuerzo.

—Mientras se despierta iremos hasta Aline y la rescataremos de esos bárbaros como tú los llamas —anunció Candy.

Melany pensaba a toda velocidad.

—Yo puedo hacer de cebo —se ofreció de pronto. Candy la miró estupefacta—. Puedo montar un pequeño espectáculo de gritos que despierten al pueblo entero, y mientras, tú subes al carruaje y huyes.

—El carruaje estará en su poder —le dijo Candy con lógica.

Melany se pasó la mano por los rizos castaños meditando en las posibles alternativas.

—Hay una pistola cargada bajo el mullido asiento, siempre guardo una allí —Candy decidió que no iba a sorprenderse, es más, no pensaba hacerlo.

—¿Un arma cargada? —preguntó con sorpresa—. Es muy peligroso,

Melany negó con la cabeza.

—¿De verdad creías que viajaría sin protección? —Candy optó por no decir nada.

—Si te cogen, ya no podrás escapar —le informó como si Melany fuese directa al matadero.

Melany la miró con una sonrisa.

—Dos de los bárbaros no podrán ver hasta mañana, así que solo he de ocuparme del bárbaro

jefe, y del que custodia a Aline.

—¿No podrán ver hasta mañana? —repitió las palabras con asombro.

—Les lancé arsénico, ha sido ha sido muy efectivo.

—¿También lo llevabas en el interior del carruaje? —le preguntó Candy, pero Melany negó con la cabeza.

—Siempre llevo uno en el interior de mi ridículo, pero ese demonio de Charles me apresó por detrás por toda sorpresa, y ya no pude seguir utilizándolo.

—¡Dios bendito! Pueden quedarse ciegos —le reprendió Candy pero sin mucha convicción. Melany echó la cabeza hacia atrás para mirarla con ojos serios.

—¿Y eso es importante? ¿Por encima de nuestra seguridad?

—Estamos perdiendo un tiempo valioso —alegó Candy sin apartar los ojos de su amiga.

Melany bajó los ojos hacia los pies de Candy.

—No vas a poder correr con ese vestido —Candy se miró.

—Pues no pienso conducir el carruaje desnuda.

Melany no protestó más, y las dos salieron sigilosas de la casa. Les costó una hora localizar el carruaje, se fueron escondiendo entre los arbustos del camino, y lo divisaron en un margen del camino muy cercano al bosque.

CAPÍTULO 14

—¡Te han zurrado bien! —el escocés lo miraba desde los pies de la cama.

Roy aún estaba atontado por el golpe.

—¡Me estalla la cabeza!

Exclamó a la vez que tocaba el abultado bulto de su cabeza. El escocés ahogó una sonrisa al ver la expresión atónito de su laird.

—¿Dos mujeres te han dejado así?, me cuesta imaginarlo.

Roy alzó una ceja interrogante.

—Ni te imaginas la de ardides que traman en cuanto vuelvo la cabeza y dejo de mirarlas —y Roy hizo una mueca de dolor al moverla de forma brusca.

—Me parece increíble que una muchacha tan dulce te haya dejado inconsciente.

El escocés seguía sonriendo. Había llegado a la casa de Roy siguiendo órdenes de Charles.

—¿Dónde están? Tengo que verlas —preguntó Roy, pero el escocés negó con la cabeza.

—Las tres están bajo nuestra custodia —Roy se masajeó la cabeza hasta que su mano dio con el protuberante chichón del lado izquierdo.

—No están bajo vuestra custodia —afirmó Roy—. Son inglesas, y tienen familia.

—Nuestro viaje no ha sido en vano —remarcó el otro.

—¡Ya me habéis encontrado! Ellas están fuera de todo eso.

El escocés negó de forma categórica.

—Charles está decidido a llevarlas con nosotros a Escocia.

Roy maldijo por lo bajo.

—Tendréis que matarme para lograrlo —le aclaró.

El escocés sonrió al fin. Conocía a Roy desde la niñez. Le había salvado la vida cuando sufrió un accidente, pero había huido, había denostado al clan, y eso no podía olvidarlo.

—Te han roto un jarrón, ¿te lo merecías? —le preguntó.

Roy no aceptó la burla.

—Trataba de llegar hasta el carruaje, pero no lo vi alrededor.

El escocés alzó las cejas.

—Nosotros nos hicimos cargo del carruaje.

Roy soltó un suspiro largo.

—Tengo que hablar con Charles...

Ahora lo miró con cautela.

—¿Sobre el clan? —le preguntó.

Roy lo tenía todo perdido.

—Me vine a este lugar escondido de Gran Bretaña para que no pudierais encontrarme, pero lo hicisteis.

—No ha sido fácil de encontrar, pero Charles es muy persistente, y nosotros muy hábiles siguiendo tu rastro —le informó.

—El pasado siempre termina por alcanzarnos —susurró al mismo tiempo que se masajeaba el cuello.

—La inglesa, ¿es tu mujer? —le preguntó a Roy.

Roy no le respondió.

—He aceptado que no voy a esconderme nunca más.

El escocés parpadeó incrédulo.

—Pero eso significa... eso quiere decir que... —no pudo continuar.

—Que está todo bajo control. Que he aceptado mi destino.

—¿Cuándo regresamos? —le preguntó.

—En el momento que resuelva un asunto pendiente aquí.

—Ese asunto pendiente, ¿es quién te ha estrellado el jarrón en la cabeza? ¿La inglesa de cabellos de fuego?

Roy maldijo la perspicacia de quien en el pasado fue su mejor amigo.

—¡Le hice una promesa!

Exclamó Roy, y el escocés silbó para resaltar las palabras a continuación.

—Admito que estoy más que sorprendido porque te fuiste precisamente por otra mujer.

Roy se reincorporó, y sufrió un leve mareo, pero ese ligero malestar no pudo impedir una sonrisa ante la imagen que le traía su amigo del pasado. ¿Sorprendido? Y no conocía ni la mitad pues se había enamorado de Candy.

—¿Por qué no podéis aceptar que no deseaba regresar? —le preguntó.

—Porque Gerard ha muerto —le informó—. Y ya sabes lo que eso significa.

Sí, lo sabía.

—Tengo que desempeñar un cargo que no deseo.

El escocés pensó que Roy hablaba con demasiada ligereza sobre unas costumbres ancestrales.

—Eres el laird, y no puedes desentenderte.

Ahora soltó un suspiro largo.

—Está bien, llévame ante Charles.

—¿Aceptarás el destino de las mujeres?

Roy le había explicado que él tenía que resolver el asunto antes de regresar a Lochmaddy.

—Todo quedará aclarado muy pronto.

—Cuando regresemos quiero llevarme a la pelirroja, disparó mi adrenalina hasta cotas insospechadas.

Roy lo miró con un brillo peligroso en los ojos.

—Hazlo, y serás hombre muerto —le dijo.

El escocés optó por soltar una carcajada.

—Entonces, es tu mujer, ¿no es cierto?

Roy ya no contestó.

—¿Sabes dónde ha llevado Charles el carruaje de las inglesas?

—A una cabaña en la linde del bosque —le respondió.

Roy alzó una ceja.

—¿La que está al lado del río? —el escocés asintió con la cabeza.

Roy conocía que la cabaña estaba deshabitada porque pertenecía a un leñador que se había marchado hacia tiempo.

—Es el mejor lugar al estar deshabitado.

—Estamos perdiendo un tiempo valioso —respondió Roy—. Vamos.

Los dos hombres salieron de la casa con una mirada determinante en el rostro.

Aline seguía sonriendo como una lela, el láudano que se había tomado la había dejado sin fuerzas y adormilada. Melany echaba chispas por los ojos, y Candy se había envuelto en un mutismo preocupante.

Ahora estaban presas en una cabaña en el bosque, y lejos de todo. El jefe de los barbaros seguía mirándola con ojos bañados en la más pura cólera, pero ella le devolvía la mirada con

insolencia. Melany le sostuvo la mirada con cautela.

El viaje se había convertido en desastre. Cuando la puerta de la cabaña se abrió, las tres volvieron la cabeza al unísono, Aline seguía con una sonrisa estúpida en la cara y drogada gracias al láudano. Candy taladró con sus ojos a Roy que se masajeara el lado de la cabeza donde Melany le había golpeado con el jarrón.

—Me alegro de que os encontréis bien —dijo Roy con ese acento escocés que tanto las había seducido al principio.

—¡Bastardo! —exclamó Candy.

Roy intuyó que el insulto iba dirigido al escocés que lo acompañaba.

—¡Ya me he cansado de tu niñerías! —expresó Charles con acritud.

Se tocaba la barba impaciente y con actitud hosca.

—Vengo a revelaros lo que he decidido —le dijo Roy.

Melany y Candy miraron a los hombres del norte con fuego en los ojos.

—Tu tiempo te has tomado —le respondió el otro.

—Mi decisión era firme —le dijo Roy al mismo tiempo que miraba a Candy.

—¿Esa mujer tiene algo que ver en tu decisión? —le preguntó Charles.

—Eso no nos incumbe —soltó el amigo escocés tratando de ayudar a Roy, pero sin esperarse la llamarada de odio que asomó a los ojos de Charles.

Estaba claro que odiaba todo lo que tenía que ver con los ingleses, incluidas esas tres metomentodo.

—Al retenerlas contra su voluntad has creado un verdadero problema —le explico Roy—. Y no voy a permitirte lo que has decidido con respecto a ellas.

Charles bufó con enfado.

—Me importa una mierda tu opinión —soltó de golpe—, salvo que regreses con nosotros de inmediato. Llevamos demasiado tiempo fuera de Lochmaddy.

—El padre de Candy es juez —reveló Melany señalando a Candy con la mano—. Y el secuestro en Inglaterra se castiga con la horca.

La exclamación de Candy fue perfectamente audible para todos. ¿Por qué revelaba nada?

—Si les cortamos el cuello ya no podrán hablar...

Aludió uno de los escoceses llamado Spencer.

—No vais a hacer nada —ordenó Roy—. Tengo que hablar con ella.

De repente los hombres del norte comenzaron a hablar en una lengua ininteligible.

—¡Basta! —tronó Roy mirando fijamente a cada uno de los hombres reunidos en el salón de la cabaña.

El resto de hombres enmudecieron de pronto.

—¿Tendrás problemas? —preguntó el amigo de la infancia.

Roy hizo un gesto negativo con la cabeza. Melany decidió que ya no quería seguir callada.

—¿Pensáis que podréis salir de Inglaterra? —preguntó dolida.

Charles entrecerró los ojos de forma suspicaz.

—¡Juro que no descansaré hasta veros en la horca! —señaló con su cabeza al jefe de los extranjeros.

Los ojos de Charles volvió a ella y la taladraron de arriba abajo sin un asomo de vergüenza. Deslizó los ojos por el busto femenino y por la falda de vuelo que se arremolinaba entre sus esbeltas piernas. Avanzó dos pasos hacia ella en actitud amenazante.

—¡Ni te acerques! —la voz le temblaba, pero sus ojos no expresaba miedo.

Las palabras de Melany lo detuvieron un segundo, miró a Roy con una indicación en los ojos

porque él estaba decidido a tomar las medidas necesarias, pero Roy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Está decidido —le dijo Charles.

Roy negó con la cabeza.

—No pienso permitirte —respondió.

—Nuestro viaje ha sido más fructífero de lo que creímos en un principio, ¿verdad Spencer? ¿Verdad Neeson? Y hará que nuestro regreso sea más satisfactorio.

Los dos hombres asintieron al unísono.

—Déjalo estar, Charles —le ordenó Roy.

Melany fue consciente de que sus amigas no estaban en posición de ayudarla, y tensó los hombros cuando vio el avance del bárbaro hacia ella.

—Si me pones una mano encima...

—¡Qué! —la provocó el escocés.

—¡Por mi vida que te arrancaré la lengua de un mordisco! Y no es una advertencia.

Trató de intimidarlo.

Charles alzó una ceja con incredulidad. La cicatriz se le había tensado sobre la mejilla por el esfuerzo

—Nadie amenaza a McGuy sin recibir su merecido.

—¡Charles, no! —le advirtió Roy.

Pero hablar con su tío cuando estaba furioso era del todo imposible. Él, era perfectamente capaz de controlar la situación: hablaría con Candy, le explicaría todo, y cada uno se marcharía en paz.

—¿Qué más escondes bajo tus faldas inglesas además de esa afilada lengua? —le preguntó el escocés.

Melany tragó saliva pues veía las intenciones masculinas de forma clara, aún así le sostuvo la mirada terca.

—¿Deseas averiguarlo? Porque te juro que no saldrás ileso —lo amenazó, pero no fue lo bastante rápida para huir.

Charles la sujetó por los hombros y le inmovilizó los brazos detrás de la espalda. Con la mano que tenía libre comenzó a hurgar entre las piernas femeninas. Melany ni se lo pensó, la entrepierna de él estaba lo suficientemente cerca como para golpearla con su rodilla, la alzó y tomó impulso, y, con un solo movimiento, alcanzó el objetivo. Cuando Charles comenzó a jadear por el golpe inesperado, Melany le dio un cabezazo con la parte trasera de la cabeza que le hizo sangrar la nariz.

Roy avanzó un paso para detener a su tío, pero tres de los hombres que acompañaban a Charles se lo impidieron.

—Dejadme pasar —les ordenó, pero no lo obedecieron.

Candy comenzó a correr hacia Melany pero unos brazos fuertes como el hierro la detuvieron, y no consiguió alcanzarla. Afortunadamente, Aline seguía adormecida por el láudano y no se enteraba de nada.

Charles consiguió arrastrar a Melany hacia uno de los dormitorios completamente furibundo. Ido de cólera y tragándose la sangre que bajaba por su boca por el golpe recibido.

—¡Zorra! Yo te enseñaré modales —le informó.

Melany sabía que gritar no iba a ayudarla en absoluto, así que pasó a la acción tan rápido como le permitieron sus piernas, pero Charles era demasiado grande y estaba entrenado para eventualidades. Cuando ella trató de darse la vuelta para golpearle de nuevo en la entrepierna con

su rodilla, el la tiró sin miramientos sobre la cama.

—Así que te gusta la sangre. Pues te vas a hartar de ella —le dijo al mismo tiempo que la arrastraba fuera de la sala.

—¡Oh Dios mío! ¡Va a asesinarla! —Candy miraba a Roy con despecho.

Por primera vez en su vida, Roy sintió una cólera profunda hacia sus propios hombres que ahora obedecían a su tío.

—Apartaos —insistió Roy, pero los escoceses no se movieron ni un milímetro, ante su impotencia de que le obedecieran, trató de tranquilizar a Candy.

—No es lo que imaginas. Todo se aclarará —le dijo Roy, pero sus palabras no lograron tranquilizarla.

—¡Ayúdala por favor! —exclamó con un hilo de voz—. Tienes la obligación de protegernos.

Candy suplicaba e intentaba soltarte a la vez de la sujeción que ejercía uno de los escoceses sobre ella.

—No vais a sufrir daño alguno, tienes mi palabra —respondió Roy controlando el tono porque estaba furibundo.

El tiempo que había pasado en Inglaterra le había restado autoridad sobre sus hombres que ahora obedecían a su tío.

—Charles no le hará daño.

Candy no podía creerlo porque escuchaba perfectamente los gemidos de Melany en la alcoba.

—Eres despreciable, todo esto es culpa tuya — las palabras de Candy sonaron amargas.

Cuando los brazos del escocés la soltaron, terminó por sentarse en uno de los sillones de la estancia.

—Reconozco que voy a tener que darte muchas explicaciones, pero te aseguro que no corréis peligro.

Candy no podía creerlo. Miró a Roy que no podía hacer nada por ayudar a Melany porque esos bárbaros se lo impedían.

—¿Quién eres? —le pregunto Candy de pronto—. ¿Qué haces en Inglaterra?

Roy la miró largamente, después desvió los ojos hacia los hombres que le impedían ir en ayuda de la inglesa.

—Cuando regrese a Lochmaddy ordenaré que os ejecuten a los tres.

Candy escuchó perfectamente la amenaza hacia los hombres, y se preocupó de veras. Estaba claro que en el pasado Roy había tenido autoridad sobre ellos, pero actualmente no, y se preguntó el motivo.

Roy se giró hacia ella, y se plantó frente a la figura sentada.

—Soy el laird de Lochmaddy, y estos hombres me deben obediencia.

—Dejaste de ser nuestro laird cuando nos abandonaste —le recordó uno de los hombres.

—Tuve un motivo poderoso para irme —respondió pero mirándola a ella.

Candy se sentía bastante desconcertada.

—No te fuiste, huiste —le recordó otro en gaélico.

Y desde ese momento, el resto de la conversación transcurrió en esa lengua que le resultaba tan extraña. Ahora, viendo la forma dura en la que Roy se dirigía a los hombres, no le cupo la menor duda que en el pasado fue alguien importante. Ella se preguntó si la palabra laird equivaldría a la de un gran señor. Pero si Roy era un gran señor del norte, entonces, ¿por qué había huido? ¿Qué hacía en ese lugar de Inglaterra?

—Nosotras no sabemos nada de lo que ocurre o lo que va a suceder, por favor, permitid que nos vayamos —rogó ella.

Roy continuó mirando a los hombres.

—Calla, mujer —le ordenó el hombre más joven.

—¿Por qué nos mantenéis retenidas aquí? —la pregunta quedó suelta en el aire.

Candy clavó sus ojos en el hombre silencioso que seguía sentado y mirándola de forma intensa. La ponía sumamente nerviosa.

Roy decidió sincerarse.

—Un guerrero de otro clan retó a mi padre —comenzó—. En pugna estaba la protección y el futuro del clan.

Candy trataba de asimilar las palabras de Roy. Si su padre era el señor del clan, nadie tenía autoridad para retarlo, ¿o sí?

—No te olvides de Maureen —le recordó uno de los hombres.

Candy apreció cómo se endurecía la mirada de Roy, y la forma en que apretó los labios en un gesto de ira.

—¿Maureen? —se atrevió a preguntar en voz baja.

Roy se giró hacia ella.

—La mujer que iba a ser mi esposa —confesó a continuación.

Candy no sabía qué pensar tras esa revelación.

—El guerrero que retó a mi padre, era su amante —Candy parpadeó sumamente sorprendida—, y sólo matando a mi padre, podría conseguir casarse con ella porque mi padre como laird, no pensaba permitirlo.

—¡Pero era tu prometida! —exclamó asombrada.

—Pero lo amaba a él... —confesó—. Amaba a Alisdair.

De pronto, Candy vio la semejanza entre lo sucedido a Roy en el pasado, y lo sucedido a ella con su prometido. Ambos habían sido engañados de la forma más cruel.

—¿Alisdair mató a tu padre?

Roy hizo un gesto afirmativo.

—Y yo tuve que huir con mi hermano pequeño para salvarlo.

La mirada de Candy se puso traslúcida.

—¿Corríais peligro? —preguntó cada vez más interesada.

Roy lanzó un suspiro largo.

—No quise someterme al juicio del consejo de ancianos cuando le arrebaté la vida a Alisdair.

Candy se llevó la mano a la boca para contener un grito. ¿Roy había asesinado en venganza?

—Pero Gerard ha muerto —apuntó uno de los escoceses.

Gerard era el anciano supremo del clan. El que había propiciado su huida y su destierro de Escocia.

—En Inglaterra te hubiesen ahorcado —susurró Candy.

—Defendí el asesinato de mi padre —se justificó Roy—. Defendí el derecho de ser el laird del clan, pero Maureen no aceptó mi victoria, y conspiró con Gerard para lograr su propósito.

—Maureen era la hija de Gerard —explicó uno de los escoceses.

La boca de Candy se había abierto estupefacta. Todo tomaba unas proporciones sorprendidas.

—¡Qué hija de puta! —exclamó Aline de pronto.

Uno de los escoceses, Roy, y Candy, la miraron atónitos.

—Esa zorra se merece la muerte cuanto menos —declaró ella.

El hombre silencioso respondió al fin.

—Pero esa decisión correspondía al consejo. Nuestro laird no tenía que impartir su propia justicia.

Candy no sabía con qué calentarse las manos porque se le habían quedado frías.

—Alisdair se merecía la muerte —respondió el escocés de aspecto más suave.

Roy le sonrió.

—Me cegó la ira, el dolor, y por eso entendí que no merecía ser vuestro laird. No, después de mis actos.

Uno de los escoceses decidió continuar con la historia.

—Gerard se autoproclamó laird de Lochmaddy.

—Y yo me convertí en un proscrito.

Candy se hacía muchas preguntas. ¿Por qué motivo Roy no había sido sincero con ella? Porque ella tampoco se había sincerado con él sobre su desengaño y pérdida de autoestima.

—¿Y qué sucederá ahora si regresas?

Preguntó con bastante interés.

—Tendré que someterme al consejo —confesó seco.

Candy no sabía cómo tomarse esas palabras.

—Pero si el anciano a muerto, el dictamen del resto de ancianos puede ser muy diferente al de entonces.

Candy dijo las palabras mirando a Roy que se asombró de la capacidad de ella de entenderlo.

—Sí —respondió algo cansado—. El dictamen puede ser diferente, pero, no, los sentimientos de Maureen, ni los míos. —La franca respuesta la dejó más sorprendida aún.

—¿Y nosotras? ¿Qué final nos espera en esta historia? —preguntó sumamente interesada.

—Tengo que convencer a Charles de que os deje marchar —aclaró Roy.

—¿Qué nos deje marchar? —insistió Candy—. ¿Somos sus cautivas?

Uno de los escoceses, el más joven, y el que parecía menos huraño, tomó la palabra.

—No sois nuestras cautivas, sí nuestras protegidas.

¡Madre de Dios! ¡No entendía nada! Se dijo Candy.

—Habéis secuestrado a tres damas inglesas —apuntó de pronto Aline que ya no tenía en los ojos ese brillo opaco—. Sí, que tenéis un problema.

Spencer, que así se llamaba el más joven, medio sonrió sin humor.

—Entonces, sólo os queda una opción, ¿verdad?

Candy no podía articular palabra al escucharlo. Indudablemente le estaba gastando una broma a Aline. ¿A qué opción se refería?

—En Lochmaddy podéis resultar útiles como sirvientas —apuntó otro.

—¡Basta Neeson! —exclamó Roy—. No es necesario asustarlas.

—Siéntate, pequeña —le sugirió Roy, pero Candy se mantuvo tercamente en pie.

—¡Siéntate de una vez! —esta vez no esperó a que ella obedeciera.

De un empujón suave, terminó por sentarla contra su voluntad, Candy estaba roja de ira, pero le habló con una súplica.

—No me hagas daño —Roy la miró azorado.

—¿Piensas que te lo haría?

—¿Qué sucede con Melany? —volvió a insistir.

Tanto Roy como Neeson tomaron respectivos asientos frente a la ventana.

—Charles no va a causarle daño, ¿acaso oyes gritos o indicios de pelea? —apuntó Spencer.

El cuarto estaba silencioso, no se escuchaba ningún ruido, y Candy no supo a qué atenerse. Se mantuvo en silencio durante un buen rato hasta que escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Se irguió con rapidez, Melany salía detrás de Charles tan mansa como un corderito.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó con verdadero interés.

CAPÍTULO 15

Melany negó con la cabeza pero siguió en silencio. Tenía las mejillas encendidas. Charles dejó sobre la mesa una cinta azul que llevaba enrollada a la muñeca. Por su aspecto era una cinta vieja. Candy no sabía si reír o maldecir ante la cara de congoja de Melany.

—¿Qué has hecho Charles?

La pregunta de Roy no admitía evasión.

—Asegurarme de su lealtad —respondió seco.

Roy cerró los ojos ante lo que significaba esa explicación.

—¿La has obligado? —quiso saber.

Charles alzó la barbilla altivo.

—¡Por supuesto! Pero solo al principio.

Melany seguía callada mientras un rubor intenso la cubría por completo. Candy caminó hacia ella creyendo que necesitaba consuelo. Estaba claro en qué había consistido esa obligación.

—La inglesita ha cooperado de forma voluntaria, ¿verdad palomita?

Candy la vio sentarse tan herida en su orgullo que optó por guardar silencio.

—¿Sin testigos? —la pregunta de Neeson hizo que el resto de hombres lo miraran con intensidad.

—Está presente el laird, y vosotros —respondió Charles señalando a Spencer y Neeson.

Candy no podía llegar a imaginar como había logrado la cooperación de Melany.

—¿Te ha amenazado? —le preguntó en voz baja.

Melany negó con la cabeza sin pronunciar palabra.

—¿Te ha golpeado? —nuevamente volvió a negar.

Candy no le quitaba ojo. Era inusual el silencio premeditado de ella.

—Me ha obligado a casarme —respondió después de un momento.

—¿Qué dices! —exclamó Candy—. ¿Te ha obligado? ¿Cómo es posible?

—Pronunciando los votos —afirmó Spencer.

Candy miraba a Melany con sorpresa, y después a Charles.

—¿Qué votos? —insistió.

—Los de obediencia y fidelidad —respondió Charles.

Roy cerró los ojos durante unos segundos. Sabía perfectamente qué significaba el lazo que se había desatado Charles de su mano derecha.

—¡No puedes haberte casado! —exclamó atónita—. ¡No es legal!

—En Escocia lo es —aclaró Neeson.

—¡Válgame Dios! —apuntó Aline de pronto, como si volviera de su confusión mental—. Pero no estamos en Escocia.

Dos de los tres escoceses estallaron en carcajadas.

—¿Os estáis riendo de nosotras?

—No —afirmó Roy—. Si tu amiga ha ofrecido los votos, está legalmente casada.

Candy no podía pensar, pues todo le parecía un disparate.

—¿Qué piensas, Melany? —le preguntó muy preocupada.

—Que ya no hay remedio —contestó la otra.

Candy había dejado de respirar tras escuchar la confesión de su amiga porque eso quería decir... quería decir...

Miró a Charles que tenía una mirada ufana y sexualmente satisfecha. Ahora comprendía muchas

cosas. Miró con aprensión hacia Roy que había perdido el color de la cara.

—¿Habéis consumado? —le preguntó a Charles.

Candy miraba a Melany con un profundo dolor en sus pupilas. No podía creerse que hubiera consentido en ese chantaje.

—¿Cómo piensas decirle a tu padre que...? —se sentía incapaz de terminar la frase.

Según esos hombre del norte, su querida amiga había pronunciado unos votos con los que se unía en matrimonio a ese bárbaro.

Para sorpresa de todos, se levantó de la silla y dirigió sus pasos hacia Roy que no se esperó la rapidez con que lo atacó.

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Miserable!

Candy estaba tan furiosa que no medía las acciones. Se sentía incapaz de comprender por qué extraña razón Melany había adoptado la postura servil de ese momento.

—Puedo arreglarlo, Candy —trató de defenderse.

—¿Os parece ético aprovecharos de nuestra ignorancia?

—Es su forma de protegerla —le informó Roy.

—¿Protegerla? —apenas le salía la voz.

—Ya no hay remedio, Candy —la interrumpió Melany.

Candy pensó que su amiga era estúpida de remate. ¿Esperaba que esas palabras la apaciguaran? ¿Acaso no veía que se sentía terriblemente mortificada? Ese bárbaro del norte la había obligado en todo sentido, y Roy se había mantenido impasible. Lo despreciaba.

—Eso hace su acción aún más censurable —le recriminó enfurecida.

Melany deseaba abrazarla para que se borrara la expresión de dolor en sus ojos. Charles no la había forzado porque no había hecho falta que lo hiciera. Se había sentido tan aterrada que le dejó hacer, y cuando todo culminó, él le ofreció la única salida: matrimonio.

—Elegí la opción menos humillante —le explicó Melany en un tono firme.

Candy quería contener el llanto, pero no pudo evitar que una lágrima se le deslizara por la mejilla enrojecida por la vergüenza.

—¿Qué has hecho? —logró preguntarle.

—Elegir —contestó la amiga sincera—. A vosotras os tocará elegir también...

¿Algo tenía sentido? Se preguntó Candy. Los hombres se mantuvieron en un silencio sospechoso que servía para aumentar la sensación de angustia que la invadía.

—¿Qué tengo que elegir? —preguntó de pronto Aline.

Las dos volvieron la cabeza hacia ella que estaba, anormalmente, serena.

—La opción menos mala —aclaró Melany.

—¿Qué opción es esa? —preguntó sin esperar que le respondieran.

El silencio que siguió a las palabras de ella resultó muy significativo.

—Yo os lo diré —apuntó Neeson—. Matrimonio o servidumbre.

Tanto Melany como Candy volvieron sus ojos hacia Roy con un interrogante. El hombre bajó la mirada durante un par de segundos.

—Si el matrimonio ha sido consumado, no es posible una anulación.

—Están buscando esposas inglesas, ¿verdad? —preguntó de pronto Aline—. Y todo eso no es más que una distracción para que accedamos.

¿Hacia dónde pretendía llegar su amiga? Se preguntó Candy. ¿Cuándo había dejado de estar bajo el efecto soporífero del láudano?

—¿Qué quieres decir Aline? —la voz de Melany sonó repentinamente hosca.

—Conozco las incursiones que hacen los bárbaros del norte en Inglaterra. Saquean, roban,

secuestran... —Candy seguía en una sorpresa constante. Aline continuó—. Todo esto no es más que una pantomima para raptarnos y llevarnos a sus tierras —calló un momento para tomar un soplo de aire—, somos un jugoso botín, ¿me equivoco?

El silencio era mortal, frío. Candy miró a Roy con una pregunta en los ojos verdes.

—¿Es cierto? ¿Pensáis raptarnos? —le increpó Candy, pero Aline negó con la cabeza.

—No creo que Roy sea culpable del todo pues desconocía todo sobre nosotras —comenzó a decir.

Melany la interrumpió.

—Ese bárbaro —Melany señaló con un dedo a Charles que la miraba intensamente—, dice que ya no está en nuestra voluntad quedarnos en Inglaterra. Van a llevarnos a Escocia, aunque podemos escoger la forma en la que podemos ir —esa posibilidad la estremecía.

—No —respondió Candy—, tenemos padres que se preocupan por nosotras, amigos que nos esperan. Yo no pienso marcharse a Escocia.

—Pero es que no tenéis opción —remató Neeson.

Todo estaba adquiriendo unas proporciones gigantescas.

—Mi padre es juez —continuó ella—, además de un padre que ama a su hija, y no permitirá mi secuestro.

—No será un secuestro —argumentó Spencer—, porque estaréis casadas.

Roy seguía en silencio.

—¿Por un rito pagano? —Candy se refería al acto del lazo anudado, y a los votos pronunciados en voz alta.

—Cuando regresemos —anunció Charles—, haremos un alto en Gretna Green, donde se oficiaran los matrimonios de forma religiosa.

Candy seguía tan perpleja como precavida escuchando toda esa información que las involucraba a las tres.

—Sólo los bárbaros pueden idear algo así —concluyó.

Roy la miró breve.

—Me temo que hablan en serio.

Los ojos de Candy se abrieron de par en par.

—¡Eres su señor! —exclamó de pronto—. Te deben obediencia. Si tú se lo ordenas, nuestro rapto no será necesario.

Ahora fue Charles el que la miró con cierta indulgencia.

—Tienes razón, mujer, en que hacemos incursiones y raptamos mujeres de Inglaterra, pero ello es debido a que en las tierras del norte no hay muchas doncellas casaderas —le dijo con la voz seca.

—Pero no estáis aquí por nosotras —le recordó—, sino para llevar de regreso a vuestro laird.

Aline decidió hablar por cuenta propia.

—¿De verdad pensáis que nuestras familias se conformarán? ¿Qué mi padre aceptará a cualquiera de vosotros?

Spencer dio un paso al frente.

—Yo me encargaré de convencerlo cuando nuestra consumación sea un hecho.

Spencer había decidido que Aline sería para él.

Aline soltó una carcajada llena de humor.

—Puedes elegir venir a mi hogar como mi esposa o como mi sirvienta, te doy a escoger.

La risa se le borró al instante.

—Ni lo uno ni lo otro —espetó Aline con voz ausente de prudencia.

—Como mi amante entonces.

Neeson estaba disfrutando de lo lindo mientras veía a las tres mujeres discutir con Charles y Spencer sobre el destino inevitable de ellas. Regresar con esposas había sido el segundo motivo de viajar a Inglaterra. Algunos hombres del clan solían raptar a mujeres en la frontera, pero ellos habían tenido un golpe de suerte porque no solo habían dado con su laird, sino que se habían cruzado con tres hermosas muchachas solas, indefensas, y solteras.

—¿Cómo tu amante? —chillo Aline.

Candy abrió los ojos con horror absoluto al imaginar las pretensiones de ellos. Y el silencio de Roy le provocó una sacudida en el corazón.

Candy no pudo contenerse. Se plantó en medio de la sala con cara que anunciaba tormenta.

—¡Basta! No soporto tanta estupidez, ¿acaso no os dais cuenta de lo absurdo que suenan vuestras pretensiones?

Charles y Roy seguían en un mutismo brutal.

—Mi esposa o mi amante —terminó por ofrecer Spencer.

Aline asintió y Candy perdió el color de la cara. Creyó que su amiga se había vuelto completamente loca, ¿en qué demonios estaría pensando para aceptar algo así?

—Si tengo que aceptar un esposo indeseado, entonces deseo que sea el laird McGuy —dijo Aline.

Roy supo que todo se había ido de mano, y lamentó que la muchacha no se diera cuenta de lo serio que era todo el asunto para los escoceses.

—Os toca elegir marido o amante —le recordó Melany que tenía un brillo extraño en los ojos.

—¡Estás completamente loca! —la voz de Candy sonó como un graznido.

—No pienso ser sirvienta de nadie —afirmó Aline—. Y juro que haré de su vida un infierno si tengo que desposarse contra mi voluntad.

El resoplido de Charles le arrancó un suspiro a Roy porque no tenía autoridad sobre ellos para obligarlos a deponer su actitud. Era el laird, pero sus hombres habían decidido, y él no podía oponerse, al menos hasta que el consejo hablara y decidiera si seguía siendo el laird de Lochmaddy.

—Quiero elegir al hombre con el que me desposaré —continuó Aline, y con la cabeza señaló a Roy, que tenía en el rostro una expresión demasiado seria.

Candy creía entender que algo extraño ocurría. Aline estaba irreconocible, e intuyó que el láudano le había perjudicado más de lo que todos suponían.

—Por favor Aline, no sigas, no soporto todo esto.

Aline pestañeó algo confundida.

—¿Pero es que no te das cuenta que no tenemos más opción que someternos a sus voluntades?

—¿Voluntades? —repitió como una autómatas.

—No te hagas la tonta —replicó Aline—. Melany ya ha escogido, y yo no pienso abandonarla en esas tierras del norte porque me necesitará.

—Roy lo arreglará —aseguró con rostro angustioso.

Pero Aline siguió.

—Míralo lo callado que está —continuó seca—. ¿Piensas que puedes obtener su ayuda? Al elegirlo te estoy librando de él.

—¡Aline! —exclamó Candy mortificada.

Candy optó por sentarse antes de clavar sus ojos en él. Pensó que Roy no se prestaría a ello, era el médico del pueblo...

El silencio que resultó a continuación fue muy significativo.

La respiración dificultosa de Candy terminó en un jadeo incontrolado. Sentía una asfixia, una dificultad en la respiración que la apretaba con una congoja insegura. No podía despegar la vista de la cara de Aline, la miraba con inusual extrañeza ante el rumbo que había tomado la situación para ellas. Paseó la vista de forma concienzuda por todos y cada uno de los escoceses, hasta que la mirada se detuvo en Roy. Ella se sentía atraída poderosamente hacia él, y si las palabras de Candy eran ciertas, no tenía opción. Roy la miraba con fascinación extrema al ver la duda en el rostro femenino. Ahora no le cabía la menor duda de que Candy estaba evaluando todo el asunto de forma muy seria.

Al fin se creía que no tenía más opción.

—Al menos no seremos solteras —dijo de pronto Melany que había sufrido una metamorfosis desde que había estado a solas en la habitación con el escocés.

Y de pronto, la mirada verde de Candy se clavó en Neeson. Era un hombre alto, fuerte, y estaría cerca de la treintena. Parecía capaz de complacer a una mujer y de protegerla. Candy se dijo que estaba loca por considerar siquiera la posibilidad de casarse con un completo extraño, pero le habían dejado muy claro que no tenía otra opción.

Roy fue plenamente consciente de todo lo que pasaba por la cabeza de Candy, y lanzó una blasfemia. Candy y Aline volvieron sus cabezas hacia él al escucharlo.

—¡Tú, no puedes elegir! —le espetó Roy clavando su mirada azul en la de ella.

Candy entrecerró los ojos ante la exclamación, y Neeson cruzó los brazos al pecho ante el inminente desenlace de todo. Había visto la mirada de la pelirroja, pero era la que el laird había escogido.

—Entonces, ¿podemos elegir a nuestro verdugo? — insistió Candy.

—Yo no tengo objeción —aclaró Neeson para calentar todavía más el ambiente.

Roy fulminó con sus ojos el rostro del escocés.

—¡La del opio es mía! —declaró Spencer a viva voz.

Aline tensó la espalda ante el descalificativo hacia su persona, y Spencer le ofreció una mirada ardiente.

—Necesitarás algo más de apostura para que yo acceda a copular contigo —le dijo llena de ponzoña.

Spencer se acercó peligrosamente a ella que no retrocedió un paso ni por prudencia.

—Va siendo hora de que te ganes el derecho a llevar mi nombre, inglesa —le informó petulante.

Aline hinchó tanto el pecho que los botones de la blusa amenazaron con reventar.

—¡Candy! ¡Elige de una vez y acaba con todo esto!

Melany había elevado la voz porque Candy seguía en un mutismo sospechoso.

—Bueno, si tengo que elegir, me conformaré con McGuy.

La elección desganada no le hizo ni pizca de gracia al laird que la miró con una promesa de venganza en sus ojos azules.

—Ahora solo quedas tú palomita —apuntó Spencer con chanza.

Pero Aline no se amilanó ante el tono de burla del bárbaro que mostraba una sonrisa cínica mientras esperaba.

—Bueno, me conformaré con vosotros dos —Aline incluyó en el lote a Spencer y a Neeson.

Spencer chasqueó la lengua mientras negaba de forma contundente con la cabeza.

—Soy un hombre tradicional y no me gustan los tríos, así que esa opción queda completamente descartada.

Aline balanceó el pie con despreocupación mientras lo escuchaba. Toda la situación era de

locos, pero ella, que era la más prudente de todas, había entendido cuál era la situación. No serían las primeras mujeres en ser raptadas por bárbaros del norte, ni serían las últimas. En sus manos estaban hacer le mejor elección.

—Tenemos que regresar ya —apuntó Charles—. Mi consejo es que no desperdiciéis el tiempo con discusiones absurdas.

—Hablaré primero con la señorita Townsend, después emprenderemos el viaje.

—Yo no pienso hablar sobre nada.

—Tenemos que hablar —insistió Roy.

Candy dirigió sus ojos hacia él y tensó los hombros por la ironía que encontró en sus palabras.

—¿Ahora deseas hablar? —preguntó con burla.

Tanto Aline como Melany cerraron los ojos atónitas por que Candy se negaba a aceptar la realidad: que no podían escoger. Y por eso sufrieron ambas un sobresalto cuando se dieron cuenta de que los ojos de Candy estaban clavados en ellas. Melany carraspeó.

—Acéptalo de una vez que... —no terminó la frase, pensó que no hacía falta.

—¡Calla, por Dios! —exclamó Candy.

Melany no se esperaba ese estallido violento.

—Ven conmigo, hablaremos en privado —intervino Roy.

Candy siguió clavada al suelo, y sin apartar la mirada del laird.

CAPÍTULO 16

Roy conducía, a una renuente Candy, hacia una de las alcobas mientras la escuchaba protestar.

—No tenemos nada que hablar, no pienso convertirme en tu amante, ni en tu sirvienta, ni en tu esposa...

—Quiero hablarte en privado.

—Huiré del lugar al que me lleves...

—No voy a obligarte a hacer nada que no desees.

La aclaración no estaba exenta de dureza.

—¿Y entonces?

—¡Ha llegado el momento! —exclamó Roy.

—¿Qué momento? —preguntó envarada.

—Ha llegado el momento de cumplir la promesa que te hice.

Ella recordaba muy bien qué promesa era esa.

Roy se paró justo cuando cruzaron el umbral de la estancia y cerró la puerta de forma brusca. El ruido sordo la acobardó.

—Quería acostarme contigo porque estaba despechada.

—Lo sé —respondió Roy.

Ella se sorprendió.

—Pero aquel interés pasó.

—No, no ha pasado, y te lo demostraré.

Candy abrió la boca y la cerró aún más ofendida. Él recordaba perfectamente sus respuesta en el carruaje cuando le hizo el amor con su boca y sus caricias, y la había dejado hambrienta por más.

Roy se plantó frente a ella con las manos en las caderas y la mirada brillante, y entonces pasó a explicarle que no podía ordenarles nada a sus hombres porque había perdido el respeto de ellos años atrás. Por ese motivo no podía impedir que se llevaran a sus amigas a Escocia. Candy entrecerró los ojos mientras lo escuchaba. Roy siguió diciéndole que Aline y Melany sería tratadas con respeto, que serían valoradas, pero ella seguía enfadándose cada vez más.

—¿Estás tratando de convencerme? —se justificó.

Roy alzó una ceja perplejo al oírla.

—Te hice una promesa y voy a cumplirla.

—¿Vas a obligarme como Charles ha obligado a Melany?

Roy cerró los ojos. Le dolía que lo acusara porque Charles no había obligado a Melany a nada. Estaba claro que la mujer había disfrutado de sus atenciones, y había aceptado su propuesta.

—Voy a enseñarte una diferencia notoria.

—No hace falta que me enseñes nada —respondió seria.

Roy detuvo su mano en el botón de sus pantalones para mirarla.

—Voy a darte a escoger —fue su escueto comentario.

—Esto no funcionará —dijo ella con la voz áspera de incertidumbre.

Roy avanzó un paso hacia ella que retrocedió dos quedando más cerca de la cama.

—¿Acaso no te gustó lo que te provoqué en el carruaje? —le recordó insolente.

El recuerdo la fulminó y la llenó a la vez de profunda vergüenza.

—Esa ha sido una pregunta injusta, y sabes que no me la merezco —le reprochó con cierta acritud.

Roy seguía avanzando, pero de forma tan lenta que parecía que los separaba una milla y no unos pasos.

—Pienso cumplir mi promesa y darte la oportunidad de que elijas venir conmigo como mi esposa —le dijo ufano.

—¡No deseo casarme contigo! —exclamó de inmediato.

Roy negaba con la cabeza una y otra vez.

—Cuando te haya llenado con carne, comprobarás lo equivocado de tus palabras.

—No deseo que me hagas el amor —volvió a repetirle.

Ahora Roy asentía con la cabeza con premeditación. Candy ya no podía retroceder más, sus pantorrillas habían dado con el colchón.

—Voy a hacerte algo más que el amor: voy a lograr que no desees otra cosa que mis besos, mis caricias...

—Todos ahí fuera sabrán lo que estamos haciendo —las palabras femeninas, ofrecidas en un susurro, ampliaron la sonrisa de Roy.

—Eso me trae sin cuidado —le respondió él.

Candy lo miraba sin comprender.

—Vas a llevar mi marca el resto de tu vida, pero aceptaré lo que decidas después de lo que vamos a compartir —sentenció Roy con voz henchida de orgullo.

Candy apretó los labios que se cerraron en una línea dura, fue a decir algo, pero él no la dejó terminar. Con su brazo derecho atrapó la nuca femenina, y la atrajo hacia su torso duro con un brillo de deseo en los ojos.

—Desde que te conozco no tengo sensatez —le dijo mientras su boca dura apresaba la de ella en un beso brutal de posesión—. ¡Me has vuelto loco!

Pero al momento, cambió la velocidad, e inició una acometida muy lenta. Cuando la tuvo laxa entre sus brazos, aumentó la presión y el ritmo. Roy indagó con su lengua cálida y aterciopelada, los recovecos ocultos de la boca de ella. Las modificaciones en el beso profundo, ahora más lento, ahora más rápido, lograban desconcertarla, Candy ignoraba que vendría a continuación, y eso la llenaba de expectación y ansiedad. Roy asió el cuello de ella, y con dedos diestros, le giró la cabeza para tener un mejor acceso al cielo de su boca, profundizó aún más con meticuloso cálculo. Engulló su labio inferior entre sus dientes, lo chupó con suavidad y firmeza a la vez, posteriormente, lo mordió como si fuese una fruta madura. Candy estaba suspendida en el aire, sujeta por los brazos de Roy, tenía los ojos cerrados y los sentidos abiertos a las sensaciones, e incapaz de pronunciar palabra alguna.

La tumbó con lentitud en el lecho. Candy quedó de espaldas al colchón y con la silueta de Roy pegada a su costado. No era consciente, pero él la estaba desnudando sin esfuerzo.

Los dos quedaron desnudos en cuestión de segundos, y, entonces, la besó más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acariciaron los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió su mano y asiéndole del pelo le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad amenazó salir de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

—¿Qué me haces?

—Fundirte conmigo mismo hasta que seamos uno solo...

Roy separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la

joven. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, era como el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión ya olvidada. La boca de él abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas.

—Estoy a un paso de la locura, de penetrarte con furiosa necesidad, así que no me atormentes más de lo que puedo soportar.

Aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar. Devorar ese joven cuerpo que se retorció bajo él y que tantas y tantas noches había ansiado. Notó el mordisco en el lóbulo de su oreja pero no le importó, también él quería morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él.

—Estás húmeda y caliente— gruñó con placer inusitado— me has vuelto completamente loco.

Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en miel templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar. La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella. La llenó con su virilidad de una sola embestida para quedarse completamente inmóvil a continuación. Candy había ahogado el gemido doloroso que acudió a su garganta al sentirse invadida por completo. Roy la miró un instante para perderse en sus ojos verdes, el asentimiento de cabeza de ella fue todo el consentimiento que necesitaba, comenzó un movimiento lento y suave. Se deslizaba dentro de ella como seda, ella le absorbía sin miedo. Se ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano. Pero con más, mucho más calor. La verdad es que le abrasaba y le quemaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido y de una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. Era el mejor sexo que jamás había experimentado, y con una virgen. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse en su cuerpo una vez, y otra, y otra, hasta que sintiendo que no podía aguantar más vio llegar el final. Pero no sería justo, para ella no. Su primera experiencia tenía que ser tan grata como lo estaba siendo para él. Calor, fuego. Todo eso se concentraba en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba la danza del deseo. Buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos.

Candy comenzó a gritar de placer, pero él se tragó sus gemidos con un beso profundo, cuando fue consciente de que ella llegaba a su culminación, aceleró el ritmo hasta estallar con un bramido ahogado. Con un gemido de dolor, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Candy pensó que había alcanzado el cielo.

Su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y junto al ahogado grito de ella, reverberó también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó la matriz de ella.

Roy pensó que no le importaría bajar a los infiernos por ella.

Tras el potente orgasmo, quedó rendido encima de Candy.

Pasaron varios minutos hasta que el ritmo de la respiración se tornó normal para ambos. Ella seguía abrazada a él, y apenas podía moverse.

—Nada me había preparado para esta experiencia —confesó humilde.

Roy la abrazó más fuerte.

—Para mí también ha sido increíble.

Candy giró la cabeza y lo miró con atención.

—Estoy preparada para escuchar tu historia —le dijo seria.

—Ya la conoces —contestó él.

Candy giró la cabeza en un gesto negativo.

—Cuéntame tu historia, y yo te contaré la mía.

—Eso ahora ya no importa...

La muchacha le puso un dedo entre los labios.

—Por favor... —le suplicó.

Roy cerró los ojos durante unos segundos. Inspiró varias veces, como si tratara de ordenar sus pensamientos. Abrió la boca, y comenzó a desgranar su historia.

Le explicó cómo eran las costumbres en Escocia, cómo eran los clanes del norte. Le relató que su padre lo había preparado para ser un buen laird, pero que se había equivocado al escoger a la mujer que debía ser su esposa. Le habló sobre las peleas entre clanes distintos, sobre todo con los del sur que eran los que solían hacer más incursiones en Inglaterra para hacerse con ganado. Le explicó lo duro que eran los inviernos en Lochmaddy, pero lo generosa y leal que eran sus gentes. Después de unos minutos de silencio, continuó su explicación en la parte más difícil, desobedecer al consejo cuando asesinaron a su padre, tomarse la justicia por su mano, y tener que abandonar su hogar con su hermano menor porque no podía aceptar decisiones hirientes para él.

Le contó que una vez en Inglaterra, pudo trabajar como médico gracias a sus estudios en la universidad de Edimburgo. Una decisión de su padre el laird que volvió en contra a todo el consejo de ancianos.

Roy no se guardó nada. Desnudó su alma allí acostado con ella, y entonces Candy le pidió un favor. Se marcharía a Escocia con él, emprendería una nueva vida a su lado, pero antes tenía que culminar el juramento que había hecho noches atrás. Ahora le tocó a ella narrarle su historia. Sus vivencias desde la niñez, su vida como prometida, y la burla y la humillación de la que había sido objeto. Roy le dijo que la venganza solo servía para causar más daño, pero ella no podía marcharse sin culminarla. Le contó su plan, que lo escandalizó, y le aseguró que no podría vivir si no lo llevaba a cabo.

Roy le dijo que no podía esperarla, que tenía que regresar a su hogar y ser sometido al consejo, entonces ella le pidió por sus amigas, para que no las obligaran a marchar, pero Roy fue todavía más sincero si cabía. Él no tenía autoridad sobre Charles, Spencer, y Neeson. Hasta que no fuera restituido como laird de Lochmaddy, ninguno de ellos le obedecería.

Candy quiso levantarse del lecho, pero Roy no se lo permitió. Volvió a besarla más fuerte, y volvió a hacerle el amor de nuevo. Ella se lo tomó como una despedida en toda regla, y él como si Candy fuera la última mujer del mundo y la hubiera perdido por sus acciones.

EPÍLOGO

Roy detuvo la montura a las escaleras de la Catedral. En las calles arboladas se podía escuchar la música del órgano. ¡No había llegado a tiempo! Y maldijo por lo bajo. De dos en dos subió los escalones de las amplias escalinatas del templo y con el corazón en la mano, esperó verla al final del largo pasillo... y la vio.

De hermosa parecía una diosa, e iba vestida de forma bellísima. Su vestido de novia había sido confeccionado con amor. El corte, al más puro estilo inglés, tenía un diseño muy voluminoso de gran falda y mangas abullonadas. El escote con volantes era recatado. Y la amplia cola de tres metros parecía un camino celestial hacia ella.

El corazón se le encogió dentro del pecho, y por eso se quedó parado justo en el hueco de las puertas abiertas.

El órgano, que era uno de los instrumentos más antiguos de la humanidad, sobresalía sobre el resto de voces musicales. Candy podía percibir también entre los sonidos, el de algunas murmuraciones, pero era lógico porque su boda era la boda del año, y sonrió sin percatarse por lo que estaba a punto de hacer. El olor a incienso le hizo entrecerrar los ojos con desagrado.

—¡Estás preciosa!

Escuchó que decían tras su espalda.

Candy giró el rostro y miró a sus padres, a sus tíos, también el banco vacío donde debían de estar Melany y Aline. Un instante después, Candy giró el rostro y clavó sus ojos verdes en el hombre que estaba plantado frente a ella. Iba vestido de forma impecable, y la miraba arrobado. Si ella no hubiera descubierto su engaño, ahora mismo creería que su mirada era sincera.

El cura volvió a pronunciar la pregunta, ella tenía que contestar sí o no, también existía la posibilidad de que un tercero argumentara que el matrimonio no podía celebrarse. De nuevo miró a sus padres porque estaba a punto de provocarles un disgusto tremendo.

Pudo escuchar que gracias a su silencio crecían las murmuraciones en el templo.

—Lady Townsend, debe responder a la pregunta —insistió el sacerdote que estaba oficiando la ceremonia.

Si Candy hubiera girado el rostro hacia las dobles puertas del templo, lo habría descubierto. Roy iba acercándose muy lentamente hacia el altar, los invitados lo miraban incómodos porque iba vestido de forma peculiar para ellos. Roy llevaba puesto la ropa de gala escocesa, y que lo identificaba como laird de Lochmaddy.

—¡Candy! —la apremió la madre que no entendía el silencio de su hija.

La novia soltó con brusquedad la mano que retenía el novio, lo que provocó más murmuraciones. Tomó aire varias veces para templar su ánimo y controlar su respiración.

—¡No! —dijo alto y claro.

Tras su declaración se escuchó una marea de voces que iban en crescendo.

—¿Milady? —preguntó el sacerdote creyendo que no había oído bien—. Os habéis confundido. No, no lo había hecho.

—No acepto casarme contigo porque eres despreciable —insultó de pronto al novio que se veía perplejo.

—¿Pero qué estás diciendo? —el novio había reaccionado al fin.

Trató de sujetarla, y Candy lo empujó con desaire.

Y entonces ocurrió lo impensable. Candy lo llamó sinvergüenza, libertino, desgraciado, y lo

abofeteó. El novio estaba estupefacto, y el tono de las murmuraciones se había elevado.

—¿Y sabes lo mejor de todo, cretino? Que gracias a tu engaño, pude conocer la satisfacción física que contigo jamás podría alcanzar, y con un hombre mucho más hombre de lo que tú jamás serás.

—¡Candy! —exclamó la madre espantada.

—Retrátate de inmediato —le ordenó el padre.

—Pero hay que officiar una boda —insistió el cura.

—¡Qué agravio es este! —se escuchó decir al padre del novio.

—¿Me has sido infiel, desgraciada? —gritó el novio.

Candy hizo lo que más deseaba en ese momento, escupirle en el rostro. Cogió con ambas manos el grueso vuelo de su vestido y se giró para marcharse. Los invitados seguían estupefactos viendo el espectáculo que había montado ella, y entonces sus ojos lo vieron. Roy McGuy estaba plantado a escasos pasos de ella. Iba vestido de una forma que ella no había visto nunca, pero le gustó.

—¡Roy! —su sorpresa era de deleite.

—Temí no llegar a tiempo de escuchar tu negativa —lo escuchó decir.

Ella se lanzó a sus brazos y quedó encerrados en ellos.

—¿Y quien es usted? —tronó la voz del padre de la novia.

Lord Townsend no cabía en sí de la sorpresa al ver a su hija vestida de novia, plantando al novio, y abrazándose a un completo desconocido.

—Eres una temeraria —le susurró Roy al oído.

—Tenía que hacerlo, y que a gusto me he quedado.

El novio salía furibundo del templo acompañado de sus padres y de sus invitados.

—Pero tengo que officiar una ceremonia —seguía insistiendo el cura.

Candy sonrió, y se soltó del cuello de Roy.

—Pues que se celebre, por fin ha llegado el novio —gritó ufana al resto de invitados que no se habían marchado.

—¿Qué dices, insensata? —el juez estaba enojado al ver el desenlace de ese día nefasto.

Su hija se había vuelto loca. ¿Cómo osaba humillar a una familia tan importante como los condes de Magpie?

Candy miró a su madre que lloraba sin parar, y lamentó el disgusto que le había dado.

—Gracias —entre el murmullo de los invitados se escuchó una voz femenina.

Una joven le agradecía haber plantado al novio. Cuando Candy la miró, observó su vientre pronunciado. No la conocía.

—¿Por qué? —le preguntó interesada.

—Por hacer justicia —respondió la muchacha.

Candy comprendió que estaba embarazada de su prometido, y sintió pena por ella, pero no fue la única sorpresa que se llevó, otras dos muchachas más se acercaron al altar, y también estaban encinta.

—¡Maldito cabrón! —exclamó el juez que al fin había comprendido todo—. Le pienso cortar el cuello...

Candy lanzó un suspiro complacido. Al fin había culminado su venganza, al fin había puesto a ese deleznable individuo en su lugar, aunque no le había devuelto el anillo de prometida. Siguió un impulso, se lo quitó del dedo, y se lo tendió a una de las embarazadas.

—Vendedlo, obtendréis una buena suma que os ayudará con vuestros hijos...

Ahora la madre estalló en llanto. Roy la abrazó por la cintura, y tosió para que lo presentara a la familia.

—¡Suelte a mi hija! —le ordenó el juez que no le gustaba en absoluto las libertades que se tomaba el extranjero.

Candy volvió a suspirar, y clavó la mirada verde en sus progenitores.

—Padre, madre, os presento a mi esposo Roy McGuy, laird de Lochmaddy.

La madre sintió que se desmayaba, el marido la atendió solícito.

—¿Tu... tu... esposo? —apenas le salía la voz al juez.

Y, entonces, Candy les relató a sus padres que se había casado por el rito escocés, y que Roy había llegado a Inglaterra a tiempo de casarse por el rito religioso. Como el padre no aceptaba el cambio de novio, ella se sacó la baza que guardaba, y les informó de que iban a ser abuelos.

Atónitos, espantados, pero a la vez resignados, en el templo comenzó la verdadera ceremonia, y, minutos después, Roy y Candy terminaron convertidos en marido y mujer.

Candy recibía los diversos besos de felicitación del resto de familiares e invitados. Su tía Helena caminó hacia ella, y le tendió un paquete envuelto en papel de regalo.

—Felicidades, pero menuda la que has liado —le dijo con voz marcadamente femenina.

Candy extendió la mano para sujetar el presente mientras le ofrecía una sonrisa tímida. Desenvolvió el regalo y abrió el estuche de terciopelo cuadrado. Abrió la caja y observó el contenido: un broche de oro que tenía en medio un enorme zafiro. Lo sacó del enganche y leyó la inscripción grabada. “De tu amado laird”.

—¿Qué? —preguntó mirando al que ahora era su esposo.

—Es costumbre en mis tierras, que el presente te lo entregue alguien de tu familia, y ella me pareció la persona apropiada para hacerlo.

—Estoy emocionada —le dijo con mirada turbada.

—¡Usted y yo tenemos que hablar!

El tono del juez, padre de Candy, no admitía discusión.

Roy lo miró solemne.

—Ahora, no —objetó la madre.

Candy se sentía verdaderamente feliz.

—Padre, Roy hablara después del banquete.

La madre soltó un suspiro. Estaba conmocionada por todo lo ocurrido, pero sobre todo porque iba a ser abuela. Nada la había preparado para ello. ¿Su hija se había casado con un escocés?

Candy sabía que tenía que ofrecer muchas explicaciones, y lo haría de inmediato. Había acordado con Roy que después del banquete nupcial anunciaría su decisión a sus padres.

Con un suspiro de dicha, sujetó el brazo de su esposo, y sonrió de oreja a oreja.

—Tienes que contarme cómo ha ido todo en el consejo.

—Y tú cómo se han tomado las familias de Melany y de Aline el matrimonio de ellas.

Candy hizo un encogimiento de hombros.

—Fue un escándalo monumental —le confesó.

—Un escándalo mucho menor que el que has propiciado tú —ahora le sonrió satisfecha—. Las dos esperan ansiosas tu llegada a Lochmaddy.

—Yo también estoy deseando verlas, y conocer mi nuevo hogar.

Roy entrecerró los ojos al mirarla porque estaba a punto de besarla con desesperación. Pero no fue lo suficientemente rápido al hacerlo porque la madre de ella había visto todo lo que mostraban los ojos del extranjero por su hija. Esa mirada llena de dicha y de promesas, le arrancó la amargura y la preocupación a su corazón.

Al fin y al cabo su hija había hecho una buena elección. Opinión que no compartía el padre, pero ella se encargaría de convencerlo de lo contrario, y de pronto, la perspectiva de ser abuela le

lleno el pecho de felicidad. ¿Qué madre podría esperar más?

©2020 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

Photo by Klipart/Pixabay

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.